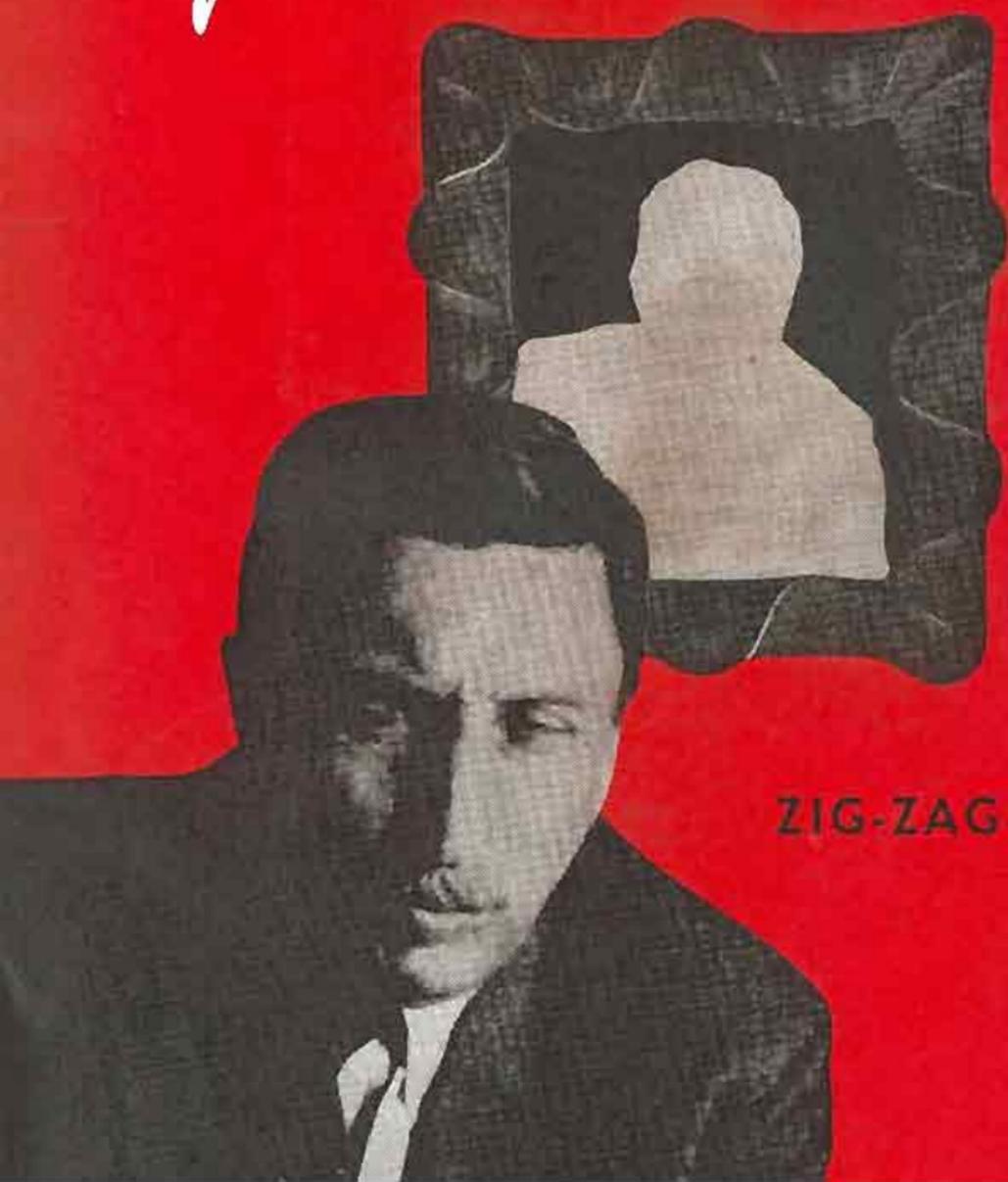


DANIEL DE LA VEGA

*Confesiones  
imperdonables*



ZIG-ZAG

# CONFESIONES IMPERDONABLES

*por Daniel de la Vega.*

Daniel de la Vega nació en Quilpué el año 1892. Ha consagrado su vida entera a la tarea de escribir. Comenzó en "La Luz", siguió en "El Independiente", pasó a "La Mañana"—periódicos desaparecidos, de los que apenas queda el recuerdo—, continuó en la revista "Zig-Zag" y en "El Mercurio"; finalmente, fijó su tribuna en "Las Últimas Noticias", desde donde conversa todos los días con sus lectores sobre los temas más diversos.

Buen poeta, novelista, cuentista y autor teatral, Daniel de la Vega es, por encima de todo, un extraordinario cronista, ágil y chispeante, que sabe dar a sus crónicas amenidad, emoción, hondura, interés permanente. Lleva cerca de cuarenta volúmenes publicados, entre los cuales basta citar su novela "Caín, Abel y una Mujer" y su libro de cuentos "El Amor Eterno Dura Tres Meses"; pero el género de su predilección es la crónica, que, según él, "todo lo abarca y resulta inagotable".

Daniel de la Vega obtuvo el Premio Nacional de Literatura en Chile el año 1953, y recientemente, en 1962, ha recibido el Premio Nacional de Periodismo.

CONFESIONES IMPERDONABLES contiene algunas de las mejores crónicas de Daniel de la Vega, seleccionadas por él mismo, para permanente regalo de sus numerosos lectores, y en ellas abundan las anécdotas, los recuerdos históricos, las observaciones perspicaces, las notas humorísticas, todo eso que —en excelente prosa— hace del autor un maestro en el género.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

---

*Confesiones Imperdonables*

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A. 1962.  
Derechos reservados  
para todos los países.  
Inscripción N.º 25165.  
Santiago de Chile,  
1962.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

*Daniel de la Vega*

*Confesiones  
Imperdonables*

---

Z i g - Z a g

## EL BALCON DE LA CALLE SAN ANTONIO

EN LOS meses de verano venían a trabajar a Santiago varias compañías argentinas de revistas. En esos meses languidecía la actividad teatral en Buenos Aires, y las primeras figuras, como Hortensia Arnau o Libertad Lamarque, eran atracciones que servían para que algunos empresarios organizaran conjuntos con buenos elementos y debutaran en el Teatro Esmeralda o en el Coliseo.

Con esas compañías llegaba Carlitos. Era un joven muy elegante, que lucía unos ternos blancos impecables y era un adorador de las mujeres de teatro. No las adoraba a todas al mismo tiempo. El las iba adorando una por una. Carlitos era un especialista de los ojos pintados, del juramento en el camarín, del beso entre los aplausos de las noches de estreno.

Era muy elegante, y cojo... La suya era una de esas cojeras indisimulables, de gran balanceo, que ocupan casi toda la acera. Cuando no caminaba, Carlitos tenía buena figura. Era alto, delgado, simpático y rubio. Entre la gente de teatro era muy estimado. Todos le llamaban Carlitos, de modo que nunca pudimos saber cuál era su apellido. Entonces andaba con Libertad Lamarque, y vivían en una pensión de la calle San Antonio, cerca de Merced o de Monjitas. Aún no se comenzaban a construir los edificios altos, y la pensión estaba instalada en una antigua casa de dos pisos.

Carlitos y Libertad tenían una pieza con balcón a la calle. Anoto estos detalles porque son indispensables para el desarrollo del drama.

Parece que Libertad Lamarque quería mucho a Carlitos, y le recomendaba que se acostara temprano. Ella no se oponía a que fuera un rato al café, pero que después fuese a buscarla al teatro, al término de la función. El prometía seguir esos edificantes consejos. Pero en la noche terminaba la función, y Carlitos no aparecía por el teatro. Libertad Lamarque tenía que mandar a buscar un taxi y regresar sola a la pensión.

A las dos de la madrugada se presentaba Carlitos en la pensión, diciendo que al salir del café se le había acercado un amigo y le había presentado unos señores muy importantes, y él no pudo rechazar sus invitaciones. Discutían un poco, y ella pronunciaba la frase clásica:

—¡Hombres infames he conocido muchos, pero como tú, ninguno!

Esta frase la repiten todas las mujeres de la tierra. En Australia como en la Avenida Matucana. En francés resulta muy bonita, pero en alemán es horrorosa.

Carlitos la escuchó en castellano, y, prometiendo enmendarse, se quedó dormido.

A la noche siguiente terminó la función y Carlitos no llegó al teatro. Libertad Lamarque tuvo que mandar llamar un taxi, etcétera. Cuando Carlitos se presentó a las dos de la madrugada, la discusión fue tormentosa. Despertaron a todos los pensionistas. No se sabe nada de las disculpas que daba Carlitos, pero lo que decía la señora Lamarque se oía perfectamente en la Plaza de Armas. Transeúntes pacíficos, que no conocían las intimidades de la vida teatral, se enteraron de que Carlitos era un monstruo.

Después de la frase clásica, hubo amenazas:

—¡Si mañana no me vas a buscar al teatro, te pesará!

Después hubo un instante de silencio, que Carlitos, que era muy vivo, aprovechó para quedarse dormido.

A la noche siguiente, terminó la función, y Carlitos no apareció en el teatro, y Libertad Lamarque, etcétera, etcétera.

Cuando Carlitos se presentó a las dos de la madrugada, Libertad lo miró fijamente, y le preguntó con mucha suavidad:

—¿Tú crees que te vas a burlar de mí?

Después lo repitió con una voz sorda, con rabia apenas contenida, para dar a entender que estaba dispuesta a dar el escándalo más grande de su vida, a matar a Carlitos, a liquidar la casa de pensión, a demoler el edificio. Carlitos quiso hablar algo, pero ella lo interrumpió con un grito ensordecedor:

—¡Cállate!

Los pensionistas no sólo se despertaron, sino que creyeron que ya había sido inventada la bomba de cobalto. Desnudos corrieron al pasillo, y algunos trataban de llegar a la escalera, y otros admiraban sin

ceramente los encantos de unas señoritas que, con el susto, no tuvieron tiempo para cubrirse con la más pequeña hoja de parra.

Después del grito magnífico, Libertad cubrió de injurias a Carlitos. El estaba asombrado del vastísimo repertorio de insultos que poseía su distinguida amiga. Era un torrente de expresiones recogidas cuidadosamente en el malecón de Valparaíso, maldiciones gitanas, blasfemias españolas, voces arrancadas de la Biblia y de las comedias de Doroteo Martí.

Pero ante tan furioso ataque, Carlitos no acobardó, y gritó también:

—¿Hasta cuándo crees tú que soportaré estas escenas? ¡Esto se ha acabado!

—¿Qué quieres decir?

—¡Que yo me voy!

—¿Te vas?

—¡Me voy!

Entonces ella gritó:

—¡No alcanzarás a marcharte, porque yo me voy antes que tú!

Y corrió hacia el balcón y se arrojó de cabeza a la calle. Carlitos se quedó petrificado. Pensó en la sangre, en la agonía, en el cementerio, en la cárcel.

Este detalle de arrojarse por el balcón él lo había visto hacer muchas veces en el teatro, pero al otro lado del balcón del teatro no había ningún abismo, sino un blando colchón. Y Carlitos, por muy petrificado que estuviese, no podía suponer que abajo, en la calle San Antonio, podía haber colchones esperando a las señoras que se arrojaban desde el segundo piso.

No había colchón, efectivamente. Pero en ese momento caminaba por la calle San Antonio el señor don Julio Besoain Robles, joven dentista, muy sim-

pático, muy fuerte, verdadero atleta, que había obtenido señalados triunfos en los campos deportivos.

Al ver que una hermosa señora venía cayendo de la altura, no titubeó un instante, y corrió a recibirla en sus brazos.

Ahora abrimos el texto de "Física Experimental" del doctor W. Ziegler y L. Gostling. Dice así: "La unidad práctica de la fuerza es el kilogramo-peso, que es la fuerza con que la tierra atrae a 1 kilogramo-masa a la latitud de  $45^{\circ}$  y al nivel del mar. La relación numérica entre ella y la dina es: 1 kilogramo-peso igual a 980.600 dinas".

La señora Lamarque, que pesaba cincuenta y cinco kilos y se arrojó desde cinco metros de altura, equivalía a un proyectil de cincuenta y cinco kilos disparado a una velocidad de treinta y seis kilómetros por hora.

El golpe fue tan violento, que el señor Besoáin la recibió en sus brazos, pero cayó al suelo con una pierna quebrada. La señora resultó sin un rasguño.

El escándalo fue sensacional. Todos los trasnochadores de Santiago corrieron a la calle San Antonio. Algunos curiosos, al ver a Carlitos tan cojo, creían que él era el joven que se había quebrado la pierna por recibir a la señora. Costó mucho convencerlos de que el caballero accidentado ya había sido conducido a la Asistencia Pública. No podían comprender por qué en este drama había dos cojos, uno en la Asistencia Pública y otro allí en la calle San Antonio. Y la señora Libertad, que se había arrojado desde el balcón, conservaba sus piernas sanas. Sanas y bonitas.

Repare el lector en la forma tan oportuna como aprovecho la ocasión para echar un piropo a las piernas de Libertad Lamarque. Hay que saber reconocer.

Algún tiempo después, yo entrevisté al señor Julio Besoáin Robles.

—Yo fui... —me dijo—. A mí se me cayó encima Libertad Lamarque.

Yo le pregunté:

—¿Reconoce usted que los tangos son lo más pesado que hay?

El, noblemente, lo reconoció.

Libertad Lamarque quedó muy agradecida del señor Besoáin. Iba todos los días a verlo a la clínica, para saber cómo progresaba su restablecimiento. Cuando no podía ir, le enviaba un hermoso ramo de flores. Una verdadera amistad. Y desde entonces, cada vez que Libertad Lamarque venía a trabajar a Santiago, Julio Besoáin le enviaba un gran ramo de flores. Me parece que esos ramos de flores eran como una advertencia. Significaban que Julio Besoáin estaba dispuesto a seguir recibéndola en sus brazos cada vez que ella quisiera arrojarla desde un balcón.

¿Y Carlitos? Carlitos desapareció para siempre. Nunca más se le encontró en un teatro. Vinieron muchas compañías argentinas. Pero él no vino. Vino Gloria Guzmán, vino Camila Quiroga, su hija Nélida Quiroga, y nada de Carlitos. Vino la misma Libertad Lamarque, y él no apareció.

Yo le encontré razón. Porque ahora en la calle San Antonio los edificios son de diez o doce pisos, y lanzarse desde esas alturas es algo muy diferente.

Don Julio Besoáin Robles falleció hace ya tiempo. Gran amigo, caballero gentil. Al terminar estas líneas rindo un cariñoso homenaje a sus legítimos triunfos en los campos deportivos y en la calle San Antonio.

## CARRERAS EN SAN DIEGO

CHAO ERA dibujante, un dibujante ingenioso, que poseía la práctica de su oficio, y en los periódicos realizaba un trabajo eficiente. Pero para Chao el dibujo era un pretexto. Sólo un pretexto para hacer vida bohemia, entrar a los escenarios, contar alegres mentiras en las oficinas de los periódicos, y trasnochando. La noche era su mejor amiga. Claro que ante todo hay que establecer que Chao era un charlador inimitable. Para charlar tenía recursos de actor, gracia, imaginación, astucia. Tenía hasta sentimiento. Relataba los casos más inverosímiles con una seriedad perfecta. Parecía que estaba haciendo una confidencia muy íntima, confesándose.

Con el actor Evaristo Lillo eran grandes amigos. Los dos eran exageradamente gordos; los dos toma-

ban la vida como un pasatiempo. Para ellos la existencia comenzaba en cuanto se hacía de noche y los teatros encendían sus luces, y se cantaba el cuplé de moda, y en el bar se bebía el aperitivo interminable. En el banquete de sus vidas, sólo el amor no encontró asiento. Tal vez consideraban que el amor es triste y quita mucho tiempo.

Hacían los disparates más absurdos. Una tarde llevaron al Portal Fernández Concha un organillero para que les tocara. Y los dos, Chao y Lillo, más gordos que nunca, bailaron un largo chotis, entre el asombro de los transeúntes. Tan voluminosos amigos, girando al compás de la música, interrumpían el tránsito, y la gente que no quería ver tan extravagante espectáculo, salía del portal a la calle para seguir su camino. Pero la mayoría se quedaba allí, para contemplar la danza de esos dos osos risueños y desvergonzados.

El otro amigo era Plácido Martín. Plácido era más joven, pero coincidía con ellos en todas sus preferencias.

Estos fueron los personajes. Ahora hay que apuntar algunos detalles respecto a la época. Fue más o menos en 1927, cuando las hermanas Arozamena tenían gran éxito en el antiguo Teatro Santiago y Luis Rojas Gallardo era el astro de la radiotelefonía. Aún en la ciudad había poca animación, pero ya la calle San Diego tenía su carácter, se acostaba tarde y tenía unas oscuras tabernas con bofetadas fenomenales. San Diego ha sido así, popular y ruidosa. Cuando aún la ciudad era un aldeón, San Diego ya sabía alborotar.

Y fue por esa calle, poco después de las siete de la tarde. Ya había avanzado el otoño y todas las luces estaban encendidas. Esa hora siempre está animada

por la gente que sale del taller o de la oficina y camina dichosa de verse libre del horario y del jefe. Las mujeres que pasan van más bonitas, porque la luz artificial casi equivale a un maquillaje. A esa hora, Chao y Lillo se encontraron con Plácido Martín, frente a donde ahora está el Teatro Cariola. Conversaron algo, y Lillo le mostró a Plácido una lapicera que le acababan de regalar. Plácido la tomó para verla.

—Es bonita.

—Y es de oro —le dijo Lillo orgullosamente.

—¿De oro?

—Claro. Fíjate cuánto pesa.

—Si es de oro, me la regalas a mí.

—¡Nunca!

—Sí, sí.

Lillo quiso arrebatársela, pero Plácido se retiró unos pasos y se guardó la lapicera en un bolsillo. Lillo trató de alcanzar a Plácido, y éste empezó a correr en dirección a la Alameda. Se iba a divertir, pues sus dos amigos, tan gordos, no podrían alcanzarlo jamás. Además, entre tanto transeúnte, pronto lo perderían de vista.

Chao y Lillo corrieron también, y al ver que no podrían atrapar a Plácido, gritaron:

—¡Atájenlo!

Plácido, para escapar del escándalo, corrió más rápidamente, pero los gritos redoblaron también. Eran gritos roncós, sofocados; gritos de hombres que piden auxilio despavoridamente:

—¡Atájenlo! ¡Atájenlo!

Lillo estaba magnífico, como en sus mejores aciertos escénicos, como cuando trabajaba en la compañía de Mario Padín. Con los ojos desorbitados, su cara

tenía el espanto de la víctima que se ve indefensa ante un peligro horrible.

—¡Atájenlo!

Varios transeúntes echaron a correr en persecución de Plácido, que huía francamente asustado por la situación en que se encontraba.

—¡Allá va! —gritaba la gente.

—¡Es el del traje negro!

Chao corría más atrás, levantando los brazos, gritando también, jadeante:

—¡Atájenlo!

Por toda la calle pasó el terror. Estaba ocurriendo algo muy serio; tal vez un crimen. Las mujeres, muy sofocadas, se refugiaban en las tiendas.

—¡Atájenlo!

Eran gritos impresionantes. Al verse perseguido en esa forma, Plácido sólo pensó en escapar de la tremenda escena, y dobló por Alonso Ovalle hacia la calle Gálvez. Corría desesperadamente. Al verlo doblar la esquina, mucha gente se sumó a los perseguidores. El delincuente que huye, siempre dobla las esquinas para despistar, para desaparecer. Y ese gentío desordenado, que gritaba y atropellaba a los transeúntes, dobló también por Alonso Ovalle.

—¡Es ese que va allá!

De una peluquería salió un hombre con un garrote enorme. Felizmente corría poco. Quedó en la retaguardia.

Plácido escuchaba que detrás de él iba una poblada, y dobló por Gálvez hacia la Alameda. Ya eran muchos los que gritaban. Y entre tantos perseguidores había algunos que corrían bastante, y lo alcanzaron junto a una garita de madera de los tranvías de San Bernardo, más o menos a media cuadra de la Alameda. Lo alcanzaron, y con la ayuda de los

que iban llegando después lo detuvieron. Plácido, que era muy fuerte, se defendía rabiosamente. Quería explicar que sólo se trataba de una broma, pero en el tumulto enorme nadie lo escuchaba. Le rompieron la camisa, una hermosa camisa gris, que estaba nueva.

La calle se llenó de gente. A los balcones se asomaron cabezas curiosas. Pronto llegaron Chao y Lillo.

—¡Ahí lo tienen! —les gritaban.

Chao y Lillo se acercaron a Plácido, con mucha gravedad, y cada uno le dio un estrecho abrazo y un beso en la frente.

—Pero me rompieron la camisa —se lamentaba Plácido, que en su interior estaba furioso.

—¿Qué importa una camisa ante nuestra vieja amistad?

Algunos de los que lograron la captura protestaron. Habían corrido como locos, y comenzaron a comprender que habían sido burlados:

—¡Ustedes nos gritaron que lo atajáramos!

Lillo respondió con altiva dignidad:

—Efectivamente. Un gran amigo se nos iba. ¿Cómo dejarlo partir sin clamar al cielo? Nos quedábamos sin nuestro mejor amigo. Ustedes creyeron que corrían tras un reloj robado, tras una miserable billetera. Todo eso es mezquino y despreciable. Ustedes y nosotros corrimos tras la noble amistad, tras el hermano.

Los grupos comprendieron que se trataba de una comedia, y reconocieron que había sido una comedia admirable. Pocas veces Evaristo Lillo tuvo tanta fuerza dramática. Chao también estuvo brillantísimo, y demostró que tenía grandes condiciones para el teatro. Lillo se lo dijo:

—En la esquina de Alonso Ovalle tuviste momentos magistrales. Algo influenciado por Enrique Borrás, por el Borrás de “Tierra baja”, pero con mucho vigor.

Así terminó el episodio. Y desde entonces, cuando se hablaba de teatro y de intérpretes, Chao decía con cierta nostalgia:

—Yo también he sido actor.

Le preguntaban:

—¿En dónde ha actuado usted?

—En la calle Alonso Ovalle esquina de San Diego.

—Pero en esa esquina no hay ningún teatro.

—Claro, no hay allí ningún teatro. Es que yo trabajé en la calle. Trabajé con Lillo. Y tuvimos mucho público.

## UNA SEÑAL DEL MÁS ALLÁ

EN VALPARAISO, don Arturo Aninat, distinguido hombre de negocios, celebró en su casa, el 1.º de octubre de 1916, la boda de uno de sus hijos. A esa fiesta invitó a varios amigos, y, entre ellos, a don Rafael Cuevas Millán. El señor Cuevas Millán era un caballero que tenía un gran prestigio por su dedicación al estudio y su alta calidad moral. Durante esa fiesta, el señor Cuevas Millán dijo a don Arturo Aninat que había estado a punto de no asistir a la boda de su hijo porque no se sentía bien de salud. Agregó que padecía un desequilibrio en el funcionamiento del corazón.

—Hace algunos días he sufrido un ataque de tal violencia, que si se repite no me levantaré.

Después de estas palabras siguieron hablando de la muerte y del misterio del más allá. Don Rafael de-

claró que él creía que la conciencia no se destruía junto con el cuerpo físico. El señor Aninat dijo que él no podía formarse una idea ni medianamente precisa sobre la forma y el estado del espíritu después de la muerte. Y habló de algo que sería como un vago ensueño.

Después de algunas afirmaciones y dudas, Cuevas Millán propuso que el que muriera primero le daría al otro una prueba de la supervivencia.

—Debe ser difícil.

—Tal vez. Pero como usted es nervioso y enfermo también como yo, la señal de supervivencia se la daré por medio de un amigo de confianza de ambos, para evitarle a usted una impresión demasiado fuerte.

Don Angel Guarello, senador y líder de los demócratas de Valparaíso, era una personalidad muy apreciada por sus condiciones intelectuales y morales. Era un hombre muy equilibrado y serio. Don Tomás Ríos González, refiriéndose a este mismo caso, escribió: "Don Angel Guarello, estadista meritorio y justamente admirado por todas sus cualidades, no tiene nada de soñador ni de iluso".

Ese mismo día, 1.º de octubre, a las siete de la tarde, don Angel Guarello caminaba desde el Almendral hacia la Plaza de la Victoria, por la Avenida Pedro Montt. Al pasar frente a la puerta del Jardín Victoria, vio venir por la misma acera, y en dirección contraria a la suya, a su gran amigo don Rafael Cuevas Millán. Don Rafael marchaba algo encorvado y con paso lento. Al pasar saludó a don Angel llevándose la mano al sombrero. Aquél contestó el saludo, y reparó que el semblante de su amigo revelaba gran preocupación o que se sentía gravemente enfermo.

Pocos instantes después, don Angel lamentó no ha-

berse detenido a preguntarle al señor Cuevas Millán por el estado de su salud. Cuando había caminado más o menos cien metros, volvió a preocuparse por no haberse detenido a hablar con el señor Cuevas Millán. Después explicó don Angel Guarello:

—Debo confesar que no hay nada que me cause más molestia que el hecho de que algún amigo me cobre sentimiento por una desatención mía, pues deseo ser siempre muy atento con los amigos, y con tanta mayor razón en el caso de que me ocupó, por cuanto el señor Cuevas Millán era un deferente y sincero amigo, a quien yo también tenía en alta estimación por su amor al estudio, su probidad y hombría de bien.

El señor Guarello agregó estas palabras:

—Debo prevenir que cuando encontré al señor Cuevas Millán, yo ignoraba en absoluto que estuviera enfermo o que hubiera sufrido últimamente contrariedades que le preocuparan.

Después del encuentro con su amigo, don Angel entró al Club Valparaíso, para distraerse leyendo algunas revistas. Al día siguiente, a las siete de la mañana, don Angel abrió "El Mercurio", y tuvo la violenta sorpresa de leer el aviso de la defunción de don Rafael Cuevas Millán. Profundamente impresionado, le dijo a su esposa:

—Rafael debe haber muerto poco después que yo lo encontré, pues lo vi a las siete de la tarde, y en "El Mercurio" sólo reciben avisos hasta las diez de la noche.

Y agregó:

—Voy a pasar a la oficina de Arturo Aninat. El debe tener noticias de lo que ha ocurrido.

Así lo hizo. Y al salir de su casa a las ocho y media, no bajó por la calle Santa Victoria, sino por la

calle Tubildad, para pasar por el costado de la casa de don Arturo Aninat. Los dos amigos se encontraron en la calle. Don Angel se acercó a darle excusas al señor Aninat por no haber asistido a la boda de su hijo, y luego le habló de la muerte del señor Cuevas Millán:

—Debe haber fallecido repentinamente, pues ayer lo vi en la calle.

—Sí, repentinamente. Ayer mismo me hablaba de su enfermedad al corazón —respondió el señor Aninat.

—Y debe haber muerto entre las siete y las diez, pues yo a las siete lo vi.

El señor Aninat le interrumpió vivamente:

—¿A las siete?

—A las siete, en la Avenida Pedro Montt.

—¡Entonces me mandó el aviso! El aviso de que tenía conciencia después de la muerte.

—¿Y con quién?

—¡Con usted!

—No le entiendo. ¿Por qué dice que le mandó el aviso conmigo?

—¿No dice usted que lo vio a las siete de la tarde?

—Ayer, a las siete.

—Rafael murió a las tres y media de la tarde.

No es necesario insistir acerca de la sensación que produjo este fenómeno, no sólo en Valparaíso. Las personas empeñadas en negar la existencia después de la muerte se apresuraron a decir que don Angel Guarello había tenido una alucinación. Y no repararon en que si existía la alucinación, ésta no destruye absolutamente nada. Don Rafael Cuevas Millán prometió avisar al señor Aninat si existía la conciencia en el más allá. Prometió avisarle por medio de una tercera persona, de un amigo íntimo de ambos. Y lo

cumplió fielmente. Lo avisó por medio de don Angel Guarello, amigo íntimo de los dos, y que no sabía nada del convenio de avisarle si existía la vida *post mortem*.

Esta manifestación de ultratumba es extraordinaria por la calidad y cantidad de los testigos. Para crear este fenómeno artificialmente, mejor dicho, para simularlo, tendrían que haber mentido, falseado las conversaciones, inventado diálogos y circunstancias, las siguientes respetabilísimas personas: don Angel Guarello, don Arturo Aninat, la esposa de don Angel Guarello, todos los comensales que en la fiesta de la boda escucharon y aun intervinieron en la conversación del señor Cuevas Millán y de don Arturo Aninat. Bastaban para formar una compañía de comediantes. Y de comediantes que sostuvieran lo que habían afirmado durante todo el resto de sus vidas.

Tengo en mi poder la copia de una carta de don Angel Guarello, en la cual relata detalladamente, escena por escena, todo el proceso de este fenómeno inquietante.

## LA HISTORIA DE UNA ESTATUA

HACE MUCHOS años fui a visitar a don Rogelio Ugarte. Vivía en la Avenida Matta, casi frente a la calle que lleva su nombre. En su escritorio y en otras salas tenía enormes colecciones de viejos retratos de sus amigos, de políticos, de hombres que un día alcanzaron la popularidad y luego el olvido se los fue llevando.

Don Rogelio fue administrador de "La Ley", el famoso diario radical, que entonces era considerado como un engendro satánico. Cuando los suplementeros echaban un ejemplar de ese diario por debajo de la puerta de los subscriptores, las empleadas lo iban a recoger con un paño, porque el párroco les había dicho que sólo por tocar una hoja de ese diario se irían irremediabilmente al infierno.

Don Rogelio era fiel a su época. No ocultaba su cariño por aquel Santiago de calles solitarias, en las cuales se oían las campanas de las iglesias. Jóvenes portaleros se les llamaba a los muchachos que iban a pasearse al Portal Fernández Concha. Allí solían divisar a las morenas de entonces, tan tímidas, que parecía que tenían vergüenza de ser bonitas.

Revolviendo recuerdos, se habló de la calle Maestranza. Don Rogelio me dijo que Maestranza antiguamente se llamaba la calle Hoyería, por los hoyos que allí dejó Jofré. Este viejo Jofré hacía ladrillos, y para sacar greda abría unos hoyos enormes. Todos los ladrillos que necesitaba Santiago se los compraban a Jofré, de modo que el consumo de greda aumentaba cada día, y Jofré hacía hoyos por todas partes. Después, cuando se quiso prolongar la calle Maestranza, fue necesario rellenar con escombros y basuras los profundos fosos que abrió la laboriosidad del fabricante de ladrillos.

Cuando el general San Martín y fray Beltrán llegaron a Santiago buscando un sitio en donde instalar un taller para hacer las armas que necesitaban, eligieron el local de la fábrica de Jofré. Hoy es la esquina de Jofré con Portugal. Y la calle se llamó Maestranza, porque allí se forjaron las primeras espadas de Chile independiente. Ningún nombre de calle era más evocador. Se apresuraron a cambiarlo, y dejar un centenar de calles con nombres de santos.

Don Rogelio me contó que en el Club Hípico había una estatua que no era precisamente hermosa. Era una estatua de la libertad. Hay que advertir que no era una reproducción del monumento que está a la entrada de Nueva York y que saluda al viajero que llega con estas grandes palabras: "Caminante, aquí todos somos libres". Era una figura de mujer que

abría los brazos como si deseara volar. El secretario del Club Hípico se la regaló a don Rogelio:

—En algún paseo de Santiago deben faltar estatuas, y usted la puede utilizar bien.

Don Rogelio agradeció mucho el obsequio, y decidió colocar esa figura en la Avenida Matta esquina de Vicuña Mackenna. Pero mientras se construía el pedestal y se hacían otros arreglos en ese sector, la dejó guardada en el patio de la Segunda Comisaría.

El pedestal no se pudo hacer inmediatamente, porque había que terminar otros trabajos indispensables. Ese barrio tenía entonces zonas que aún se estaban formando, y don Rogelio tuvo que preocuparse de otros detalles, porque ya Santiago estaba creciendo por sus cuatro costados.

Una tarde el comisario fue a visitar a don Rogelio, y después de hablar de varios asuntos de actualidad, le preguntó:

—Don Rogelio, ¿por qué no se lleva usted su estatua de la comisaría?

El popular alcalde comprendió que la estatua de la libertad no estaba bien en una comisaría, y prometió llevársela. Al final de la visita, después de haber hablado muy amistosamente, cuando se despedían, don Rogelio le preguntó al comisario:

—¿Y por qué desea usted que retire del cuartel esa estatua?

El comisario vaciló un poco:

—Es algo grave, don Rogelio.

—¿Grave?

—Sí, sí. Usted lo sabrá.

—Dígame con toda confianza. Se lo ruego.

Por fin, el comisario se decidió:

—Señor, en el barrio creen que la estatua es una santa y le hacen mandas y le encienden velas.

—¿Le encienden velas?

—Muchas velas. Y lo grave, pues, don Rogelio, es que la estatua está haciendo milagros. A una vecina le salvó un niño que ya estaba desahuciado. Al almacenero de la esquina lo curó de una antigua enfermedad. Es muy milagrosa.

—Si es así, me la llevo.

—Se lo agradeceré mucho, don Rogelio.

—Pero antes yo quisiera hacerle una manda a la estatua. Le ofrezco un paquete de velas si consigo que me entreguen un dinero para terminar ciertas veredas y hacer el pedestal.

—Bien, pues, don Rogelio.

Y así ocurrió. Poco después de una semana fue entregado el dinero. La estatua hizo el milagro, pero don Rogelio se olvidó de pagar la manda. Como pasaban los días y las velas no llegaban, el comisario dijo:

—El pobre don Rogelio tiene tantas preocupaciones. Yo voy a comprar las velas.

Compró las velas y las encendió a los pies de la estatua. Y así el comisario pagó la manda de don Rogelio.

Se terminó la construcción del pedestal y la estatua fue colocada al comienzo de la Avenida Matta. Durante algún tiempo, allí se realizaron carreras de caballos a la chilena, y, por esa estatua, ese espacio se llamó la Cancha de la Mona. De modo que primero la estatua se transformó en santa, y después la santa se transformó en mona.

Luego se vio que la mona interrumpía o dificultaba el tránsito de Vicuña Mackenna. Fue sacada de allí y llevada a la Plaza Bogotá. Ahí se encuentra. Pero nadie conoce su accidentada historia. La plaza tiene

algunos árboles grandes que en verano dan generosa sombra. Nadie levanta los ojos para mirar la vieja estatua.

Cuando yo estaba terminando esta crónica, un amigo leyó mis carillas, y me preguntó:

—¿No cree usted que todavía la estatua puede hacer algunos milagros?

—Estos ya no son tiempos de milagros —le respondí—. La estatua que conquistaba paquetes de velas en el patio de una comisaría, ahora está arrinconada en una plaza vulgar. Peor aún. En una plaza que no conoce nadie.

—¿Usted prefiere aquellos tiempos?

—Yo no he dicho eso, sino que aquéllos eran años muy diferentes. Todo cambia, y es preferible que cambie. Sería espantoso que todo siguiera como en 1902.

El amigo se queda silencioso, y parece que no le han agradado mis respuestas. Para no defraudar sus esperanzas, le digo:

—Si usted quiere, hágale una manda a la estatua. Es posible que ella quiera volver a sus tiempos de santa y le haga el milagro. Usted tendría que pagarle las velas, y sería interesante crear un culto nuevo en el centro de una plaza. Y así usted sería el restaurador de una devoción, el fundador de una nueva fe.

Después de un largo silencio, me preguntó:

—¿Y dónde está esa plaza?

—Vaya a la calle Mac-Iver y tome un bus Recoleta-Lira. Seguirá por Carmen y usted se baja en Sargento Aldea. Caminando hacia el oriente encontrará la Plaza Bogotá.

Se despidió. Es seguro que fue a hacer una manda. De lo que ocurra, yo no seré responsable.

**DESPEDIDA**  
**DEL AMERICAN CINEMA**

PEPE VALERO, actor peruano, dijo en el café:

—Una compañía de revistas es un negocio muy claro. Todo se reduce a tener un buen director. ¿Muchachas que bailen? Todas las muchachas bailan. Para el *sketch* no se necesitan grandes comediantes. ¡Conseguirse un animador gracioso y... a ganar dinero!

Lo oyó un señor que se llamaba Salas, y le preguntó:

—¿Usted cree que el negocio es fácil?

—Muy fácil.

El señor Salas guardó silencio. Lo mareaba el deseo de lanzarse a la succulenta aventura. No sabía por dónde empezar.

—¿Usted se atrevería a dirigir esa compañía?

—Indudablemente.

Valero respondió con tanta arrogancia, que parecía que él en su vida no había hecho otra cosa que dirigir compañías.

El señor Salas estaba trémulo de emoción. Había encontrado el camino de su vida.

—¿Y en dónde encontraremos ese animador?

—Luis Rojas Gallardo; él solo vale por toda una función.

—¿Y los demás actores?

—Yo me encargo de contratarlos.

—¿Y las muchachas?

—También.

Siguieron hablando en voz muy baja, como hombres que han descubierto una mina y no quieren que nadie les robe el secreto deslumbrante. En una servilleta de papel sacaron cuentas, hicieron el presupuesto, fijaron el precio de las entradas. Los resultados eran embriagadores. Cada noche ganarían un saco de dinero. Hablaron del decorado, de la propaganda, de los utileros, de los maquinistas.

—¿Y obras?

—¿Qué obras?

—Las que vamos a poner en escena.

Valero se reía burlescamente de la ingenuidad del nuevo empresario.

—¿Para qué obras? ¿Va usted a escribir los bailables? Con dos escenas que yo saco de cualquier parte y los cuentos de Rojas Gallardo está todo arreglado. Lo demás lo hacen la música y las muchachas bailando y cantando.

El señor Salas estaba enternecido al ver a Valero cómo lo arreglaba todo. Ese hombre era un mago. Siguieron sacando cuentas:

—Mozo. ¡Traiga más servilletas!

Se repartían fortunas. Tenían la mesa cubierta de servilletas de papel llenas de números.

—¿Y podríamos debutar el sábado?

—Ah, no.

Valero se puso muy serio. Ya era el director. La organización de la compañía y los ensayos necesitaban de quince a veinte días.

El señor Salas se entristeció mucho. El creía que podía empezar a ganar dinero al fin de la semana. ¿Tendría fuerzas para esperar tanto? ¿Y cómo podría dormir en las noches? Valero estaba majestuoso.

—Yo le formo la compañía en tres días. Pero los ensayos, con elementos nuevos, se llevan dos semanas.

Siguieron hablando y discutiendo hasta que los echaron del café, porque iban a cerrar.

Al día siguiente, temprano, empezaron las carreras. Hombres acostumbrados a la formación de compañías tropiezan con murallas de dificultades. Valero no tenía práctica alguna, y Salas no sabía absolutamente nada. Muchas veces tuvieron que deshacer lo que habían hecho. Después de mes y medio de afanes, se pudo fijar el día del debut en el American Cinema, un teatro grande y algo destartado que había en la calle Arturo Prat esquina de Alonso Ovalle. El señor Salas había invertido en el negocio todo el dinero que tenía, y les había pedido prestado a los amigos, a los parientes y a toda persona que se le ponía por delante. El señor Salas había envejecido y andaba mal afeitado.

El día del debut se abrió la boletería a las diez de la mañana y empezaron a venderse entradas. La función sería en la noche. Al anoecer, ya estaban vendidas todas las localidades.

La función comenzó bastante tarde, porque se atrasó un músico, unos trajes no llegaron, hubo que substituir un número, suprimir otro, y la gente corría y se estrellaba en el escenario con las facultades mentales trastornadas.

Después de la introducción por la orquesta, se levantó el telón. El primer número fue una fantasía oriental, con palmeras y a media luz, algo lánguido, que el público no entendió bien. Después vino un *sketch*, malo, que produjo una desilusión grave. No se oía más que la voz del apuntador. Lo espeluznante comenzó en el tercer número, cuando aparecieron las bailarinas, y desde la pasarela tuvieron que bajar a dar una vuelta por la platea. El primer momento fue de estupor. Estupor de las bailarinas y estupor del público. Las muchachas aparecían aterradas. Las habían sacado de cualquier parte, y las pobres no habían visto jamás al público cara a cara, y sólo tenían muchas ganas de llorar. No oían la música y se habían olvidado de todo. Era una fila desigual, grotesca, vacilante, de mujeres demasiado grandes y demasiado chicas, gordas y flacas. Ni siquiera el susto era uniforme, porque unas tenían el espanto que desorbita los ojos, y otras bajaban la vista humildemente, y no ocultaban su deseo de meterse debajo de las butacas.

Algunos espectadores se reían a carcajadas, otros hacían gestos de mal humor, porque se acordaban del dinero que habían pagado por la entrada. El ruido de los comentarios y protestas, y algunos gritos, subían por encima de la música de la orquesta. Las bailarinas se atropellaban. Comenzó el desorden, y un espectador pinchó a una de las muchachas con un alfiler. De la galería caía un griterío creciente. En la platea había muchas personas de pie. Las muchachas,

ya completamente perdidas, sólo pensaron en escapar de ese escándalo que iba tomando un aspecto temible. Empujándose unas a otras, desorganizadas, volvieron al escenario.

En la primera fila de platea había algunas sillas de madera que estaban algo desarmadas; y un muchacho les arrancó una tabla y la arrojó al escenario. Varios le imitaron, y muchos maderos cayeron a la escena. Entonces bajó el telón, y fue como el reconocimiento del fracaso y una ruptura de relaciones con la sala. Muchos espectadores se enfurecieron, y otras sillas fueron despedazadas y sus astillas arrojadas contra el telón. Los hombres trataban de hacer salir del teatro a las señoras, y en los pasillos hubo tumultos. Las sillas que iban quedando vacías eran desclavadas del piso y disparadas con estrépito. Mientras los músicos trataban de salvar sus instrumentos, empezaron a caer palos y pedazos de yeso de la galería. Después, el blanco de los proyectiles fue el piano. El propósito era causar el mayor daño. El estruendo era impresionante.

En el interior del escenario, entre el pánico, sólo se pensó en huir. Pero no había ninguna salida por Alonso Ovalle ni por Serrano. Las muchachas, enloquecidas, empezaron a trepar a la parrilla. La parrilla es una reja en donde se cuelgan los telones que se encuentran a gran altura. Se sube a ella por escaleras estrechas y puentes que llegan hasta el techo mismo. Las mujeres subían llorando. Cuando muchas estaban arriba, y otras se apretaban en las escaleras, alguien gritó desde abajo:

—¡No suban! ¡Van a incendiar el teatro!

En la sala el desorden era espantoso. Los que arro-

jaban los últimos pedazos de sillas contra el telón desgarrado se habían refugiado en los palcos, porque de la galería caía una lluvia de terrones y astillas. En las puertas que se abrían hacia Arturo Prat había verdaderos choques entre las personas que trataban de escapar y los transeúntes que querían entrar a ver lo que ocurría.

El teatro era destruido sistemáticamente, entre gritos ensordecedores. Se arrancaban barandas, adornos, cortinas, rejas y materiales que nadie sabía de dónde salían.

Llamada por telefonazos de todo el barrio, llegó la policía montada. Todavía no había carabineros. El destrozo había sido tan minucioso, que los policías podían evolucionar a caballo por la platea. No quedaba una silla.

Costó trabajo expulsar el resto del público, que no quería marcharse sin romper las ampolletas y los focos.

Al otro día, cuando el propietario llegó al teatro, no lo reconoció. El hombre estaba tan estupefacto como las muchachas cuando salieron a bailar. Un amigo le habló de la forma cómo había que reconstruir el teatro. El propietario lanzó un grito:

—¡Teatro, no! ¡Aquí haré una cancha de básquetbol, una iglesia evangélica, una bodega de frutos del país, un establo, pero nada que tenga que ver con bailes, ni música, ni comedias ni telones!

No comprendía bien lo que había pasado. Preguntaba:

—¿Los espectadores vinieron a la función con martillos, garrotes, barretas y serruchos? ¿Traían armas o herramientas?

Tenía razón. No se comprendía cómo el público había trabajado tanto. Porque demoler completamente

un teatro exige tiempo. Por ese trabajo, varias cuadrillas de obreros piden bastante caro.

El propietario se habría paseado desesperado si no hubiese tantos escombros que se lo impidieran. Sólo podía mirar desde un rincón. Era un espectáculo que no había sido programado jamás en ningún teatro. Por fin, dijo:

—Yo quiero hablar con el organizador o director de la compañía.

Las personas que lo oyeron se echaron a reír. Era ingenuo el hombre. Creía que el director aún estaba en el país.

No se le vio más. Ni a él, ni a los actores, ni a los boleteros, porteros, acomodadores, maquinistas ni utileros. A ninguno. Nunca más.

## LA BOHEMIA PERDIDA

CREIAN QUE eran bohemios porque trasnochaban y recitaban versos en la taberna del Chino Antonio. Creo que estaba en un subterráneo. Un antro ahumado y horrible, pero que ofrecía un escenario encantador a los muchachos que se entusiasmaron con las hambres de las Musetas y de los Rodolfos, con las miserias de Paul Verlaine, con la chaqueta sin botones de Bécquer. En 1903, la pobreza y la poesía eran hermanas. Sólo el burgués mercantilizado podía habitar la mansión confortable. Al genio le correspondían la buhardilla desmantelada y la vela en una botella.

Siempre ha sido así. Los hombres sólo ven lo que quieren ver. Entonces se veía la pobreza de Cervantes, pero no el lujo de Lord Byron; se veía la borra-

chera de Allan Poe en un tugurio, pero no a Goethe en los palacios de los príncipes.

Entonces, en Valparaíso, para hacer buenos versos, era indispensable cenar en la mesa con el hule roto del Chino Antonio. Claro que también había miserias auténticas. Como la de Pezoa Véliz. Algunas noches Pezoa Véliz no tenía en donde dormir, y en el puerto tomaba un tranvía para Viña del Mar, y allí se dormía. Al llegar a Viña del Mar el cobrador lo despertaba para avisarle que ya había llegado. Pezoa Véliz, soñoliento, pagaba un nuevo pasaje para volver al puerto. Y al llegar al puerto, volvía a pagar para ir a Viña del Mar, y así pasaba la noche.

En el grupo porteño estaban también Víctor Domingo Silva, Zoilo Escobar, Juan Manuel Rodríguez, Jorge Gustavo Silva y Roberto Crichton. Este caballero tenía una holgada situación económica, pero en la noche la ocultaba cuidadosamente para ir al rincón del Chino Antonio, y recitar íntegros los cantos de "El tren expreso", de Campoamor.

El bohemio más entusiasta era Juan Manuel Rodríguez. El buscaba vida desordenada, se empeñaba en andar sin dinero, coleccionaba deudas para burlarse de los acreedores, se acostaba al amanecer. En ese tiempo, no sólo era distintivo del artista y del poeta el pelo largo, sino también la costumbre de llevar levantado el cuello del vestón. No era porque todos los bohemios sintiesen frío, sino que parece que era una protesta contra el burgués bien vestido. Así vieron a Verlaine, en un retrato, con el cuello levantado, su calva y su tristeza de borracho.

Recuerdo que entonces se decía que la afición al aplauso fácil, al elogio inmediato, fue lo que impidió que Rodríguez realizara su obra literaria. Le faltó la suficiente altivez para buscar el silencio y trabajar

porfiadamente en la sombra. El improvisaba versos en las mesas de los bares, y desparramaba su ingenio en los chistes de sobremesa. Su vida revuelta lo ponía con dolorosa frecuencia en duros aprietos económicos. Pero él no acobardaba. Cuando la miseria arreciaba, Rodríguez se encerraba en su casa, se echaba a la cama y enviaba su ropa a una casa de préstamos. Inmediatamente mandaba a la sección Vida Social de todos los periódicos un párrafo redactado por él mismo. El párrafo decía así:

*El distinguido escritor señor don Juan Manuel Rodríguez se encuentra gravísimamente enfermo a causa de un ataque que sufrió en la tarde de ayer. Lo atienden los más distinguidos facultativos de esta ciudad.*

En cuanto aparecía este párrafo, todos sus amigos iban a visitar al poeta moribundo. Le encontraban en la cama, lamentándose, abatido.

—¿Qué te pasa?

—Estoy muy mal, muy mal... Un ataque violentísimo.

—¿Un ataque? Pero ¿de qué padeces?

—No sé... Es algo espantoso.

—Pero el médico habrá dicho algo.

—Nada.

—¿Y no dejó una receta?

Los amigos pedían una receta que podría indicarles la dolencia del poeta.

—Indudablemente ha dejado una receta —le decían.

—Sí. Aquí está.

Y Rodríguez les entregaba la boleta de la casa de préstamos.

Los amigos le celebraban la ocurrencia y se encargaban de restituirle la ropa.

Esta broma la repitió numerosas veces. Un día que a los diarios llegó el mismo párrafo anunciando la enfermedad del poeta, los redactores de la sección Vida Social, que ya estaban en el secreto del juego, lo publicaron, pero modificado en la siguiente forma:

*El distinguido escritor señor don Juan Manuel Rodríguez se encuentra gravísimamente enfermo a causa de un ataque que sufrió en la tarde de ayer. La familia suplica a sus relaciones que se abstengan de visitar al poeta, pues los médicos le han recomendado la más absoluta tranquilidad.*

Al día siguiente, cuando Rodríguez leyó este párrafo, enloqueció de furor. Le habían hecho fracasar su golpe estratégico. Pero él era hombre de ingenio. Trémulo de indignación pidió papel y tinta y, en la cama, con un gesto soberbio, redactó el aviso de su defunción:

*Ha fallecido nuestro idolatrado esposo y hermano, Juan Manuel Rodríguez. Sus restos serán conducidos al Cementerio de Playa Ancha, hoy jueves 14, a las 4 P. M. El cortejo fúnebre partirá de su casa habitación, calle Jaime 68. LA FAMILIA.*

La estupefacción en los círculos periodísticos de Valparaíso fue enorme. Todos los escritores, profundamente arrepentidos, se lanzaron a la casa del poeta.

Lo encontraron en pie, alegre, con un aspecto saludable, correctamente vestido y afeitado. Les recibió con toda amabilidad.

—Yo me he encargado —les dijo— de la ropa. Us-

tedes me harán el favor de pagar los avisos de defunción. Los estoy debiendo.

El, personalmente, les acompañó a la administración de cada diario a cancelar los avisos.

Así vivían entonces. Pero todo grupo se deshace. Llegó el terremoto de 1906, y Carlos Pezoa Véliz, que por fin había logrado un trabajo seguro en la Municipalidad de Viña del Mar, fue aplastado por una muralla, sufrió una dolorosa enfermedad y murió en el Hospital Alemán. Víctor Domingo Silva se marchó a Buenos Aires. Jorge Gustavo Silva y el dibujante Wiedner se vinieron a Santiago. Poco tiempo después también llegó Juan Manuel Rodríguez. Pero ya no hacía bromas. Trabajaba humildemente.

Muy explicable. Poco a poco la lucha por la vida se fue haciendo más dura. El que quería jugar a la bohemia corría el peligro de morirse de hambre. Ahora no habría amigos pródigos que le pasaran una pensión a Claudio de Alas, para que él pasara por el centro. Ahora el sueldo vital no permite aventuras.

Sin embargo, en Chile, el hombre del pueblo es un bohemio desenfrenado. El sábado cobra su jornal y se lo bebe todo, sin pensar que al día siguiente no comerá. Su bohemia lo lleva a los países más lejanos. Casi todos los viajeros tienen que contar una historia de un atorrante chileno que vive alegremente en la China o en Australia. Víctor Domingo Silva era cónsul de Chile en Sevilla, y una tarde llegó uno de estos bohemios andariegos al consulado.

Preguntó:

—¿Este es el Consulado de Chile?

—El Consulado de Chile. ¿Qué necesita usted?

—Yo, nada.

Guardó un instante de silencio, y luego:

—¿Así es que esto es Chile?

—Chile.

—Bueno... Es que yo quisiera bailar una cueca aquí...

—¿Una cueca?

—Sí. ¿No se puede?

—¿Por qué no?

—Entonces, ¿la bailo?

—Báilela.

Y el hombre sacó su pañuelito, y cantándose, bastante mal, "Yo tengo unos ojos negros", empezó a dar sus vueltas por la oficina. Muy seriamente, bailó su cueca. Víctor Domingo lo miraba, entre risueño y emocionado. Era la nostalgia de su tierra, el saludo al Chile lejano, al rincón que tal vez no volvería a ver.

Después le hizo una venia a Víctor Domingo, y salió. No dijo su nombre, ni en qué trabajaba, ni por qué estaba allí. Era el bohemio que pasaba, se acordó de su tierra, y luego se perdió en la inmensidad de la vida.

## LA POSADA CHILENA

RECONOZCO que los acontecimientos de 1837 no entran en la época de mis recuerdos. Sólo hacía diez años que se había fundado "El Mercurio", y faltaban cincuenta y cinco para que yo naciera. Pero en muchas noches de invierno, junto a la chimenea, mi tío Salvador me hablaba con entusiasmo de esos hermosos días. Y el calor de aquellos largos comentarios sí que pertenece a las emociones de mi niñez. Ahora he querido reconstruir esas charlas, y ha resultado este episodio que es un homenaje a esa mujer que amó a su patria por sobre todas las cosas de la tierra.

En El Callao, en una callejuela sucia y revuelta, cercana al mar, abría su nudoso portón la Posada Chilena. Allí la gente marinera, recia y procaz, iba a beber el terrible aguardiente peruano. Si hubiese caído un fósforo encendido en un vaso, la Posada

Chilena habría quedado reducida a un montón de escombros.

Era en 1837. Entonces la gente de mar era más dura y brutal, y entre sus arrebatos coléricos se levantaban los mal dormidos piratas de la antigüedad. En la fonda había desórdenes con frecuencia. Pero para domeñar los desmanes de esa muchachada feroz, no le faltaba coraje a la patrona. Era una mujerona morena y forzada, que sabía preparar unas viandas incomparables y descalabrar a un parroquiano de un banquetazo.

Se llamaba Candelaria Pérez. Había nacido en Santiago en 1810, entre las banderas inflamadas de la Independencia. Su carácter independiente y andariego la echó a rodar por el mundo, y en 1832, una mañana de invierno, ordenó unas botellas en una estantería y abrió la puerta de su establecimiento.

Lejos de la tierra que la vio nacer, su patriotismo tomó caracteres de obsesión. Los clientes, incapaces de oponerse a los arrestos de Candelaria, tenían que servirse sus tamales bajo una desplegada bandera chilena. En la posada de esa mujer se respetaba a nuestro país o salía a la calle un parroquiano con visibles lesiones. Los cuatro metros cuadrados de la fonda era territorio chileno.

En las noches de invierno, cuando la gente de mar se entretenía hasta horas avanzadas, en la fonda de Candelaria sonaba una guitarra, y, entre el estruendo de las olas y las voces broncas de los hombres bebidos, una vieja tonada chilena contaba las resignadas melancolías de la gente del sur. Era una emoción contenida, que los marineros no entendían bien.

Después de vagar algunas horas por la costa, el atorrante se decidió. Rabiaba de hambre y no tenía un centavo. Entró resuelto a la Posada Chilena, y se sentó ante la larga mesa, en la cual almorzaban, silenciosos, varios marineros. Pronto se acercó una negra a servirle.

El atorrante comía espantado. No sospechaba cómo saldría de su situación; pero el vaho caliente de las viandas le daba optimismo y arrojo. Mucho peor sería morir de hambre. ¡Qué hacer! La miseria tiene estas piruetas disparatadas. Comería, y después afrontaría lo que viniese.

Unas manos pesadas se apoyaron en su espalda:

—Se nutre, ¿no?

El atorrante se sobresaltó:

—Tú...

Era un amigo que había conocido en Mollendo. Se sentó a su lado.

—¿Puedes prestarme unos reales? —le murmuró el atorrante.

—No tengo.

Entonces el atorrante le explicó al amigo su situación. Dos días sin comer. Se había decidido a pedir el almuerzo, y después confesaría su absoluta pobreza.

—¿Y por qué has entrado aquí?

—En cualquier parte hubiera sido lo mismo.

—No habría sido lo mismo. ¿Tú conoces a Candelaria Pérez?

—No.

—Una fiera.

—¿Por qué dices eso?

—Has tenido mala suerte. De aquí no sales.

Después de darle tan mala noticia, el amigo se apiadó.

—Te acompañaré —le dijo— hasta el final. Yo al-

muerdo casi siempre aquí, y tal vez por ser conocido te pueda ayudar a convencer a la patrona.

Uno a uno, los marineros se marcharon, y los dos camaradas quedaron solos. Era el momento. Le hicieron una seña a la negra que les había servido:

—¿Quiere llamar a la señora?

—Pueden pagarme a mí.

—Llame a la señora.

Vino Candelaria Pérez, frotando un plato con un paño blanco. Entre la tela, sus manos grandes y trabajadoras veíanse más morenas.

—Yo he almorzado aquí —le dijo el atorrante—, y no puedo pagarle.

—¿Por qué?

—Porque no tengo un real.

Se produjo un silencio pesado.

—Es un hombre honrado —balbuceó el amigo— que se encuentra sin trabajo. ¿Por qué no le aguarda usted unos días?

Y ocurrió lo inesperado. Candelaria Pérez, que no aceptaba bromas del más feroz marinero, contestó tranquilamente:

—No importa. Otro día será.

—Señora —le dijo el atorrante, enternecido por la generosidad de la mujer y por el almuerzo—, yo le prometo pagarle a usted mañana. Hacía dos días que no comía. El hambre me ha obligado a hacer esto.

—Le he dicho que no importa, y, además, quiero que se sirvan algo conmigo.

Los dos hombres, estupefactos, se negaron a aceptar. Candelaria insistió:

—Tienen que servirse. Hoy es un gran día para mí.

Y les trajo aguardiente en unos gruesos vasos, mientras murmuraba en voz baja:

—Un gran día para mí.

Confundidos, sin saber qué hablar, los dos hombres bebieron en silencio, se despidieron torpemente, y salieron sin comprender el desenlace de su aventura.

Sólo cuando estuvieron en la calle oyeron decir que las tropas chilenas al mando del general Bulnes se acercaban al Perú.

Con la noticia de la llegada al Perú de la Expedición Restauradora del general Bulnes, la exaltación patriótica de Candelaria Pérez se desbordó. Ella había vivido seis años pensando en ir a su patria, y ahora era la patria la que caminaba hacia ella.

El servicio de la Posada Chilena sufrió rudo quebranto. No había noticia de importancia sobre las operaciones de las tropas de Bulnes que no ocasionara serios atrasos en el almuerzo. Cuando se supo que la escuadra del almirante Simpson bloquearía El Callao, quedaron varios parroquianos sin atreverse a tocar la carne, completamente cruda.

Desde esos días, el establecimiento marchó rectamente a la ruina. Pero Candelaria Pérez se reía a carcajadas de su rápido descalabro económico. Ella no había nacido para mondar papas y perder sus días junto a un horno. Bajo su delantal se inflamaba un corazón aventurero, compadre del peligro. Por equivocación nació mujer. Su alma era de hombre vagabundo, sufrido y valiente.

En cuanto llegó al Perú la expedición del general Bulnes, ella se alistó en el Ejército, en calidad de cantinera. Pero no quedó satisfecha con tan pasivo puesto. Quería vivir la guerra más plenamente, ver la cara del asalto, escuchar el silbido de las balas cerca del corazón.

Cuando la escuadra del almirante Simpson bloqueó

El Callao, ella le llevaba noticias desde tierra, a través de la espesa red de la vigilancia peruana. Disfrazada de marinero, en pequeñas embarcaciones, con la complicidad de la noche, se comunicaba con la escuadra. Eran aventuras llenas de ansiedad, que le embriagaban como el aguardiente que ella servía en los toscos vasos de la posada.

En pequeñas canoas, con un solo remo, avanzaba por el mar oscuro, apretando contra el pecho las noticias del espionaje. La bruma era su madrina que la amparaba. Entonces ella sentía como si se embarcara hacia su patria.

En la costa, muy lejos, se oía la voz de los centinelas.

Un amanecer fue sorprendida y encarcelada en Casasmatas. Su espíritu de vagabunda, enamorada de la libertad y del horizonte, vivió entre hierros. Pero entre la sombra y las privaciones de la cárcel, el orgullo de ser prisionera de guerra la envolvía como un manto de gloria.

Así se cerró para siempre el nudoso portón de la Posada Chilena, en una callejuela revuelta y sucia de El Callao.

*LA DIETA*  
*DE ENRIQUE RAMOS*

LOS ESPAÑOLES son locuaces, bulliciosos, expresivos. Sin embargo, los hermanos Ramos, españoles criados en Chile, eran tan silenciosos, que a veces su mudez parecía desaliento. Sólo Santiago, el autor teatral y periodista, conversaba un poco. El mayor, Julián, con su barba negrísima y cerrada, tenía aspecto de moro triste. En 1913 era dueño del fotografo instalado en el diario "La Mañana". Su hermano menor, Enrique, trabajaba con él. Enrique también era silencioso, pero su buen humor era incomparable. Su alma era tan noble que siempre se ganó el cariño de cuantos tuvimos la dicha de ser sus amigos. Era flaco. Casi un esqueleto, aunque comía bastante. Precisamente, de sus comidas vamos a hablar.

Una tarde de domingo, varios compañeros lo llevaron a visitar a una buena señora que era muy amable con sus huéspedes. Fueron recibidos en un antiguo salón, con retratos desvanecidos. Se habló ceremoniosamente del frío y de unos horribles bailes modernos. Después se trató de política, y se animó un poco la conversación. Pero Enrique Ramos no pronunció una palabra.

Pronto la señora los invitó a pasar al comedor. La mesa estaba cubierta de bandejas con golosinas. Mientras todos empezaron a comer, Enrique Ramos no quiso servirse nada. La señora estaba muy confundida.

—Aunque sea una taza de té —le suplicaba.

—No, señora, mil gracias.

—Un pastel.

—No, perdone, señora.

—Mire, en confianza; tengo unas empanadas que están muy ricas.

La señora no sabía qué pensar. Este hombre no hablaba una palabra, no comía un bocado, ¿para qué, pues, le servía la boca a este hombre?

—Un poco de jamón...

—No, señora.

—Dígame, entonces, ¿qué quiere servirse usted?

—No me atrevo... —murmuró Enrique, con humildad.

—No, no. Tiene que pedir, como si estuviese en su casa.

—¿De verdad?

—Sí, sí. Tendré el mayor gusto.

—Señora, lo único que me agrada son esos crisantemos que hay en el florero.

—Con mucho gusto. Se los pondré en un paquete para que no se marchiten.

—No... Perdona. Yo los acepto, pero para servir-melos.

—¿Para servirselos?

—Sí, señora. Yo no como más que crisantemos blancos, así como éstos.

La señora estaba muy asustada. Vino la empleada, trajo un plato, cuchillo, tenedor, y Enrique tomó las flores con gran entusiasmo y las cortó en pequeños trozos. Les puso aceite, vinagre, sal.

—¿Tendría un poco de pimienta?

Corrieron a traerle pimienta. Enrique aliñó cuidadosamente su plato, y empezó a comer hablando del porvenir económico de América.

Los amigos quisieron tomar a broma la merienda de Enrique, pero éste decía, muy serio, cosas tan interesantes sobre las riquezas del subsuelo americano, que había que escucharlo y concederle atención mientras se servía los bellos crisantemos blancos; habló con entusiasmo de las reservas de materias primas y del futuro de América. No había manera de echarlo a broma. Ante cada risa, Enrique alzaba la voz y se imponía. No dejó un solo crisantemo.

Durante un almuerzo con varios periodistas, Enrique Ramos escuchaba en silencio la conversación de los demás. Era su actitud habitual. No tenía ningún interés en dar su opinión. De pronto, apretando los labios, produjo un ruido exacto al zumbido de un avión lejano.

Varios de los amigos saltaron de sus asientos y escaparon como locos fuera del comedor.

Las personas que estaban en otras mesas se alarmaron y preguntaban a gritos qué cosa ocurría. ¿Había algún peligro?

Hubo que explicarles que cuando Enrique hacía el ruido de avión, significaba que se disponía a comer anteojos.

—¿A comer anteojos? ¿Pero será un juego?...

—¡Qué va a ser juego! No, señores. Si ya se ha comido muchos. A Lautaro Barahona le ha comido dos pares. A José Squella también le comió unos anteojos negros para el sol. También le comió anteojos a Vicente Allende.

—No se los puede comer, porque se cortaría la boca —argumentaban algunos.

No sabemos cómo sería, pero se los comía enteros, como si fuesen galletas. Siempre sus comidas eran muy extrañas. Una noche, en ese mismo comedor del diario, se celebraba la despedida de soltero de un reportero que se casaba al día siguiente. Era un joven muy estimado, y a esa manifestación asistió mucha gente. Al final de la comida, Enrique dijo que él quería hablar. Se puso de pie, y explicó que él deseaba ser intérprete del cariño de los comensales, porque él sabía cuánto une a todos esta cotidiana faena de los diarios, con trasnochadas y sacrificios que casi siempre son desconocidos. Rápidamente fue poniendo más emoción en el discurso, se exaltó, se le humedecieron los ojos, y en el momento de mayor entusiasmo fue hacia el novio y le sacó de la mano el anillo de compromiso. Levantó el anillo más arriba de su cabeza y lo contempló con arrobamiento. Y con arrestos de orador, dijo, dirigiéndose al anillo:

—Símbolo de la dicha de mi mejor amigo, símbolo de la felicidad de uno de los nuestros, del amor de un hermano, mi saludo es también una alegre despedida. No te veré más. Adiós.

Se llevó el anillo a los labios, como para besarlo. Y se lo comió.

La escena fue indescriptible. Mientras unos reían a carcajadas, el novio se levantó furioso:

—¡Devuélveme el anillo!

Enrique respondió muy grave:

—Imposible. Mi cariño hacia ti me ha exigido guardar tu anillo en el fondo de mi ser.

—No acepto bromas —gritaba el novio.

Enrique respondía:

—¡Compréndeme! He comulgado con tu anillo.

Varios amigos dijeron que debía ser una broma, y le pidieron a Enrique que abriera la boca. Este obedecía dócilmente. Todos querían asomarse a ver, y no era posible. La boca de Enrique no era una ventana.

Fueron asomándose por turno, y tuvieron que convencerse de la espeluznante realidad. Se lo había comido.

Al día siguiente el novio tuvo que casarse con un anillo que le prestaron.

Enrique asistió a la boda, muy elegante, muy serio, muy callado, muy flaco.

Alguien comentó:

—Con ese régimen de alimentación, crisantemos, anteojos y anillos, no podrá engordar nunca.

Enrique Ramos no permitía que nadie lo sobrepasara en sus extravagancias. Una noche de junio, que hacía un frío horroroso, Enrique vio a Julio Lira en la Plaza Almagro. Ambos amigos quisieron saludarse, pero se hallaban separados por esas fuentes o espejos de agua que hay en esa plaza. Lira, para asombrar a Enrique, no quiso dar la vuelta alrededor de la fuente y se dirigió rectamente hacia su amigo, caminando dentro del agua.

Enrique no pudo soportar tan grande y ofensivo desafío, y se arrojó al agua, a nadar. Las escasas personas que había en la plaza se agruparon a ver ese espectáculo inexplicable. Los carabineros estaban furiosos. Los dos amigos salieron del agua, y como sintieran que estaban congelándose, empezaron a correr. Hasta que pasó un taxi y pretendieron tomarlo. El chofer no permitió que subieran porque le iban a dejar mojado el auto.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros, así?

—No sé, pues. ¿Quién les mandó bañarse vestidos?

Echaron a correr por la calle San Diego. Los transeúntes, que iban muy abrigados y con bastante frío, se detenían estupefactos a ver a esos individuos que corrían empapados, dejando en las aceras regueros de agua.

Un curioso les gritó:

—¿Qué les ha pasado?

Y Enrique Ramos, desde lejos, le respondió:

—Es la transpiración. Venimos corriendo desde Curicó.

## LA MACARENA

LLEGUE A Sevilla en mayo, y vi volver las oscuras golondrinas. Esas eran las golondrinas de Gustavo Adolfo Bécquer, las que volvían a colgar sus nidos en un balcón. Y esas golondrinas eran numerosísimas. Caminando por la calle Pajes del Corro, en el barrio de Triana, yo vi enormes bandadas que poblaban el cielo, como enjambres de abejas. Y ahora es oportuno recordar que fui a ver el monumento a Bécquer en el Parque de María Luisa.

Los hermanos Alvarez Quintero escribieron una comedia, "La rima eterna", y todo el producto de esta obra lo destinaron a la erección del monumento al poeta sevillano. El monumento lo hicieron en torno de un árbol gigantesco. Pero el árbol siguió creciendo, su tronco engrosó y partió algunos mármoles. Cuando

yo llegué a Sevilla se habían iniciado los trabajos de la refacción y el monumento estaba desarmado. Pero, de todos modos, se podían admirar algunas bellas partes, el grupo de las tres mujeres, el busto del poeta y la figura de la traición. Esta figura se refiere a la rima que empieza: "Me ha herido recatándose en la sombra..."

El árbol es tan enorme que su follaje forma como una glorieta cerrada, dentro de la cual hay una claridad verdosa que se filtra a través de las hojas. Es un rincón tranquilo, con una sombra suave; un refugio apartado de la alegría pagana de la ciudad, lejos del incendio de los claveles, de las torerías, de los piropos, del vino con sol, de la Sevilla abrasada y ruidosa que buscan los turistas y que se halla entre el cartel de toros y la castañuela.

Me dijeron:

—No es posible que usted ande por Sevilla y no haya ido a ver a la Macarena.

—Iré.

—Ya debió haber ido, porque sin conocer a la Macarena no se puede entender ni sentir a Sevilla.

—¿Ella es la llave?

—La llave y la puerta, y Sevilla entera.

La Virgen de la Macarena, que llora en su trono de oro y de pedrerías, en la iglesia de San Gil, no es la Virgen pálida que levanta sus ojos a la altura, en el éxtasis. No pisa sobre las nubes ni es rubia. La Virgen de la Macarena es morena, bonita, humana, y por sus mejillas tostadas ruedan unas grandes lágrimas que son de este mundo.

No levanta los ojos a los cielos, sino que mantiene la vista baja, tiene una mirada que se queda entre

nosotros, en Sevilla, cerca del Guadalquivir. No es divina y glacial, sino morena como una andaluza, y más que perfil de santa, tiene hermosura de novia.

Por eso en la grandiosa procesión de Semana Santa, los sevillanos le dicen galanterías. Es la única divinidad que escucha galanterías. La única Virgen cristiana que sale a la calle y recoge piropos.

Y como a una belleza, se le toman fotografías, fotografías únicamente del rostro, y se le hacen ampliaciones. Tiene retratos de perfil, retratos de tres cuartos, retratos que quieren demostrar que la Virgen es bonita y tiene unos grandes ojos oscuros con mucha pena.

Porque las demás vírgenes sufren dolores celestiales, aflicción por las miserias humanas, compasión, ternura. Ella no. Ella tiene pena, pena de la tierra, pena nuestra, que camina por el barrio. Así se explica que a esta Virgen tan humana le hagan regalos de joyas, de vestidos lujosos, de pañuelos bordados de oro. Porque ella está en la tierra, puede disfrutar de tales suntuosidades.

A las demás vírgenes pálidas y deshumanizadas se les reza. A esta Virgen morena y bonita se le cuentan tristezas; los toreros le confiesan sus historias de amor, y las mujeres de Triana le hablan como a una amiga. Yo sé que desde su trono de oro ha escuchado más confidencias que oraciones.

Y ese culto tan vecino a la tierra debe ser una honda huella que dejaron en este suelo los moros. Esta fe de sultanes, creencias de gente árabe que piensa en los seres sobrenaturales, pero también ama las cosas terrenales. El cielo cristiano está más alto. Este cielo de la Macarena está al alcance de la mano, un poco más allá del Parque de María Luisa.

Y cuando llega la Semana Santa y la procesión sale

a la calle y la Macarena aparece entre la luz de las joyas, el sevillano siente orgullo de su Virgen, y la pasea por toda la ciudad, así como el novio enamorado luce a su novia bonita.

Y ahora vamos a ver sus tesoros. Están junto a la iglesia de San Gil. Y cuando el mayordomo abre la puerta de la sala que guarda las pedrerías y los ornamentos de la Virgen de la Macarena, suena el timbre de alarma. Es un timbre clamoroso, aterrador; un timbre que parece que no avisa que se ha abierto la puerta, sino que han entrado ladrones y que ya se han robado casi todos los tesoros. Es timbre que llama urgentemente a toda la población. Timbre de escándalo y de pavor. Yo quiero echar a correr escaleras abajo, gritando que soy inocente y que me registren.

Afortunadamente, el timbre calla y todos entramos muy emocionados.

Allí están los tesoros. En grandes vitrinas de cristal están los vestuarios, los adornos, las joyas y todos los ornamentos con los cuales sale la famosa Virgen en las procesiones de Semana Santa.

Ante todo, la honradez. Es útil dejar constancia de nuestra honradez, cuando nos encontramos junto a estos tesoros asiáticos. Util y oportuno. Declaro, pues, honradamente, que yo no puedo describir esto. No poseo conocimientos técnicos; tendría que ser asesorado por un joyero, por un perito tasador, por un artífice. Y meter tanta gente en esta sala es peligroso. Con tantos asesores, con seguridad se perdería algo.

No puedo describir esto, porque ante mí veo unos mantos enormes, bordados con oro y diamantes. Diamantes como garbanzos, puestos a granel, como si fuesen botones. Las varas que sostienen el palio son de oro. Los candelabros son de oro. Los vestidos están

cubiertos de esmeraldas, de turquesas, de amatistas. De pronto, un turista pregunta:

—¿Y los collares?

Y se le responde:

—¡Ah! Los collares están en las bóvedas del Banco de España. Usted comprende. Vale eso tantos millones.

Mientras contemplo estas pedrerías, comprendo que esto no tiene nada que ver con el misticismo, ni con el perfeccionamiento moral, ni con la inmortalidad del alma, ni con la conquista de un cielo. Esto no es más que una bella idolatría, orgullosa de su poder y de su dinero. Claro que no lo dije en Sevilla, porque jamás siento deseos de molestar al prójimo ni discutir las creencias religiosas. Y hay que reconocer que es interesantísima esta alianza del catolicismo con la paganía.

Sigo contemplando. Ahí están las joyas que le regaló a la Virgen un torero después de una famosa corrida. Allí está la mantilla, cuajada de piedras enormes, obsequio de la aplaudida Juanita Reina. Y siguen las trompetas de plata, los ornamentos de oro, el pañuelo con todas las piedras más valiosas.

Otro turista pregunta:

—¿Y la corona?

Y se le responde:

—¡Ah! La corona está en las bóvedas del Banco de Andalucía. Usted comprende. Vale tal suma de millones.

Y seguimos recorriendo las vitrinas, con otros mantos, otros candelabros, más oro, más diamantes, más rubíes, más rosarios de piedras cegadoras.

No, no. Los reyes moros no se fueron. Están allí en Sevilla con su boato, su fanatismo, sus pedrerías que llegan a la leyenda, sus montones de oro que evocan a Aladino. Yo fui a la iglesia de San Gil, y me llevaron a la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones. Allí están el delirio de riquezas de los monarcas antiguos, el cuento oriental, la varita de las hadas.

Los Reyes Católicos creyeron que habían expulsado al moro el 2 de enero de 1492, con la captura de Granada, cuando los capitanes españoles clavaron las banderas cristianas en las almenas del recinto militar de la Alhambra, en la Torre La Vela del Alcazaba.

Y se equivocaron.

El moro se quedó allí, arrojando talegas de oro y diamantes a los pies de la Macarena.

## FUGA EN LA NOCHE

HABIA UN actor, Roberto Palma, que cuando bebía demasiado recitaba un párrafo de Eduardo Zamacois. Al sentir que la bebida ya le hacía efecto, Roberto Palma se ponía de pie y empezaba:

—¿Y yo...?

Aquí hacía una pausa, que a veces era muy larga, y continuaba:

—Yo, que, como mi padre, desfallezco de melancolía en la uniformidad de lo reglamentado y del aislamiento, también adoro el arte, y me extasio mirando, desde la ventana de mi cuarto, a las golondrinas que se van...

Roberto Palma era un actor que no trabajaba en el teatro. Por lo menos, yo sólo lo vi dos veces en un escenario. Se le encontraba siempre en la esquina de

los cómicos, Merced con Plaza de Armas. Entonces había actores para trabajar en el teatro y actores para conversar en la esquina. Desgraciadamente, murieron todos los actores especializados para conversar en la esquina. Entre ellos murió Palma. Y siempre que yo escribía un comentario sobre el teatro que iba desapareciendo dedicaba un párrafo a Roberto Palma.

Rafael Frontaura protestaba:

—Palma fue actor muy modesto, que sólo trabajó dos o tres veces, y tú siempre lo colocas como figura representativa del teatro del pasado.

Yo explicaba:

—Palma, mientras vivió, no fue actor para el escenario, sino para conversar en la esquina. Después de muerto, sirve para los comentarios del teatro de antaño. Y así he convertido a Palma en un personaje de mi propiedad. Si otro cronista lo cita, yo consideraré que me ha plagiado.

Así como en el teatro Roberto Palma fue un actor que no trabajaba, en esa época hubo un escritor que no escribía. Fue Martín Escobar, que vivió para charlar con Fernando Santiván, con Yáñez Silva y con Januario Espinosa. Con el propósito de hacerlo trabajar, Fernando Santiván lo encerraba con llave en su escritorio. Diez minutos después, Martín dormía plácidamente. De modo que esa pieza tenía dos utilidades: era el escritorio de Fernando Santiván y el dormitorio de Martín Escobar.

Claro que es una exageración decir que Roberto Palma no trabajaba jamás. Algunos empresarios solían contratarlo. Nicanor de la Sotta lo tuvo en su compañía, en el Teatro Coliseo. De la Sotta se consideraba actor trágico, y representaba unos dramas escalofriantes, con alaridos, disparos y asesinatos. Co-

menzó haciendo "Espectros", de Ibsen, y después se lanzó a buscar tragedias horrendas. Puso en escena una obra que se llamaba "Las hormigas blancas". Allí aparecía un personaje muy malo. Era un cura que hacía las más negras traiciones y torturaba a gente indefensa. Tantas infamias hacía el cura, que el público se enfurecía. Y ese personaje lo interpretaba Roberto Palma.

Una noche que el teatro estaba repleto y el calor dramático de la obra tomó un acento avasallador, el público quería matar al cura. Pero no podía subir al escenario.

—¡No importa! ¡Lo esperaremos a la salida!

Y efectivamente. Terminó la función y en la calle se quedaron algunos grupos esperando al cura.

Salió Nicanor de la Sotta a aplacar los ánimos. Con voz muy suave les decía:

—Ustedes comprenden que ésta es una comedia. El actor que hizo el papel de cura es un buen muchacho.

Y un hombre feroz, del Matadero, que había ido a ver la obra por cuarta vez, replicaba:

—Lo comprendo. ¡Pero yo me tengo que desquitar con alguien!

Y se paseaba como un monstruo vengativo por la calle Arturo Prat. Nicanor de la Sotta regresó desalentado al escenario:

—No hay esperanzas, Roberto. Lo quieren matar. Afuera están esperándolo.

—¡Yo no salgo!

—Eso no es posible. Usted sabe que el administrador del teatro no permite que se quede nadie aquí.

—Entonces, ¿usted quiere que me maten?

—Aguarde. Ahí al fondo hay una escala y se puede escapar por los tejados.

Fueron a ver la escala, calcularon la altura de las murallas. El proyecto no era halagador, la noche estaba muy oscura, y Roberto jamás había andado por los tejados a esas horas.

Mientras hablaban de la forma cómo iba a subir Palma y en qué casa iba a pedir permiso para bajar, un muchacho los oyó y corrió a dar la noticia a la calle:

—¡El cura se va a arrancar por los tejados!

La opinión de los vengadores fue unánime:

—¡Infame! ¡Hay que cortarle la retirada!

Y corrieron a un Club Liberal Democrático que había en la Avenida Matta. Mientras corrían gritaban:

—¡No se va a reír de nosotros!

Llegaron al club en tropel, jadeantes. El cantinero estaba asombrado. Hacía ocho años que él era concesionario de la cantina, y siempre los clientes le pedían una cerveza o un *sandwich* de jamón con queso. No conocía a estos clientes que llegaban apresurados pidiéndole una escala para subir al techo.

No había escala.

—¡No importa!

Amontonaron unos cajones y empezaron a trepar con un entusiasmo contagioso. Hasta el cantinero también quiso subir, pero su mujer, que era una tirana, no se lo permitió.

Y así, cuando Roberto Palma subió por la escala, con mucho cuidado, y se asomó a los techos, vio que por esas negras alturas andaban varios hombres que parecían fantasmas, y los moradores de las casas gritaban desde abajo:

—¿Quién anda ahí?

Y otras voces lejanas:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

Roberto Palma comprendió que ése no era el camino más adecuado para huir, y bajó muy triste.

Abajo lo esperaba Nicanor de la Sotta. Palma se le quejó amargamente:

—¡Estos son los resultados de sus dramas horripilantes! Ahora, ¿cómo salgo yo de aquí?

Entonces Nicanor de la Sotta lo tomó de un brazo, lo llevó a su camarín y se dispuso a disfrazarlo. Le puso una peluca rubia, unos bigotes a la borgoñona y un macfarlán oscuro. Palma parecía una caricatura. Y así salió a la calle, resignado, pues si no lo reconocían como intérprete del cura, podían darle una paliza por ridículo.

Esta aventura ahora parece inverosímil, porque el público ha visto muchos millares de películas y está acostumbrado a los argumentos, a las novelas, a las intrigas, a las fábulas y ya no se apasiona por los personajes buenos o malos. Hace más de cuarenta años, el público era más infantil que ahora, y a menudo preguntaba qué les ocurriría a los personajes después, más allá del final de la obra.

Preguntaban:

—¿Y se moriría la niñita?

—¿Qué niñita?

—La de la novela que leímos anoche.

Había que explicarles que se trataba de una novela, de una ficción, de un argumento inventado por el autor.

Y al saber que nunca había existido la niñita, ni su familia, ni el hombre malo, se consideraban de-

fraudados, y decían que el autor era un miserable charlatán que abusaba de la buena fe de los lectores.

Estos espectadores ingenuos desaparecieron debido al cine. Los espectadores no sólo ven las películas, sino que reciben numerosas noticias de la vida privada de los artistas, y así saben que la actriz que hizo un papel de niña desvalida es una estrella que vive espléndidamente.

El público que entonces iba al Teatro Coliseo tenía una mentalidad de campesino cándido. Por lo menos éstas son las causas que se me ocurren para explicar el caso del cura, interpretado por Roberto Palma, que ocurrió creo que en 1917.

## EL MUÑECO DE TRAPO

TUVO QUE ponerse en escena en Valparaíso aquella revista. La Compañía de César Sánchez no alcanzó a ensayarla en Santiago, y cinco días antes del estreno yo tomé el tren con rumbo al puerto, para ver los últimos ensayos. En la estación de Bellavista me esperaba Enrique Barrenechea, que entonces estaba dedicado a las revistas.

—Y los ensayos, ¿cómo van? —le pregunté, cuando aún no entregaba la maleta a un muchacho.

—Bien —me respondió, burlándose un poco de mi ansiedad—. Los bailables están un poco atrasados, pero usted comprende. Faltan cinco días.

Tomamos un coche, y Enrique me llevó al hotel en donde se hospedaba. No era confortable, pero allí se encontraba casi toda la compañía, y pronto me

hallé en ambiente. En cada pasillo tropezaba con rostros amigos, que me saludaban ruidosamente. Nemesio Martínez, María y Olga Arenas, el apuntador Taiba. Me parecía que no me había movido de Santiago. Los mismos comentarios que escuché la noche antes entre los bastidores de los teatros de la capital los oía en las sobremesas de este hotel.

El primer día se ensayó durante cuatro horas, sin descanso. Regresé al hotel aturdido con los gritos del director, con los trozos de música repetidos hasta la exageración, con los martillazos atronadores de los maquinistas que armaban el decorado. En el *hall*, me arrojé en un sillón y tomé un periódico. Pero el *hall* no estaba solo. Frente a mi sillón se hallaba sentado un niño, abrazado a un muñeco de trapo. Tendría cuatro o cinco años, no más. Era moreno y tenía unos ojos muy redondos y muy inteligentes.

—Este muñeco —me dijo— es mío.

Ante una afirmación tan categórica, yo me vi obligado a formular una galantería:

—Es precioso.

Era horrible. Sus mejillas de lienzo estaban exageradamente manchadas de carmín, y tenía unas cejas tremendas. Empezaban a llegar los cómicos al hotel.

—¡Hola, autor!

—Adiós, Pepe.

Pasaban a sus habitaciones ruidosamente, dando portazos criminales.

—Está usted muy bien acompañado, caballero.

Era Paquita Ríos, una muchacha del cuerpo de baile, y se dirigía a la criatura. Era alta, mimbreña y tenía unos grandes ojos oscuros y tristes. Luego, volviéndose a mí, me preguntó:

—¿Conversaba usted con mi príncipe?

—¿Es suyo?

—Mío.

Y le dio un beso.

—El pobrecito es mi camarada de bohemia. Conoce todo Chile y muchos pueblos de Argentina.

—Me acaba de presentar a su muñeco —le dije.

—¡Oh, lo adora! —me dijo Paquita—. Como estuve dos meses sin trabajo, no he podido comprarle un muñeco, y he tenido que hacérselo yo.

Y sonrió con melancolía. Después tomó en brazos a su príncipe, se despidió y se perdió en la sombra densa de un pasillo.

Al día siguiente, el director tuvo un altercado con la primera bailarina, y el ensayo se entorpeció bastante. Salimos del teatro al anochecer, rendidos y desilusionados. Son fieros esos desalientos que en medio de los ensayos asaltan a los autores y a los comediantes, cuando la obra se ve deshilvanada y fría, porque ya ha perdido la novedad de los primeros momentos y aún no ha alcanzado la plenitud de la interpretación. Ya hay fatiga y aún no se divisa la gracia. La música se torna vulgar y todavía las bailarinas se equivocan.

Regresé al hotel, desanimado y solo. Y en el *hall*, como en la primera tarde, estaba el chico de Paquita. Nos saludamos casi ceremoniosamente.

—¿Ha hecho maldades el muñeco? —le pregunté.

—No —respondió—. Ahora se porta muy bien, porque mamá le está haciendo un traje de payaso. Anoche cosió hasta muy tarde.

Pobre Paquita. Después de la jornada abrumadora del ensayo, después del vértigo de la función, des-

pués de las inevitables rencillas de las compañeras, todavía tenía ilusión para sentarse a coser, muerta de sueño tal vez, un traje de colores para el humilde muñeco de su príncipe.

Pero el niño no me dejó internarme en consideraciones sentimentales, porque estaba entusiasmado con la idea de ese traje. En el comedor, Paquita Ríos me dijo:

—¿Sabe? No voy a alcanzar a trabajar en su revista. Me marchó mañana al norte. Me ha contratado la compañía Salvatierra.

Y esa noche, al regresar de la función, nos despedimos.

—¿Y el príncipe?

—Durmiendo. Está loco con su muñeco.

—¿Ya es payaso?

—Ya es payaso.

Al día siguiente, apresurados, salimos al ensayo con Enrique Barrenechea, y en el *hall*, caído en una silla, vi el muñeco.

—¿No se marchó Paquita?

—Esta mañana, temprano.

—Se le quedó el muñeco al chico.

—Se marchó apresuradísima. Casi pierde el tren. Mire... Pasando a otra cosa, ¿qué le parece que en el último *sketch* saque pantalón blanco?

Y nos engolfamos hablando de la revista. Un día antes del estreno una revista es un laberinto. Decorados que faltan, un bailable que está mal ensayado, la orquesta que sólo quiere ensayar dos horas, una muchacha que cayó enferma y hay que sustituirla por otra que no conoce el papel. La fe que el autor tenía en determinadas escenas se quebranta

y apaga; aquella música que el primer día nos entusiasmó, después suena trivialísima. Si se pudiese retirar la obra...

Regresé al hotel con bastante mal humor. En el *hall*, ya sumergido en la penumbra del anochecer, estaba el muñeco olvidado. Y vestido de payaso. Me lo llevé a mi cuarto, para enviárselo a Paquita. Indudablemente, el niño se habría puesto desconsolado al reparar en la pérdida de su payaso entre las carreras del viaje. Ya Paquita me había hablado del cariño del chico por su muñeco. En las noches no se dormía sino abrazado al mono.

—Yo era lo mismo cuando pequeña —me había dicho ella—. Nunca quería demasiado a las muñecas brillantes compradas en las jugueterías. Me parecían vanidosas, sin alma, con esa frialdad de la gente que va por el mundo contenta de vivir. En cambio, mis pobres muñecas de trapo eran adoradas. Tan humildes, tan feitas, parecía que estaban más cerca de nuestras pobrezas y del corazón.

Estrené. Como siempre, el público permaneció frío ante las mejores escenas, y aplaudió con calor mis equivocaciones. El número de los acertijos, que me avergonzaba de haberlo escrito, mereció una ovación. Regresé a Santiago como un hombre que escapa de un naufragio.

Días después, conversando entre un grupo de cómicos, supe que la compañía Salvatierra estaba en Copiapó, y recordé que debía enviar el muñeco que tenía en mi poder. Pero en ese tiempo el exceso de trabajo me hizo olvidar mi propósito. Pasaron algunos meses. Después supe que ese conjunto andaba en gira en el sur. Y un tiempo más tarde, entre los

bastidores de un teatro, me encontré con el característico de la compañía Salvatierra.

—¿Llegaron?

—Anoche.

—¿Y cómo fue la gira?

—Regular. Chillán muy bien.

Después de hablar de las nuevas compañías que se formaban, le pregunté por Paquita Ríos, y él me dio las señas del hotel en donde ella vivía.

Al día siguiente fui a verla. Tuve que trepar por una escalera interminable y oscura. En un paquete llevaba el muñeco. Casi me perdí en los pasillos. En el tercer piso tuve que preguntarle a una mujer dónde se encontraba la habitación de la bailarina. Llamé a la puerta que me indicó, y me abrió Paquita Ríos.

Debía estar enferma. Nuestro saludo fue desanimado.

—Pase —me dijo—, pase usted.

Entré. Paquita estaba sola y el silencio de la pieza me lo dijo todo.

—Ya ve —murmuró— mi gran desgracia...

Y comenzó a sollozar.

¿Para qué decirle que no sabía nada? ¿Para qué obligarla a relatarme, paso a paso, su calvario de madre? Guardé silencio. Después me llevó a un extremo de la habitación y me mostró un gran retrato.

—Este es el último —me dijo—, se lo tomaron cuatro días antes de caer enfermo.

Allí estaba el niño, mirándome con sus ojos tan redondos y tan inteligentes, como aquella tarde cuando me dijo:

—Este muñeco es mío...

(—Tuyo, gorrión, y yo venía a devolvértelo. Tuyo, príncipe, y aquí te lo traía...)

Paquita, deleitándose con sus pensamientos dolorosos, me dijo:

—¿Se acuerda cuando conversaba con usted en el *hall* de aquel hotel de Valparaíso? ¡Ah! No le he contado nada... Perdió el muñeco... Mi pobrecito perdió el muñeco... Yo le había hecho un traje de payaso, y tal vez en el viaje lo perdió... Nunca supimos cómo. Me volví loca buscándolo. Y él también. Muchas veces, cuando regresaba del ensayo, lo encontraba revolviéndome las maletas, las cajas de sombreros... Después quería volver a Valparaíso, para buscar el muñeco... Cuando estaba enfermo, le hice otro igual, pero no lo quería...

Y se echó de nuevo a llorar.

No me atreví a entregarle el paquete. Después de algunos minutos, con un silencioso apretón de manos, nos despedimos. Y con el paquete del muñeco bajo el brazo, descendí lentamente por la escalera interminable y negra.

## BALCON EN HUERFANOS

CUANDO Manuel Ugarte llegó a Europa, las crónicas de Enrique Gómez Carrillo se apoderaban del público de habla castellana. Los lectores de periódicos estaban acostumbrados a resistir unos artículos pesados y fríos, y les causó una sorpresa enorme la aparición de este cronista que, con una amenidad muy nueva, les hablaba de los ojos azules de las mujeres de Viena y de unas cortesanas que leían versos clásicos en las casas de papel del Japón. Después explicaba la devoción con que se empezaba a trabajar la prosa artística, y luego les decía unas galanterías a las bailarinas sevillanas.

Manuel Ugarte se dejó seducir por la literatura de ese joven maestro que llegaba de Centroamérica, y también escribió unas "Crónicas del boulevard".

Pero luego reparó en que ese género no respondía a sus íntimas preferencias. Y empezó a buscar su camino. Escribió versos, cuentos, críticas, ensayos. Su vida se repartió en dos viajes insaciables. Su viaje por el mundo y su viaje por la literatura. Fue un viajero que no se radicó nunca. Saltaba de un género a otro, como cruzaba países y mares. Escribía unos ensayos sobre las nuevas tendencias literarias y vagaba por Nueva York e iba a esperar la Nochebuena en Madrid. Publicaba un volumen de madrigales, y en un mismo mes lo veían las calles de Sevilla y Buenos Aires.

Ugarte fue un cariñoso animador. Como era generoso, en una importante casa editorial de París hizo una nutrida antología de escritores hispanoamericanos. Junto con los trabajos elegidos, insertó unos benévolos datos acerca de cada autor. Lo hizo para dar a conocer, en una edición que tuvo amplia difusión, a muchos autores que sólo eran leídos en su ciudad. Como siempre, la antología, que todos debieron agradecer, provocó violentas críticas. Entre los atacantes se contó al ilustre José Enrique Rodó. Manuel Ugarte respondió con energía, y dijo: "Trabajemos, y lejos a resignarnos a la somnolencia del pescador de imperfecciones, pongamos manos a la obra y ayudemos a modelar la fisonomía de esta América".

Efectivamente. No se resignó, y luego se lanzó a su campaña hispanoamericana contra la influencia del imperialismo de los Estados Unidos. Fue una gira de ardientes conferencias por todas las capitales, para luchar por la independencia económica de los pueblos latinoamericanos. Llegó a Santiago entre

aclamaciones. Después de su primera conferencia, el público, enardecido por la elocuencia vibrante, salió del teatro siguiendo a Ugarte.

Se gritaba en las calles:

—¡Viva la independencia económica!

Ugarte se hospedaba en el Hotel Central, que estaba situado en la calle Huérfanos a la entrada de la Galería Alessandri. Hasta allí llegó el público, pidiendo que Ugarte hablara desde los balcones. Ugarte quiso hacerlo, agradecer los rendidos aplausos. Pero las habitaciones del hotel que tenían balcones a la calle estaban ocupadas por pasajeros que dormían inocentemente. Ya era tarde, porque la conferencia se había efectuado en la noche.

El público rugía:

—¡Que hable Manuel Ugarte!

Los amigos que acompañaban al escritor subieron al hotel y llamaron al dueño para decirle que necesitaban un balcón a la calle, pues el señor Ugarte precisaba decir unas palabras. Algo muy breve. El dueño del hotel, que era un italiano con unos bigotes muy grandes, respondió que era imposible, pues todas las piezas estaban ocupadas.

—Pero uno de sus huéspedes puede permitir por unos momentos que se abra uno de sus balcones.

El hotelero preguntó:

—¿Y para qué ese caballero quiere hablar desde el balcón? ¿No podría hacerlo aquí en el *hall*?

—¿Aquí en el *hall*? Haga usted el favor de salir a mirar...

El italiano no quería bajar. El no comprendía. Primero le pedían un balcón a la calle y luego lo querían sacar de su hotel. ¿Eran locos?

—¿Quiere salir?

—¡No salgo!

Entre todos lo empujaron y lo sacaron a la puerta. La calle estaba negra de gente que gritaba. El italiano subió con los pelos de punta.

Los pasajeros que dormían se asustaron mucho cuando el dueño del hotel fue a decirles que un caballero quería entrar a esos dormitorios a dar una conferencia.

—¡Estamos desnudas! —lloraban las señoras.

Desde la calle subían los gritos impresionantes:

—¡Que hable! ¡Viva la independencia económica!

El italiano estaba espantado y golpeaba nerviosamente las puertas de todos los dormitorios que tenían balcón a la calle.

Mientras tanto, el público se impacientaba, y los admiradores más jóvenes querían entrar al hotel a viva fuerza para tomarse los balcones, así como un pelotón de héroes se toma una trinchera.

Los pasajeros, que ya habían despertado con tan ensordecedores gritos, se prepararon para hacer una defensa espartana en camisa de dormir.

—¡Al asalto la juventud! —gritaban desde lejos.

Y arriba los pasajeros amontonaban roperos y veladores en las puertas, para improvisar una barricada.

El dueño del hotel, que no era un especialista en literatura, temblaba ante la proximidad del combate, sin sospechar quién era ese señor Manuel Ugarte que con una poblada tan enérgica venía a asaltarle el establecimiento.

Los gritos se oían desde la Alameda.

—¡Echar abajo las puertas!

En su desesperación, el italiano empujó una puerta, y sin atender a las protestas de un huésped, salió a un balcón con el propósito de decirle al público que Ugarte no podía hablar.

Pero el público se enfureció al ver a ese hombre tan raro y con los bigotes tan largos. Alguien gritó:

—¡Es un norteamericano, por eso no permite que hable Ugarte!

El griterío fue aterrador, y los más agresivos corrieron hacia la puerta del hotel.

—¡Al asalto!

—¡A la conquista de un balcón!

El italiano ofreció unas velas a San Jenaro. No se sabe si San Jenaro hizo algo, pero fue Manuel Ugarte quien bajó a la escalera a contener a los asaltantes.

Afortunadamente intervino la policía, disolvió a los manifestantes y los temblorosos pasajeros pudieron arrastrar los veladores a su sitio. Después de pasado el susto, las señoras en camisa le preguntaban con mucha indignación al dueño del hotel:

—¿Y quién es ese señor Ugarte?

El italiano no podía responder. No sospechaba que era un escritor, y sólo sabía que era como un caudillo que disponía de valerosas fuerzas.

—¿Y habrá asaltado otros hoteles?

Esa noche no se pudo averiguar si había realizado otros asaltos.

Y desde entonces, el dueño del hotel, cada vez que llegaba un nuevo viajero, le tomaba los datos y le preguntaba:

—¿Es usted conferenciante?

—No, señor, soy agente viajero de una fábrica de cepillos.

—¿No necesita decir discursos desde un balcón, después de las doce de la noche?

El agente le juraba que sólo había hecho uso de la palabra en el casamiento de su sobrina, y se había equivocado muchas veces y se habían reído de él.

Sólo entonces el italiano se tranquilizaba y le decía:

—Puede usted quedarse.

Después, por las informaciones de los periódicos, se fue enterando de que Ugarte no era un caudillo que capitaneaba hordas, sino un escritor argentino. Pero le quedó la desconfianza ante los escritores.

Después llegó la elección presidencial y los candidatos eran don Juan Luis Sanfuentes y don Javier Figueroa Larraín. Fueron unas elecciones reñidísimas; en Chiloé fue asesinado don Guillermo Eyzaguirre Rouse; todas las tardes había unos desfiles tormentosos, y los correligionarios se apaleaban en cada esquina. Ante los repetidos desórdenes, el dueño del Hotel Central decía:

—¡Son los conferenciantes!

—No, señor. ¿Que no ve que son los partidarios de don Juan Luis Sanfuentes?

El italiano sonreía. A él no lo engañaban. El lo sabía muy bien. Eran los conferenciantes.

## PUERTA CERRADA

EN TEATINOS 666, las oficinas de las revistas que editaba la Empresa Zig-Zag estaban comunicadas, y los redactores y dibujantes cruzaban de una a otra para entregar sus trabajos y para conversar. Sobre todo para conversar.

Por allí pasaban Germán Luco, Juan Guzmán Cruchaga, Juan Oliver, Rafael Frontaura, Hugo Donoso Gaete y muchos otros. Hugo Donoso ya había estrenado "Los payasos se van", comedia que fue muy aplaudida. Era en los tiempos de las primeras Fiestas de los Estudiantes, cuando Pepe Martínez y Pedro J. Malbrán animaban ruidosamente el Circo Universitario y todo el mundo se disfrazaba. En ese marco de alegría, la figura amable de Hugo Donoso armonizaba muy bien. Hugo era uno de esos extra-

ordinarios espíritus que en todo momento les agrada embellecer la vida, que saben admirar, se complacen elogiando y tienen un estímulo para quien pase a su lado. Sus labios, que acababan de cumplir veinte años, tenían siempre pronta la frase generosa.

Todavía quedan grandes amigos suyos. Coke y Rafael Frontaura saben que digo la verdad.

La alegría y la fraternidad de la juventud de entonces, y la adhesión de todos a la Fiesta de los Estudiantes, fueron posibles porque aún no se habían desbordado las pasiones políticas. La izquierda y la derecha aún no habían dividido el mundo en dos fuerzas irreconciliables. Todavía había mucha gente neutral, mucho hombre que sólo se interesaba por su trabajo, o por su deporte, o por su arte, o por su fiesta.

Además, la vida era más fácil entonces. No se luchaba por el dinero con tanta ferocidad como ahora, y se podía vivir en una forma más despreocupada y juvenil. El joven no era colérico.

En aquel ambiente, pues, mucho más apacible, pudieron existir el buen humor y el cariño del grupo de amigos de Hugo Donoso.

En la tarde de un domingo de octubre, varios muchachos que salían de un teatro pensaron buscar un restaurante simpático para comer juntos. La tarde había transcurrido agradablemente, todos estaban de buen humor y no quisieron separarse.

—¿Vamos al "Fancy"?

—No, no. A los alrededores, en donde haya aire y árboles.

Resolvieron ir a la Quinta Roma, que estaba en la Avenida Ossa, que entonces se llamaba Tobalaba.

Eran siete y no podrían acomodarse en un auto. Fueron a la Plaza de Armas y tomaron dos taxis. Pronto los coches dejaron las calles centrales, pasaron la Plaza Italia, siguieron por Vicuña Mackenna y tomaron por Ñuñoa hacia Tobalaba. Esas fueron las últimas calles de Santiago que vio Hugo Donoso.

El camino de Ñuñoa, en el anochecer del día festivo, entonces ya tenía animación. Los tranvías regresaban a la ciudad repletos de pasajeros bulliciosos, que traían ramos de flores, paquetes de frutas y alegría del campo. Es indispensable tomar en cuenta que esto ocurrió hace más de cuarenta años, y Ñuñoa aún tenía algunos aspectos campesinos. Todavía no era el Barrio Alto de moda. Los faros de los automóviles se cruzaban alegremente, y todo el camino era un río de ciclistas, de caballos, de carruajes, de tranvías con gente que volvía de divertirse. En algunos sitios, el vino había hecho olvidar las preocupaciones, y alguien cantaba. Lejos, sonaba quejumbroso un acordeón. Las puertas abiertas de algunos establecimientos arrojaban sobre el camino franjas de luz. El aire olía a flores y a tierra mojada.

Por entre el risueño bullicio pasaron velozmente los dos automóviles. A medida que se iban alejando de la ciudad, el camino se presentaba más solitario. El ruido del domingo iba quedándose atrás y comenzaba la belleza de la noche estrellada.

Al acercarse a Los Guindos, los tranvías pasaban vacíos y las casas ya habían cerrado sus puertas. Cuando llegaron al camino recto que conduce a Tobalaba, hoy Avenida Ossa, los dos automóviles aumentaron la velocidad. El coche que conducía a Hugo y otros amigos iba atrás, y poco a poco fue tomando la delantera. El otro coche no se quiso dejar vencer fácilmente y trató de defender su puesto. Fue

una carrera no convenida, alegre, jovial, que se concertó de improviso, a la vuelta del camino, entre bromas.

En esa carrera se jugó la muerte, y la ganó Hugo.

El automóvil en donde iba el joven escritor pasó adelante y conservó su puesto hasta el frente de la quinta en donde pensaban comer. Pero la puerta estaba cerrada. Bajó el chofer y fue a llamar con la gruesa aldaba. El automóvil, frente a la puerta, quedó atravesado sobre la línea del tranvía. En ese tiempo no había doble vía en ese sector. Como ya iban a abrir, ninguno de los pasajeros abandonó su asiento. El otro coche, que había quedado rezagado, se detuvo a alguna distancia, fuera de la vía. El chofer volvió a llamar con la aldaba, y los golpes resonaron como un escándalo en el silencio nocturno. Entonces, en aquella avenida se sentía la soledad del campo. A través del ramaje de los árboles enormes, parpadeaban algunas estrellas. Lejanos ladridos de perros, el galope de un caballo.

A lo lejos apareció la luz pequeña y amarillenta de un tranvía que iba de Santiago. Nadie pensó retirar el automóvil de la vía, pues la puerta ya iba a ser abierta. Se vio que habían encendido otras luces del jardín. Venían. Claro que el tranvía avanzaba rápidamente, pero en todo caso el maquinista, al ver un coche atravesado en la línea, se detendría. Pero el tranvía volaba hacia ellos y la puerta en ese momento iba a ser abierta. Sonaban los cerrojos ya. El tranvía estaba encima, no se detenía, tomaba más velocidad.

Cuando el tranvía de las nueve veinte de la noche llegó al camino de Tobalaba, el maquinista, que se vio libre de pasajeros, dio a su motor el máximo de velocidad y se refugió en el interior del tranvía para

defenderse del aire cortante de la carrera. Y el tranvía, cada vez más rápidamente, avanzó.

A diez metros de distancia, Hugo y sus compañeros que estaban en el automóvil atravesado en la vía vieron venir hacia ellos, en una carrera desenfrenada, un tranvía vacío, sin maquinista, como si la muerte invisible lo empujara estruendosamente a través de la noche.

El choque fue monstruoso. Al primer golpe el automóvil rodó algunos metros, después el tranvía se trepó sobre el coche, despedazándolo. De los cuerpos de los muchachos sacaron miembros separados. Al pobre Hugo lo reconocieron por un manojo de cabellos rubios.

Sobre esos cabellos rubios iba a pasar la mano de la gloria, y la muerte se los arrebató, una noche, en un paraje solitario, como un ladrón de caminos.

Dos o tres meses antes, en la redacción de "Zig-Zag" estábamos Hugo Donoso y varios amigos suyos. Llegó un periodista colombiano, que venía de paso a la Argentina. Era un hombre conversador, pintoresco y sabía muchas cosas. Era prestidigitador y quiromántico. Ejecutó muy limpiamente varias pruebas. Hizo desaparecer los lapiceros que estaban sobre mi escritorio y luego los encontramos en nuestros bolsillos. Después nos vio las líneas de las manos y nos dijo:

—Es curioso, el porvenir de ustedes presenta un contraste tremendo. Todos tienen la línea de la vida larguísima, y, en cambio, la de este caballero (se refería a Hugo) se puede decir que no tiene futuro. Está cortada enérgicamente.

Hugo se echó a reír y nos dijo:

—Ustedes se van a fastidiar. Serán unos viejos catarrosos y aburridos. Los compadezco. Y yo me voy a despedir, como un griego, en plena juventud.

El colombiano volvió a tomar la mano de Hugo, la examinó detenidamente y no habló más del asunto. Su silencio fue muy sospechoso. Es indudable que él vio que la tragedia ya estaba junto a Hugo.

*L A F I E S T A*  
*E N L A A R E N A*

SOBRE LA plaza de toros cae el sol de la tarde madrileña y le da a la arena un dorado ardiente que sólo hemos visto allí y en la paleta de algunos pintores sevillanos. Es un oro inflamado de crepúsculo de estío, que arde soberbiamente en los caireles del traje de los toreros. Su resplandor es uno de los protagonistas principales de la fiesta taurina, es como la lumbre del coraje de los lidiadores, el manto en que se envuelve la ovación cuando los Belmontes y los Manoletes miran cara a cara a la muerte. O a la gloria.

Bajo este sol los toreros se emborrachan con sus propias proezas, ostentan su elegancia en el terreno mismo del peligro, buscan a la fiera con un desdén suicida; con una verónica nos muestran una pres-

tancia desconocida, y con un pase natural nos aterran y nos deslumbran. Y frente a este espectáculo tan trágico como bello, los entendidos mantienen su gesto malhumorado, los críticos protestan. Los profanos, humildemente, les preguntan:

—¿Pero estas maravillas no les parecen a ustedes bien?

Ellos estallan:

—¿Cómo nos van a parecer bien si ese mamarracho no entró a matar cuando debía?

—¡Pero mire ese pase!

—Además, el toro no sirve. ¿Usted cree que eso es un toro?

—¡Una fiera!

—¡Eso es un perro!

Nada les satisface, y parece que les agrada oponer su protesta irreductible frente a los aplausos clamorosos. Escuchando los agrios reparos de los críticos, muchos espectadores sienten deseos de empujar a estos exigentes teóricos y tirarlos al redondel, en donde el toro se revuelve frenético y hace volar la arena en sus arremetidas ciegas.

Pero todo llega. Y en Pamplona se vio al entendido descontentadizo frente a la fiera, al crítico exigente en el oro del ruedo.

En el verano de 1953 se preparaba una corrida en una finca de Camponuevo, en Pamplona. Esa corrida se realizaría un día domingo, y dos días antes llegaron a Camponuevo los toreros. Pero faltaba uno, que se había quedado enfermo en Madrid. Comenzaron por buscar a algunos aficionados. En Pamplona había algunos muchachos que, más o menos, toreaban y habían tomado parte en unas novilladas. Eso esta-

ba bien como ensayo, pero era muy diferente atreverse con la faena de una corrida de verdad. Honradamente, dijeron que no tenían conocimientos ni práctica como para dar la cara a los seis toros de una corrida.

En la noche telegrafieron a San Sebastián. Y el empresario de San Sebastián respondió que allí no había ningún torero disponible. La situación era apremiante, porque la cuadrilla que había ido a Camponuevo era pequeña, de modo que la ausencia de un solo torero habría deslucido la corrida. Mandaron un agente a Bilbao, en la mañana del sábado. Pero en Bilbao también habría corrida el domingo. El agente, que se había comprometido a volver con un torero, no se desanimó, y trató de conseguir que los empresarios de Bilbao le cediesen un torero. Las dos cuadrillas que se presentarían eran grandes y sacarles un solo torero no significaba gran cosa.

En Bilbao estaba Félix Ollanqui, crítico taurino de la Ribera de Navarra, y se enteró de estos trajines.

Desdeñosamente, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Señor, que vamos a dar una corrida en Camponuevo y nos falta un torero. Se nos ha quedado enfermo en Madrid.

—Pues, aquí hay varios.

—Todos están contratados para la corrida de mañana.

—Yo le diré a Coralitos que les ceda uno de su cuadrilla.

—No aceptan. Dicen que se les debiera haber hablado con alguna anticipación.

—Pues yo les arreglo el asunto.

—¡Oh don Félix, usted nos salvaría!

—No se preocupen.

—¿Y dónde halla usted ese torero?

—En ninguna parte. Toreo yo.

—¿Usted?

—Yo.

—¡Oh don Félix, para nosotros será un honor que usted figure en la cuadrilla de mañana!

—Nada, voy con ustedes. ¿Cuándo partimos?

—Esta misma tarde.

Y el agente corrió a telegrafiar dando cuenta de su brillante adquisición. Y en Pamplona hicieron los nuevos carteles con una gran cabeza de toro: "Corrida extraordinaria de Camponuevo. En la cuadrilla de Gitanito figura el eminente crítico taurino don Félix Ollanqui, de la Ribera de Navarra. Seis toros de lidia, seis".

El crítico llegó con el agente a Camponuevo y fue recibido con entusiasmo. La corrida iba a ser un acontecimiento.

Los admiradores le decían:

—Con lo que usted sabe, ¡qué primores hará mañana!

Don Félix, condescendiente, prometía hacer algunas cosillas con los toros. Y preguntaba:

—¿Qué tal las reses?

—No son Miuras ni Veraguas, pero son fierecillas acometedoras.

Don Félix no se achicaba y prometía de todo.

Y llegó el domingo. Un sol espléndido y la plaza llena de gente. Hay que ser honrado y reconocer que no había mujeres con mantones ni hombres con sombrero cordobés, pero de cuando en cuando sonaba por ahí un "¡Olé!" que era una fiesta.

En los preparativos, don Félix tuvo una originalidad. El no quiso vestir el traje de luces. El empresario

le ofrecía uno muy hermoso, verde y oro, pero don Félix lo desdeñó. El torearía como andaba en la calle, con su americana y sus zapatones claros. El hombre quería torear como crítico.

Y comenzó la corrida. Salieron los alguaciles, saludaron al presidente y terminaron de dar la vuelta a la plaza. Sonó el pasacalle valiente y alegre de "El chaleco blanco", se abrió el ancho portón, y salió, deslumbrante, la cuadrilla. Entre los toreros iba don Félix, con su trajecito vulgar. Sin capa de paseo. Sólo llevaba en la mano, como quien lleva un pañuelo, el capote. Don Félix era original. La cuadrilla llegó frente a la presidencia, saludó, y cambió las capas de paseo por los capotes de faena. Después que los toreros se desparramaron por la plaza, sonó el clarín destemplado, se abrió el toril y salió un toro negro, rabioso, grande como una casa. La salida del primer toro de la corrida produce un calofrío. Parece que con él entrara al ruedo la muerte.

Los toreros comenzaron a echarle la capa, sin acercarse mucho. Primero hay que tantear al animal. Entonces es cuando el matador observa y ve cómo debe actuar. El toro arremetía con furia, y varias veces, en la tremenda acometida, cayó de rodillas en la arena. Los toreros se lanzaron con unas verónicas que estuvieron bien. Don Félix había estado muy lejos del toro y creyó que debía hacer algo. Se acercó con su capote, y el toro arremetió y lo elevó por el aire. Cuando don Félix cayó, el toro volvió a embestir, y lo revolcó y lo pisó. Muchos gritos de espanto entre los espectadores. El animal no tenía ningún respeto por los conocimientos taurinos del crítico. Los toreros, para salvar al técnico, se arrojaban valientemente sobre el toro, casi envolviéndole la cabeza en sus capotes. Haciendo prodigios de valor, consiguieron reti-

rarlo un poco. Pero la fiera no quería nada con los toreros. La fiera quería despedazar a la crítica, acabar con la cátedra. Y cuando vio que don Félix estaba levantándose, volvió a arremeter y lo lanzó otra vez por los aires. La concurrencia gritaba espantada. Un señor algo corto de vista preguntaba a gritos desde la barrera:

—¿Cómo se ha caído ese caballero al redondel?

Creía que era un espectador que se había caído a la arena y el toro lo estaba matando.

Ante el peligro, el matador Gitanito se lanzó gallardamente, azotó la cabeza del toro con su capote y se lo llevó rozándole las astas con sus lentejuelas de plata.

Así pudieron sacar del ruedo al crítico con los pelos de punta, y lo llevaron corriendo a la enfermería, en donde lo esperaban todos los médicos de Pamplona y de sus alrededores. No le ocurrió gran cosa. Dos o tres días de cama, y cuando pudo asistir a la próxima corrida de Bilbao, volvió a encender su puro y a decir con su gesto malhumorado:

—¿Usted cree que eso es un toro?

—Pero, señor...

—Eso es un perro. ¡Y ese torerillo no entró a matar cuando debía!

LA SORPRESA  
DEL AÑO 1904

—ELADIO, DESPIERTA... Anoche la niña tuvo treinta y nueve grados siete décimas...

Don Eladio López abrió los ojos, todavía un poco inconsciente. La señora continuó:

—Fíjate... Cerca de cuarenta grados. Es peligroso.

—Sí, sí. Habrá que llamar a un médico.

La enfermedad de su hija acabó de despertarlo completamente. Tendría que empezar por procurarse dinero. ¡Parecía mentira! El, tan ordenado, que siempre terminaba el mes con una pequeña cantidad sobrante y podía vivir holgadamente, ahora se encontraba sin dinero. Y precisamente cuando se enfermaba la niña.

Había pagado los nuevos muebles para el *living*, le

había prestado cierta cantidad a su primo y se había quedado con lo justo para terminar el mes. Nunca había hecho esto. Y ahora la niña se enfermaba.

Jamás había pedido un anticipo en la oficina. Le parecía una humillación. Tampoco era capaz de pedir a los amigos dinero prestado. Por lo tanto, él, tan trabajador y tan ordenado, se encontró con que no sabía cómo proporcionarse recursos para una enfermedad sorpresiva. ¿Qué hacer?

La señora le interrumpió el monólogo de sus afa-  
nes:

—Déjate de preocupaciones. Tú sabes que a nosotros no nos falta el dinero. Lleva mi anillo a la agencia. Por ese diamante te darán lo que pidas y el mes que viene lo sacamos.

Era lo más práctico. A don Eladio le daba vergüenza entrar a una agencia, pero el empeño del anillo le arreglaba en un instante toda su situación. Se decidió y fue a una agencia de la calle Rosas. Entró un poco vacilante al oscuro local. Se acercó a atenderlo un español alto y calvo. Don Eladio le pasó el anillo:

—Sólo quiero trescientos pesos.

El español miró la joya, sonrió desdeñosamente y se la devolvió a don Eladio.

—Sólo quiero trescientos pesos. . .

—¡Nada! ¡Ya me han engañado muchas veces!

—Está equivocado. Este diamante vale cien veces más.

—¡Conozco el cuento!

Don Eladio palidecía de rabia.

—¿Con quién cree usted que está hablando?

—¡Basta! Con este engaño, en los últimos días he perdido varios miles de pesos.

Y le volvió la espalda. Don Eladio sintió unos vio-

lentos deseos de romperle la cabeza. Pero en los bolsillos sólo llevaba su vieja cartera con papeles, el lápiz y el pañuelo. No eran objetos adecuados para librar un combate singular. Prefirió salir de la agencia. Echó a andar por la calle Rosas, completamente desorientado. No comprendía nada. Se hacía mil preguntas. Y yo no voy a repetir aquí tantas preguntas, porque tengo mucho miedo de cansar al lector.

Y para explicar el caso de don Eladio, tengo que contar la historia de los Diamantes Montana.

1904. En la calle Estado, en una pequeña tienda que estaba cerca de Huérfanos, comenzaron a venderse los famosos Diamantes Montana. Fueron la sensación del comienzo del siglo. En la vitrina, sobre un terciopelo negro, ardían esos diamantes que eran iguales a los legítimos y se vendían a precios inverosímiles. Un prendedor de corbata, con un gran diamante de purísima luz, por catorce pesos cincuenta centavos. El transeúnte que se detenía ante la pequeña vitrina y veía esa joya que reverberaba como una estrella, creía que el precio estaba mal escrito. Pensaba:

“Debe costar ciento cuarenta y cinco pesos, y por una equivocación resulta catorce pesos cincuenta centavos.”

Pero, con una vaga esperanza, entraba a preguntar. Y le mostraban el deslumbrante prendedor por catorce pesos cincuenta centavos.

—Hay otros más baratos. Mire éste por nueve pesos diez. Es bonito. Este otro es más modesto, pero por sólo cinco pesos.

La gente empezó a comprar diamantes como se

compran cigarrillos. Eran iguales a los legítimos. Claro que siempre, en todas las circunstancias, surgen los hombres apasionados, y en este caso los apasionados aseguraban que los Diamantes Montana eran más hermosos que los legítimos. Las discusiones eran estrepitosas. Algunos decían que los Montana tenían más luz. Se hacían apuestas acerca de si se podía reconocer la diferencia entre un Diamante Montana y uno legítimo. A un señor se le mostraban dos diamantes:

—¿Cuál es el Montana?

El señor consultado, nervioso, mostraba el legítimo, y el griterío era fenomenal. Los testigos de la apuesta se repartían por la ciudad gritando que era imposible distinguir un Diamante Montana junto a otro legítimo. Aseguraban que ya se habían hecho muchas pruebas. A los joyeros se les caía el pelo de espanto.

Yo recuerdo a un tío mío, que se paseaba por el salón profetizando el fin de las joyas. Los Diamantes Montana demostraban que la química había progresado tanto, que ya se podían hacer las piedras preciosas por toneladas, y no tardarían en instalarse en Chile las fábricas de esmeraldas y de rubíes. Los edificios estarían decorados con diamantes. Y esta vulgarización de las piedras preciosas traería como consecuencia la modestia.

El caballero hacía largos comentarios y contemplaba con orgullo su anillo iluminado por un diamante que le había costado ocho pesos treinta. El entusiasmo por los Diamantes Montana llegó a provincias, y desde los pueblos del sur las señoras escribían a sus parientes de Santiago para que les compraran algunas de esas maravillas. Eran muy hermosas, pero a los tres meses comenzaban a tomar un color amarillo

muy triste, y después de un año no brillaban más que un garbanzo.

Pero nunca faltan hombres aficionados a engañar al prójimo. Y el primer día que brillaron los Diamantes Montana en la pequeña vitrina, uno de estos héroes entró a la tienda:

—Quiero ver esos diamantes de once pesos.

Se los mostraron.

—Déme dos.

Los pagó y corrió a una agencia. Dijo que un molesto compromiso le obligaba a separarse de esas joyas, queridos recuerdos de familia. Le dieron más de cien pesos. El negocio era muy claro. Correr a la tienda de la calle Estado y comprar una docena de diamantes, y repetir la escena en otras agencias. Presentaba sólo dos diamantes. No era prudente llegar con un canasto de anillos, porque el de la agencia podía sospechar. Dos diamantes y los suspiros por los queridos recuerdos de familia. No fallaba uno. Todo el trabajo consistía en buscar nuevas agencias, antes de que otros descubrieran el negocio. Era una carrera de resistencia. El pasaje en tranvía sólo costaba diez centavos, y cinco en la imperial. Pero tanto subir y bajar fatiga. La ambición daba fuerzas para recorrer todo San Diego, el dinero acumulado empujaba a revisar toda la Avenida Independencia. Y Matucana y el Barrio Estación. ¿Acaso en Ñuñoa no hay agencias?

—Mire estos diamantes, alumbran. Pero tengo que hacer un viaje urgente. Déme doscientos cincuenta pesos.

¿Y Recoleta, amigo? ¿Sabe usted las agencias que hay en Recoleta? Y volver a la tienda de la calle Es-

tado. Anillos, prendedores, aros, brazaletes. Y que no se le pasara el tranvía que lleva a Providencia. Había que dejar la Avenida Matta para la tarde. Y parecía que no tendría tiempo para la calle San Pablo. Y con la nerviosidad se le había olvidado Diez de Julio.

—Tengo un apuro. ¿Me podría pasar por estos diamantes unos trescientos pesos?

—Viene cansado...

—Usted no sabe qué situación más dolorosa me empuja a separarme de estas reliquias. Porque, ¿sabe usted?, para mi familia son reliquias.

Carmen, Lira, Maestranza, Vicuña Mackenna... Parece que luego aparecieron otros competidores, porque en la tarde, en una agencia de la calle Riquelme, le dijeron:

—Están llegando muchos anillos así. Bueno... Pero como son bonitos, le pasaré cien pesos.

Al día siguiente se descubrió el juego. Eran Diamantes Montana. Sólo valían entre cinco y dieciocho pesos. Todos los dueños de agencias se lanzaron a revisar sus cajas de fondo, en donde guardaban los objetos valiosos. Algunos habían recibido hasta veinte Montana. Su primera idea fue recurrir a la policía. Pero ¿a quién acusaban? La pequeña tienda de la calle Estado vendía honradamente unas imitaciones muy bonitas. Nadie iba a ser tan cándido para pensar que estaba comprando un diamante de verdad. Los dueños de agencia estaban enfurecidos.

Y en ese momento entró a la agencia de la calle Rosas don Eladio con su diamante. Tuvo suerte, porque le tocó un hombre tranquilo, y la discusión no se tornó muy violenta. Hay que tomar en cuenta que el hombre de la agencia tenía para defenderse no sólo una vieja cartera con papeles, un lápiz y un pañuelo. No. El tenía a su alcance unas máquinas de

coser, de aquellas antiguas, que pesaban más que don Eladio. Tenía planchas, barretas y martillos.

El Angel de la Guarda tomó de la mano a don Eladio y lo sacó fuera de la agencia. Y así hay hombres de piedra que no creen en la existencia de los seres sobrenaturales.

## BIOGRAFIA DE UN CARTERO

HAZEBROUCK ES una ciudad de Francia que cuenta con veinte mil quinientos habitantes. Es cabecera de cantón en el Departamento del Norte y se encuentra situada a la orilla del río Bourre. Sus mayores actividades están en el mercado agrícola, la fabricación de la cerveza y los hilados de lino. En esta ciudad los vecinos iban con frecuencia a las oficinas del correo y no encontraban las cartas que esperaban. El comercio y el amor aguardaron muchas veces en vano. No podía ser de otro modo, pues el cartero, Maurice Croquey, se entretuvo durante mucho tiempo abriendo y leyendo las cartas que les llegaban a todos los vecinos. Parece que se enteró de enredos muy grandes, porque en la población se sospechaba algo.

—Una carta, aunque tenga muchas faltas de ortografía, siempre es sagrada —decían, trémulos de rabia, los vecinos.

Es cierto. Hay deudas y otras cosas, sobre todo otras cosas, que nadie desea darlas a la publicidad.

El descubrimiento del delito causó sensación. Este cartero había descubierto la manera de pasar muy entretenidas sus veladas. La literatura epistolar es muy simpática, y él tuvo tiempo para depurar su gusto y ser un entendido en el género. Tal vez ya conocería todos los estilos de la población, y tendría sus preferencias como cualquier crítico literario. A veces exclamaba, un poco estupefacto:

—¡Vaya con el jefe de policía! Ha escrito una carta de amor bastante aceptable.

Otras veces tenía desalientos:

—Es una lástima ese muchacho de la botica. Decae sensiblemente. Se acabaron aquellos arranques líricos del año pasado.

Y, preocupado de seguir las intrigas de la ciudad a través de la correspondencia, de leer lo que le contestó la rubia Manon a Charles, y de saber lo que resultó del lío del sobrino del ingeniero con la menor de las Dubois, el hombre abría nerviosamente montañas de cartas. Conocía todas las letras y esperaba algunas cartas con la ansiedad de un novio, como si fuesen para él. A veces tenía grandes deseos de contestar algunas, de intervenir en situaciones peligrosas. Era un espectador de almas de esa ciudad. Ya había perdido el miedo de los primeros tiempos y empezaba a leer las cartas ajenas con calma, a conciencia, como un hombre que revisa su propia correspondencia. A menudo exclamaba:

—¿Qué hará esa Manon que todavía no responde a las preguntas de Charles?

Y sufría inquietudes hondas por la tardanza de algunas cartas.

Hasta que lo descubrieron. La forma como lo descubrieron es divertida, porque el cartero cayó en una trampa muy ingenua. Jean Harden le escribió la siguiente carta:

*Señor Maurice Croquey.*

*Cartero de Hazebrouck.*

*Muy señor mío:*

*Usted es un miserable, que está abriendo y leyendo las cartas de todos los vecinos de esta ciudad. Yo lo voy a denunciar y usted va a caer a la cárcel para todos los días de su vida.*

Y firmó:

JEAN HARDEN,  
177, Rue Marseille.

Colocó esta carta en un sobre dirigido a una hermosa señorita que se llamaba Paulette Darras. El vecino se dijo:

“Este cartero infame va a sentir curiosidad de saber los secretos de la más hermosa muchacha de Hazebrouck.”

Y así fue. En cuanto el cartero vio la carta dirigida a Paulette Darras, la abrió y se encontró con la terrible acusación. Primero sintió mucho miedo, y luego pensó que era indispensable hablar con el vecino acusador. Necesitaba defenderse antes que se le llevase a la justicia. Fue, y le dijo al vecino con toda la altanería que pudo simular:

—Usted me acusa de que yo abro las cartas ajenas.

—Yo lo acuso.

—¿Y por qué me acusa?

—Porque yo sé que usted abre las cartas.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque usted abrió la carta que iba dirigida a la señorita Paulette Darras.

El vecino no iba a dejar perderse su triunfo como detective y, para lucirlo ante toda la ciudad, llevó el asunto a la justicia. Después de largos interrogatorios, el cartero Maurice Croquey confesó que él había dejado de entregar a sus destinatarios muchos miles de cartas, porque su valija le resultaba excesivamente pesada. Esta cándida declaración demuestra que el cartero quedó completamente ofuscado desde el momento en que fue descubierto.

Esto ocurrió en noviembre de 1953, cuando yo estaba en Francia, y pude imponerme de todos los detalles. Los detalles son interesantes.

El furor del vecindario fue indescriptible. Unos hombres musculosos y enormes se presentaron a la policía a pedir que se les permitiera ver un momento al monstruo. Claro que los gendarmes comprendieron que esos hércules no querían ver al cartero, sino matarlo de una bofetada. Se les respondió que la policía lo mantenía en estricta incomunicación, mientras proseguían los interrogatorios. Maurice Croquey siguió confesando. El público devoraba los diarios que informaban sobre el asunto. Después de muchas negativas, Maurice Croquey admitió que había quemado más o menos unos doscientos paquetes postales que obstruían el vestíbulo de su casa.

Después se supo que este hombre usaba para cocinar, en vez de carbón, las cartas dirigidas a los habitantes de Hazebrouck. Con los paquetes de im-

presos hacía un guiso de conejo que le resultaba muy bien. En la tortilla de papas, que él se preparaba todas las noches, consumía una importante cantidad de cartas de amor. "Le Soleil", un diario de la mañana, publicó una ilustración en la cual aparecía Maurice Croquey cocinando un apetitoso pollo, entre fardos de correspondencia. Como detalle pintoresco, los diarios informaron que el cartero guisaba admirablemente.

Un joven de Hazebrouck, que riñó con su novia por unas cartas que no tuvieron contestación, comenzó a estudiar boxeo para el día en que Maurice Croquey saliese de la prisión. Ya en diciembre de 1953 daba unos rectos al mentón francamente impresionantes. En esos días, el cartero se encontraba relativamente tranquilo, porque sabía que en cuanto terminara el proceso lo llevarían a la cárcel y allí estaría defendido por los gruesos barrotos. La cárcel fue su salvación. Maurice Croquey fue el primer hombre que soñó con la cárcel.

Un tonelero de Hazebrouck declaró que tenía un hijo de catorce años, que es muy fuerte para su edad, y que empezaría a adiestrarlo en el pugilismo, por si el cartero tardara mucho tiempo en salir de la prisión. Entonces se calculaba que en diez años más el muchacho sería un hombre temible. Ahora, en 1960, ya debe estar más o menos preparado para el descuartizamiento del cartero.

Ante esas perspectivas, los familiares de Croquey y algunos amigos leales le aconsejaron que tratara de conseguir la cadena perpetua. Le aseguraban que ese supremo bien se podía conseguir con indisciplina, riñas con los demás presos, incitaciones a la rebelión y estrecha amistad con los delincuentes más sanguinarios que entonces se hallaban en el presi-

dio. Los amigos le aseguraban que con perseverancia siempre se logran realizar altos ideales.

Estos fueron los detalles que yo logré recoger en Francia. Desgraciadamente, tuve que regresar pronto a Madrid, en donde vivía en aquel tiempo, y con seguridad perdí muy apasionantes informaciones.

Los lectores que deseen completar la biografía de Maurice Croquey pueden consultar los periódicos de Hazebrouck, publicados en el mes de noviembre de 1953. También en algunos diarios de París se publicaron varios telegramas sobre este asunto. Pero eran informaciones demasiado resumidas, que no agregaban nada importante a la biografía.

Además, se podría hablar con el mismo Maurice Croquey, que ahora debe estar muy dichoso detrás de las firmes rejas de alguna prisión de Francia.

AUTOR DE LA  
CANCIÓN NACIONAL

DON EUSEBIO LILLO tenía un espíritu inquieto que lo llevaba constantemente hacia diversos pueblos y diferentes actividades. Desde 1851 se mezcló con entusiasmo en los afanes de la política, pero también fue a La Paz y fundó el Banco de Bolivia. Vivió en Valparaíso cuando era redactor de "La Patria", y desde ese puerto atacó al Gobierno con tenacidad. Escribía versos. Con un poema que se titula "El junco" tuvo extraordinario éxito. Pero después dejó todo esto y fue a tomar parte activa en la política del Perú y Bolivia.

Cuando en 1891 las fuerzas revolucionarias triunfaron en Concón y Placilla, el Presidente Balmaceda dejó el mando y buscó amparo en la Legación Argentina. Pero antes había necesidad de entregar

el mando al general Baquedano. Y esa noche, al general no se le podía encontrar en ninguna parte.

Se supone que no quería hacerse cargo del Gobierno, y buscó un sitio en donde no pudieran hallarlo. El único que podía descubrir el paradero del general era don Eusebio Lillo. Y Lillo lo encontró.

A las diez de la noche, en la casa del general don José Velásquez, se reunieron el Presidente Balmaceda, el general Baquedano, Eusebio Lillo, Manuel Aristides Zañartu y el general Velásquez. Hubo acuerdo en que el Presidente Balmaceda dimitiera el mando en la persona del general Baquedano.

—Nada pido para mí —dijo Balmaceda—; las garantías que solicito son para las personas y las propiedades de los amigos que me han servido durante la revolución.

El general respondió que él se encargaría de esa defensa y que las garantías de seguridad alcanzaban hasta el mismo Balmaceda.

No eran más que palabras del general. Hizo todo lo contrario. A las dos y media de la madrugada, Baquedano le dijo al coronel Jarpa que iría como a la una de la tarde a La Moneda. El coronel Jarpa le aseguró que si no se tomaban medidas en el acto, no se podría contener al populacho ni evitar el saqueo y el pillaje. Con toda claridad expresó su opinión. Debería prepararse la caballería, y al amanecer hacerla salir en piquetes de veinticinco hombres al mando de un oficial, para disolver las pobladas y guardar el orden.

Baquedano respondió:

—Nada, coronel, ni un soldado debe salir de los cuarteles.

El coronel Jarpa insistió:

—Si los soldados permanecen en los cuarteles, será imposible evitar el saqueo y la violencia. Al amanecer debe publicarse el bando que lo da a conocer como Jefe Provisional de la Nación, y Su Señoría se va entonces temprano a La Moneda, con el objeto de que pueda tomar con oportunidad las medidas convenientes.

—Está bien, coronel —terminó Baquedano—. Publíquese el bando a primera hora y yo iré a La Moneda como a las ocho de la mañana.

Y esa noche, don Eusebio fue a dejar al general a su casa, que estaba en la Alameda esquina de Santa Rosa. Al despedirse le dijo:

—Mañana, general, hay que mantener el orden con energía.

—Sí, lo sé; sí, lo sé —respondió Baquedano.

Más o menos a las seis y cuarto llegó el general Baquedano a La Moneda. Y esa misma mañana, con una escolta de caballería, Baquedano fue a la Cárcel Pública y puso en libertad a un centenar de presos políticos. Y también puso en libertad a trescientos reos comunes, procesados por los Juzgados del Crimen.

Después del mediodía, las turbas armadas iniciaron los saqueos. Comenzaron por el Club Liberal y por la residencia de don Claudio Vicuña.

La lista de las casas saqueadas ocuparía todo el espacio destinado a esta crónica. En Independencia, San Pablo, San Diego, Bascuñán Guerrero, Avenida Matta y en el Barrio Estación, no quedó una agencia que no fuera totalmente vaciada.

Al atardecer, salieron las tropas a restablecer el orden.

En los primeros años de este siglo, don Eusebio Lillo vivía en su enorme casa, solo con sus cuadros, sus libros y sus flores. Era una vasta mansión, con espaciosos salones, cuyos muros desaparecían detrás de las colecciones de pinturas, telas de la escuela flamenca, de la escuela italiana, obras españolas y chilenas. Allí ardían los colores de Sorolla y mostraba sus carnes avergonzadas "La perla del mercader", de Valenzuela Puelma.

Otras piezas estaban destinadas a contener la nutrida biblioteca. Los millares de volúmenes llegaban a los techos, ordenados con una simetría que delataba que su amo los había olvidado. Entonces don Eusebio ya leía poco y escribía menos. Todo su entusiasmo estaba entregado a las plantas de su revuelto jardín. Las flores, reventando generosamente por todos los rincones, lo acompañaban y le decían con júbilo que la naturaleza no se fatiga nunca. Y el poeta dejó las estrofas por los jazmines y cambió su métrica por las tijeras de podar. Su mano, que en otro tiempo construyó endecasílabos, aprendió pronto a cuidar los claveles que se inflamaban en diciembre.

El glorioso anciano ya había dado las espaldas al mundo y vivía tranquilo y solo. Encerrado en su jardín, estaba mirando unos insectos que se habían apoderado de una planta, cuando en medio de las flores cayó, sonoro y alegre, un volantín.

Sonrió don Eusebio, porque ese volantín era como un simpático mensaje de la infancia, un recuerdo de muy remotos años, una mano de un niño que entraba desenfadadamente a la soledad de su retiro. Ya iba a tomarlo cuando una voz fresca sonó a sus espaldas:

—Caballero, ¿tendría la bondad de devolverme el volantín?

Entonces el viejo poeta vio a una muchacha que no contaría más de catorce años y que tenía unos ojos muy grandes y muy hermosos, acodada, como en un balcón, sobre la tapia del jardín.

El hombre galante respondió:

—Señorita, con mucho gusto le devuelvo el volantín, y, como indemnización, le daré estas rosas.

Se rió la chiquilla.

—Gracias. Me gustan mucho las flores.

—Pues yo le ofrezco el jardín.

Pero, aunque el muro no era alto, antigua pared de adobes, el poeta no alcanzaba a pasarle el volantín. Acercó un cajón que había allí, trepóse como pudo, y le pasó el volantín y las rosas.

Ella le dijo:

—Hace días quise llevarle flores a mi abuelita al cementerio y pensé venir a pedirle a usted.

—Pero no vino.

—Mamá no quiso.

—No le diga usted nada a su mamá, y cada vez que quiera flores, asómese a esta tapia y le daré todas las que usted desee y otras pocas más.

Se reía la chiquilla al dar las gracias. Y era cordial su risa, un poco nerviosa, que la obligaba a cerrar los ojos.

—Sería preferible —agregó el poeta— que usted me avisara con alguna anticipación cuándo las va a necesitar, para cortarle un gran ramo.

—Mañana no puedo, iré a la escuela; el viernes, tampoco. El sábado... El sábado en la tarde.

—¿A esta hora?

—A esta hora.

Y desapareció la dama. Y así, don Eusebio Lillo, a los ochenta años, tuvo una cita con unos hermosos ojos oscuros.

Llegó el sábado, y el anciano se entretuvo largamente cortando las mejores rosas de su jardín, unas dalias rojas, unos claveles dobles y otros ejemplares que eran el último orgullo del autor de la Canción Nacional de Chile. Hizo un enorme ramo y se disponía a ir a dejarlo a un sitio fresco para que las flores no se marchitasen, cuando desde la tapia lo saludó la voz gentil:

—Buenas tardes...

Subió don Eusebio al cajón que allí quedara y le entregó a la niña, junto con una frase divertida, el ramo.

Y no fue sólo ese día, sino que todos los sábados en la tarde se repitió la galante escena. Y el poeta, en esas breves citas, experimentaba un misterioso júbilo, porque ese rústico peldaño era, en su vejez, la escala que Romeo colgó en la noche de Verona; el poema que Cyrano dijo al pie de la ventana de Roxana; el balcón al que trepan todos los amantes de la vida, para dejar su homenaje a las Julietas que se asoman, hermoeadas por la dicha de la cita.

El 8 de julio de 1910 falleció don Eusebio Lillo, y a sus funerales asistieron representantes del Gobierno, políticos eminentes, hombres de letras y numerosísimos amigos. Y algunos días después, una tarde muy sombría, de cielo bajo y amenazante, una muchacha de ojos muy grandes y muy hermosos fue al Cementerio General, buscó la tumba del poeta y dejó sobre el mármol un apretado ramo de violetas.

Iba vestida de negro y era gentil su figura ado-

lescente cuando levantó la cara pálida para leer el nombre del poeta: Eusebio Lillo... 1826-1910...

Y recordó aquella otra tarde, cuando ardía un sol espléndido y ella recibió un volantín con unas rosas. Después de ese instante de silencio, echó a andar hacia la puerta del Cementerio, lentamente.

Y comenzó a llover.

## SIN MIEDO NI FAVORES

YA MUY pocos lectores recuerdan la vida breve y ruidosa de ese periódico que se llamó "La Mañana". Junto al título, su lema, "Sin miedo ni favores", lo decía todo. Y sobre estas palabras orgullosas se erguía la silueta de un gallo en la fanfarrona actitud de cantar.

Lo fundó don Ramón Rivas Ramírez, y durante un tiempo lo dirigió don Guillermo Eyzaguirre Rouse. Pero la vida esplendorosa de "La Mañana" duró muy poco. Pronto comenzaron sus quebrantos económicos y dejó la casa de la calle Catedral, donde naciera, para trasladarse a la calle Huérfanos. Una noche de verano de 1912, Eduardo Barrios me llevó a la redacción de "La Mañana". Había una vacante y yo la podría ocupar. Tendría que escribir unas no-

tas breves para redacción, encargarme de la lectura de las fotografías de primera página y trasnochar.

Un día llegó don Emilio del Villar, con el propósito de salvar el periódico de la bancarrota. Don Emilio andaba muy silenciosamente por el diario; pedía datos, hacía preguntas y después iba a encerrarse con mucho sigilo a su escritorio. Parece que comprendía que el diario estaba muy enfermo, y andaba en puntillas.

Un año duraron esos callados paseos y esos largos encierros en su escritorio. Por fin se convenció de que el paciente no tenía cura, tomó su sombrero y se marchó muy silenciosamente. Se fue tan silenciosamente, que el personal de "La Mañana" no se dio cuenta. Todos creíamos que don Emilio estaba encerrado en sus cálculos y sus estudios para salvar el periódico. Un día, con gran sorpresa, abrimos la puerta y encontramos el escritorio solitario.

Secretario de redacción y redactor político era Antonino Toro Ossandón. Un excelente amigo. Yo, que trabajaba a su lado, conocía sus amarguras.

—Llámeme usted a López —ordenaba Toro al último mozo que quedaba.

—Se fue, señor.

—¿Y a qué hora volverá?

—No vuelve. Le dijo unas cosas muy feas al señor administrador y juró que buscaría un abogado.

Dos meses hacía que yo era redactor cablegráfico cuando estalló la Primera Guerra Mundial. La Agencia Havas, que no recibía nunca la cancelación de sus servicios, había reducido las informaciones en forma alarmante. Había que recurrir a la imaginación. Yo inflaba los escasos cablegramas que recibía,

inventaba otros, refrescaba algunos del día anterior, los revolvía todos y presentaba una información de la guerra que no siempre estaba de acuerdo con las operaciones de Europa.

Por ejemplo, en el avance impetuoso de los alemanes sobre París, tuve serias desinteligencias con Von Kluck. Mientras que el general alemán atacaba violentamente con su ala derecha, con el propósito de salir al mar y bombardear las costas inglesas, yo presioné con el ala izquierda y me tomé Verdún más o menos el 2 de septiembre. El fin que yo perseguía era avanzar a París por medio de un movimiento envolvente.

Algunas noches, cansado de batallar, me hacía unos enredos muy grandes, y a veces encontraba a mis tropas alemanas luchando detrás de las líneas francesas. Hugo Silva era entonces redactor cablegráfico de "El Mercurio", y después de trabajar hasta la una de la madrugada en esta casa se iba a "La Mañana", me redactaba muchos telegramas y me ordenaba un poco las tropas.

—¿Ha hecho retroceder a los alemanes de Soissons?

—No.

—Es indispensable. Retírelos inmediatamente de Soissons y Compiègne.

A medida que la miseria aumentaba, en la oficina iban apareciendo unos sujetos muy extraños. Eran hombres que iban a trabajar gratuitamente, atorrantes tal vez, aventureros que llegaban a escribir unos párrafos a cambio de unas entradas de teatro, o porque les dejasen en las noches dormir en un sofá. Eran unos individuos siniestros, que no se afeitaban jamás y que andaban con unos sobretodos muy largos y muy raídos.

—¡Son los monstruos de la derrota! —decíamos nosotros.

Llegamos a tener miedo de entrar al diario y andar por las salas casi vacías, entre esos hombres patibularios, que tenían mucha hambre y que nos miraban oblicuamente. Edgardo Garrido Merino aseguraba que un día se comieron a un reportero.

Yo no le creí, pero treinta años después, en Madrid, hablando de estas aventuras, Garrido Merino me explicó sus sospechas. Me dijo que había un reportero que se llamaba Fernández, muy buen muchacho y bastante gordo. Desapareció misteriosamente. Y en cuanto se preguntaba por Fernández y se trataban de averiguar las causas de su ausencia, los hombres siniestros se ponían muy nerviosos. Todavía Garrido Merino tiene la seguridad de que se lo comieron.

Cuando la situación se hizo insostenible, hubo que salir a pelear a la calle. Entonces "El Diario Ilustrado" había alcanzado una circulación vastísima y nosotros lo mirábamos como a un gigante. Luis Jara, antiguo reportero que trabajó en casi todos los diarios de hace medio siglo, se instalaba junto al mesón de los avisos de "El Diario Ilustrado". Cuando un señor llegaba a poner un aviso, Jara se le acercaba con una sonrisa espléndida, abatiendo el sombrero hasta los pies.

—Señor, ¿no le interesaría a usted publicar ese aviso en "La Mañana"?

El interpelado, con alguna extrañeza, contestaba:

—Es que "El Diario Ilustrado" tiene mucha circulación.

—Sin embargo, señor —argumentaba Jara con una serenidad muy bien ensayada—, todas las mercaderías anunciadas en "La Mañana" alcanzan mayor venta que las anunciadas en otros diarios. Le advier-

to a usted, en privado, es claro, que se han hecho estadísticas cuidadosas.

Entonces, el señor, muy triste, replicaba:

—Es que yo no anuncio ninguna mercadería. Yo traigo un aviso de defunción.

—¡Ah! ¿Aviso de defunción? ¡No vacile usted más! Váyase inmediatamente a “La Mañana”. Nosotros presentamos los avisos de defunción mucho mejor que los demás diarios. Y con gran rebaja de precio. Comprendemos que el avisador está gastando mucho dinero en el entierro, en la sepultura, y no puede pagar avisos muy caros. “La Mañana” los ha rebajado. Apresúrese usted, mire que puede llegar tarde, porque allá no se aceptan los avisos sino hasta cierta hora.

Y Jara encaminaba un poco al avisador, regresaba corriendo a “El Diario Ilustrado” y se colgaba del teléfono:

—Aló... Aló... ¡Rápido, señorita!... ¿Con Antonino Toro?... ¿Sí?... Oye... Te mando un cadáver.

En “La Mañana”, Toro daba un grito de victoria:

—¡Viene uno, muchachos! De “El Diario Ilustrado”... ¡Por Morandé!...

Y todo el personal se lanzaba jadeante a la puerta de la calle. El avisador se alarmaba mucho ante ese tumulto que salía a esperarlo, y entraba entre todos algo avergonzado.

Cinco empleados lo atendían.

Y cuando el avisador sacaba el billete para pagar, todos nos arrojábamos encima de él y creo que lo maltratábamos un poco en la refriega.

Había en “La Mañana” un corrector de pruebas que se llamaba Carlos del Canto. Era un admirable

camarada. Corrigió las pruebas del primer número del diario y salió cuando estaban demoliendo el edificio y los últimos redactores se despidieron bajo un chaparrón de ladrillos.

Pero Carlos del Canto no era sólo corrector de pruebas. Componía y remendaba todo cuanto se echaba a perder en esa melancólica imprenta. Era el médico del diario. Y cuando la miseria apareció, comenzaron a descomponerse las linotipias, los relojes, los timbres, la instalación eléctrica, las cañerías del agua. Carlos del Canto lo arreglaba todo. Decía unas blasfemias admirables; nadie ha escuchado jamás blasfemias tan opulentas, tan originales, tan aterradoras como las que ese hombre lanzaba ante una maquinaria rota. Cuando un tornillo estaba demasiado apretado, Carlos del Canto lanzaba unos alaridos espantosos y la pieza indómita se entregaba. Componía las linotipias a gritos. Era indudable que las máquinas le tenían mucho miedo.

Era grafólogo a su manera. Como tenía que corregir casi todas las pruebas, conocía perfectamente la letra de cada redactor y las interpretaba:

—Hoy —decía— la letra de Edgardo Garrido tiene rasgos que indican que ese hombre ha cobrado algún dinero.

Llegó la última semana y unos obreros comenzaron a demoler la sala en donde estaba instalada la crónica. Apresuradamente se sacaron mesas y sillas y se amontonaron en otra pieza. Desde ese momento se inició la retirada. Cada día los demolidores hacían desaparecer una oficina y los muebles huían entre una tormenta de polvo, de papeles, de revistas antiguas y libros desencuadernados. Nosotros, bajo las nubes de polvo, contemplábamos emocionados el doloroso derrumbe. Después de la batalla perdida, andar

sobre los escombros nos parecía que nos encontrábamos entre las despedazadas trincheras.

Y la pobreza nos había tornado lamentablemente sentimentales. Sufríamos al ver caer esas murallas que nos vieron luchar varios años casi sin pasión; al mirar que del pequeño *hall* desaparecía el reloj que contó las horas de nuestras primeras trasnochadas, en esos tiempos dementes y hechiceros del mocerío. Con esa casa se marchaban los veinte años, generosos y heroicos, que de cada desastre hicieron una fiesta.

"La Mañana" ya había dejado de publicarse. Los últimos estertores fueron unos horribles ejemplares de cuatro páginas, escuálidas de noticias, acribilladas de erratas. Se publicaron en una imprenta de la calle San Diego, no sé con qué fin.

Una tarde de los primeros días de marzo de 1916 nos separamos los últimos personajes de aquella epopeya grotesca. Fue un adiós lleno de risas y de palabras de buen humor. No teníamos dinero, ni sabíamos dónde podríamos trabajar, pero entonces caminaba a nuestro lado el entusiasmo de los veinte años.

Y nos echamos a andar hacia el porvenir.

## LAS PORCELANAS DE LIMOGES

DESDE LA Edad Media son celebrados los esmaltes y las porcelanas de esa ciudad que trabaja a la orilla del Vienne. Allí nació, en 1505, Leonardo Limosin, que fue el mago del esmalte. Recogió esa industria, que entonces no tenía nada de extraordinario, y la levantó a la categoría del arte, del arte que merece estar en el Louvre. Y allí están los esmaltes de Limosin, firmados con sus iniciales y una flor de lis.

En Fontainebleau fue discípulo de Primaticio y Rosso, y se entregó con fervor a cada una de sus placas, sin preocuparse de fatigas ni de intereses. Era un solitario poeta de sus esmaltes. Trabajando en sus obras se aislaba, se marchaba del mundo. Tanto entusiasmo impresionó a sus hermanos, y, poco a poco, todos fueron aprendiendo ese arte y trabajaron a su

lado. Así, Francisco, Juan, Martín, José y Leonardo II fueron esmaltadores.

El rey Francisco I lo colocó a la cabeza de la manufactura real de esmaltes de Limoges, y Leonardo le dio tal aliento a esos talleres que los admirables esmaltes que el viajero encuentra al llegar a esa ciudad no son más que la herencia de aquella lejana maestría. Es famoso el retrato de la reina Leonor, esposa de Francisco I, que en 1544 hizo Leonardo Limosin. Hoy se encuentra en el Museo de Cluny. También hay un retrato de Diana de Poitiers.

Carlos II le encargó un cuadro en el cual aparecieran Francisco I y Leonor de Austria; y luego otro con el retrato del mismo Carlos II y Catalina de Médicis. Esta obra es un conjunto de cuarenta y seis placas de esmaltes que se conserva en el Louvre. Limosin murió en 1577 y dejó en Limoges una madriguera de artistas que aún mantienen encendida la perfección aquella.

En cuanto yo bajé del coche que me llevó a Limoges, fui a una vitrina a ver las porcelanas célebres. Allí estaban. Delicadísima la forma y el colorido deslumbrante. Son joyas. Una fantasía inagotable se ha derramado en centenares de modelos. Anforas y platos rivalizan con líneas y matices. Colecciones de vasos conservan conchas y rosas del siglo XVIII. El estilo rococó, que en otras partes nos parece recargado y frívolo, en estas porcelanas nos sorprende con la gracia femenina de su tiempo.

Y esas vitrinas se encuentran en casi todas las calles de Limoges. Varias fábricas trabajan en aquella ciudad y cada una tiene clientes en todos los países del mundo. Esas piezas tan frágiles saldrían pronto de viaje y llegarían al otro lado del planeta.

Limoges es una ciudad extensa, que tiene unas ca-

lles anchas con árboles. Pero también queda aún un barrio con callejuelas estrechas y torcidas, con recuerdos de la Edad Media. Un guía quiso llevarme a ver las antiguas casas de unos esmaltadores de 1700. Yo me defendí. No quería más ruinas. Estaba intoxicado de reliquias. Comprendía que es muy interesante ver mansiones históricas, pero la resistencia humana también tiene un límite. Un hombre normal puede resistir cada día muchas mansiones históricas y aun tolerar alguna catedral y dos o tres sepulcros famosos. Pero si a esta ración cotidiana quieren agregarle varios castillos y cuatro vidas de santos, entonces el hombre normal sale corriendo a pedir auxilio.

Yo necesitaba ponerme a régimen. Estaba intoxicado de torres antiguas, de arcos del siglo XV, de personajes legendarios, de estilo gótico. Y una intoxicación del gótico es un caso grave. Veía calles y perros góticos, y sospechaba que era gótico el desayuno que me sirvieron esa mañana.

Llega un momento en que el hombre normal le pierde el respeto a la ruina y empieza a decir imperitencias del arquitrabe y del arco peraltado.

En Limoges me presentaron un caballero que estaba escribiendo la historia de la porcelana y tenía en su casa unos archivos fenomenales. Mientras me estrechaba la mano, me comunicó que la porcelana había sido descubierta por los chinos dos siglos antes de Jesucristo. Y me dijo que bajo la dinastía de los Sung, desde el año 900 hasta 1260, se realizaron grandes progresos en la fabricación de la porcelana. Hubo admirables artistas, como los hermanos Tchang. Con la dinastía de los Yuen se inició la decadencia.

Yo me alegré mucho por esa decadencia, pues así se acababa la historia. El caballero sospechó mi dicha y no me dejó decir una palabra:

—Pero en la dinastía de los Ming, que comprende desde el año 1368 hasta 1573, la fabricación de la porcelana alcanzó el más alto grado de perfección. Desgraciadamente, después llegó la decadencia definitiva.

Entonces sí que mi dicha era cierta. La porcelana china se había hecho polvo. El caballero se puso muy triste y habló de la aparición de los falsificadores, copistas y plagiarios. Yo quise despedirme, pero él, con una sonrisa diabólica, me dijo:

—En el siglo VIII, el Japón tomó de los chinos la fabricación de la porcelana, y sus artistas hicieron joyas por la riqueza del colorido y la ejecución del vidriado. ¿Usted ha ido al Japón?

—No, señor. Y desde que los norteamericanos dejaron caer la bomba atómica, no pienso hacer ese viaje. Claro que ahora está allá Roberto Suárez Barros, pero no me atrevo.

—Es una lástima. En la actualidad, Nagoya es el centro principal del comercio de exportación de la porcelana.

Me despido y me marcho. No puedo resistir la historia completa de la porcelana japonesa. Pero el caballero, en la puerta del hotel, me dice, para ser galante hasta el fin:

—Los romanos conocieron la porcelana debido a las guerras que sostuvieron en los países asiáticos.

Echo a andar aterrorizado, y él me alcanza a gritar desde lejos:

—¡Los árabes también la conocieron por su comercio marítimo y sus caravanas a la India!

Empiezo a correr y aún oigo su voz, ya más débil:

—En el siglo XVI los portugueses la introdujeron en Europa...

Yo corro desesperadamente por calles con árboles,

cruzo una plaza, estoy en peligro de que me atropelle un automóvil. Como hace un poco de viento, los gritos lejanos se pierden. Sintíendome libre, me detengo y alcanzo a oír confusamente una voz a una inmensa distancia:

—Las porcelanas francesas...

Y ya no escuché más.

Pero la historia siguió. En Limoges hay que conducirse con mucha prudencia. Una noche, en el hotel, yo estaba tranquilamente cenando, cuando un sacerdote que estaba a mi lado, se empeñó en enseñarme a hacer esmaltes.

—¿Hacer esmaltes? ¿Yo?

—Sí, sí. Usted.

—Pero si yo no sé ni siquiera prepararme un plato de tallarines.

—No importa. Usted puede preparar su taller en su casa, y hacer unos esmaltes muy hermosos.

Yo me defendí como un león, pero él, sin escuchar mis protestas, empezó a explicarme:

—El esmalte es un grupo de substancias de composición similar al vidrio, con la adición de bióxido de estaño.

—Pero, señor...

—Si usted no quiere ponerle bióxido de estaño, puede usar otra substancia que pueda hacerla opaca... Por medio de la fusión, el esmalte se adhiere a la porcelana o al metal.

Yo me puse de pie, dejé mi cena, un pedazo de carne asada que estaba excelente, y salí dignamente del comedor. Rechacé la fábrica de esmaltes y me fui a la calle. Era una noche tibia de verano y todas las puertas y ventanas estaban cerradas. No se explica cómo en una noche así se encerraran tan temprano los habitantes de Limoges. Caminé por una calle con

árboles frondosos. Esos árboles impedían que la luz de los faroles se repartiese; la encerraban entre sus ramajes, de modo que la calle estaba oscura, y sólo había un charco de luz al pie de cada farol.

Aquello estaba excesivamente solitario. Pero yo preferí esa soledad, y no volver al hotel, en donde estaba expuesto a que el sacerdote me enseñara a hacer porcelanas. Pronto llegué a una pequeña plaza en donde había un café abierto, pero dos mozos ya se disponían a cerrarlo. Fuera del café, en la puerta, una mujer ya anciana tenía una mesa con una pequeña exposición de porcelanas.

Ya las estaba guardando en una cesta.

Así como en otras ciudades, de noche, hay mujeres que venden castañas hasta muy tarde, esa vieja vendía porcelanas. Ella era un equivalente al tortillero de Santiago. Yo pensé que sería bastante extraño que a medianoche saliera en Santiago un hombre a vender en su canasto porcelanas de Limoges. Tal vez sería tan extraño como si en Limoges saliese un anciano a vender tortillas de Santiago de Chile.

Hasta ese momento en que recogió su mercadería, esa mujer pretendió vender porcelana. ¿Y a quién? El caso era tan inverosímil como extravagante. En aquellas calles completamente solitarias, ante las casas cerradas, la anciana tenía su tienda de porcelanas de Limoges al aire libre. Si yo hubiese llegado unos minutos antes, aún no habría empezado a guardar sus porcelanas y yo la hubiese encontrado junto a su mesita, esperando clientela en la inmensa soledad de la noche de Limoges.

## LAS FIESTAS LEJANAS

LA FIESTA se celebró hace mucho tiempo. No fue un banquete bizantino. Nada más que una fiesta modesta y alegre, largamente comentada. Pero han pasado tantos años, que todos los que la disfrutaron y la comentaron han desaparecido. Recuerdo que fue una noche de octubre.

Los grupos de amigos se deshacen con mucha rapidez. Uno parte al extranjero, otro muere, alguno se marcha a trabajar a una provincia. Y después de varios años, cuando dos amigos vuelven a encontrarse, están completamente cambiados. Tienen diferentes preocupaciones, distinto espíritu, otra situación económica. Los dos comprenden que nada queda de aquel grupo que vivió horas tan risueñas.

Esto fue muy acertadamente presentado por Pío

Baroja en su novela "Las noches del Buen Retiro". En las últimas páginas del libro, dos viejos amigos se encuentran en las puertas del Correo de Madrid. Allí estuvieron los jardines del Buen Retiro, y allí se reunían todas las noches muchos jóvenes. Nada queda de aquel pequeño mundo. Los dos amigos se dan noticias de los ausentes. El comandante Lagunillas murió en el Africa. Lola, la Walkiria, vive en los hoteles haciendo trampas. Al hijo de Thierry se lo llevaron a América. Nada vuelve.

Claro que para relatar este pequeño episodio no había necesidad de hacer estos comentarios acerca de cómo se van los grupos de amigos. Yo los he hecho porque al empezar a escribir esta crónica reparé en que todos los que asistieron a esa fiesta ya no son. La última que murió fue Pepita Maura. Yo la encontré una tarde en la esquina de Moneda con la plazuela del Santa Lucía. Ya estaba muy anciana. Me dijo que sus hermanos habían muerto y ella vivía muy sola en una casa de pensión. Cuando nos despedimos, los dos sabíamos que no volveríamos a vernos más.

Al salir de la función nocturna del Teatro Santiago, del antiguo Teatro Santiago que tenía tantas glorias, cavernas y ratones, se encontraron Germán Luco y Martín Escobar.

—Esta noche —le dijo Germán— estoy convidado a una fiesta en casa de Pepita Maura. Tú vendrás también.

Pero si yo no la conozco.

—No importa. Yo estoy autorizado para convidar. Y aunque no lo estuviese. Pepita es un poco ciega y no sabrá quiénes van y quiénes no van.

Caminando, llegaron al Olimpia, que todas las noches era el punto de reunión de mucha gente. Allí estaban Guillermo Canales, Eduardo Veintimillas, Andrés Silva Humeres y Pepe Vizcaya. Luego llegaría César Sánchez con las hermanas Arenas.

La fiesta la ofrecía Pepita Maura, para celebrar el cumpleaños de una amiga suya. A esta amiga no la conocía ninguno de los invitados. En realidad, sólo se trataba de un pretexto para divertirse.

Pronto llegó César Sánchez con las hermanas Arenas. Tomaron varios taxis y se dirigieron a la casa de Pepita, que estaba en la calle Santiago Concha, en un pasaje que llegaba hasta Carmen. En cuanto entraron se les sirvieron unas bebidas muy agradables.

Hubo brindis. Brindis por la festejada y por la dueña de casa. Brindis muy ceremoniosos, como correspondía al preludio de la reunión. Luego se bailó, se comió, y una señorita bastante morena cantó algo. Se le aplaudió estrepitosamente y esa ovación fue motivo para que aparecieran nuevas bandejas con bebidas. Desde ese momento la fiesta adquirió una animación indescriptible. Había jóvenes que decían discursos trepados sobre las mesas, parejas que se juraban amor para toda la vida, caballeros gordos que lloraban recordando una antigua pasión. Había de todo. Martín, que llegó muy tímidamente, porque no había sido invitado por la dueña de casa, abrazaba y tuteaba a Pepita Maura. Después riñó con Pepita y se enamoró de una rubia que en las vueltas del vals mostraba unas piernas maravillosas. Más tarde se quedó dormido en un sillón y despertó con nuevos bríos. Por una discusión sobre política, invitó

a un señor a salir a la calle. Pero no para pegarse. No, no. Eso era muy vulgar. Lo invitaba a salir a la calle para matarse, para despedazarse, y que después, cuando los demás invitados saliesen, no les fuera posible reconocer sus pedazos. En seguida se reconciliaron.

Y llegó un momento en que Martín se sintió muy cansado. Quería dormir. Pero si confesaba que tenía deseos de marcharse, todos se opondrían. Era preferible escaparse. Salió al patio solitario, que conservaba la paz que le dejó la noche. En una antesala buscó su sombrero y salió sigilosamente. En cuanto salió a la calle pasó un taxi. Martín lo tomó y pronto se quedó dormido. Estaba agotado. Lo despertó el chofer al llegar. Entró a su casa y con gran sorpresa vio que su madre y sus hermanas ya se habían levantado. Hasta el perro, "Dick", andaba por el patio tan temprano.

Extrañadísimo, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada...

—No puede ser que no haya ocurrido nada.

Su madre lo miraba con un asombro que no podía disimular. Martín comprendió que algo muy grave se le ocultaba. Y exigió con energía:

—¡No me lo nieguen! ¡Aquí pasa algo!

—¡Nada Martín, por Dios!

—¡Digan la verdad!

La madre y las hermanas estaban visiblemente asustadas. La madre empezó a llorar. Martín gritaba:

—Pero ¿por qué se callan?

—Hijo mío, tú estás enfermo, te ha ocurrido algo.

La hermana mayor, que sabía ser enérgica, también levantó la voz:

—¡Tú estás loco!

—¿Loco yo?

—¡Loco! Di lo que te ha pasado.

—¡Son ustedes las que tienen que explicarme!

—¿Qué te vamos a explicar?

—¡Explicarme por qué están levantadas!

La otra hermana, que era una chiquilla nerviosa, corrió al interior de la casa, gritando:

—¡Martín está loco! ¡Martín se volvió loco!

En el interior se oían unos estruendosos portazos. Era la sirvienta que se encerraba en su pieza, aterro-  
rizada porque el caballero había llegado loco.

Irritado Martín porque se le ocultaba lo que ocurría, empezó a revisar precipitadamente toda la casa, para descubrir alguna irregularidad, un indicio, un rastro. Abría puertas y pasaba agitadamente de una habitación a otra. Su madre lo seguía, llorando. La hoja de una puerta, abierta con violencia, golpeó un ropero, y cayeron unas cajas y otros objetos con un estrépito espantoso. El perro empezó a ladrar y los gritos de las espantadas mujeres completaron el escándalo.

Aburrido por esta escena que se prolongaba demasiado, Martín se fue a su dormitorio. Si no querían explicarle lo que pasaba, allá ellas. El no tenía ninguna necesidad de mezclarse en sus asuntos. Deseaba descansar. Empezó a desnudarse para echarse a la cama. Sólo entonces reparó en que por la ventana casi no entraba luz. ¡Estaba anocheciendo! Tuvo un instante de terror, ante la posibilidad de que un cataclismo hubiese trastornado el sistema solar.

Pero sólo fue un instante. Vio que efectivamente estaba anocheciendo. ¡Se había saltado un día! Comprendió que la fiesta había sido tan larga, que se había prolongado toda la noche y el día siguiente.

Cuando salió al patio de la casa de Pepita, creyó que el atardecer era el amanecer. Por eso estaba tan cansado. Tan cansado que se durmió en cuanto subió al taxi, y así no vio la actividad de las calles a las seis y media de la tarde.

Más original fue lo que les sucedió a los demás amigos. Ellos siguieron la fiesta algunas horas más, y así salieron de noche, sin sospechar que se les había escapado un día completo.

Y no necesita comentario el estupor de la madre y de las hermanas de Martín cuando éste llegó muy extrañado porque ellas estaban vestidas a las siete de la tarde.

Y un detalle que no puedo omitir. La empleada estuvo dos días encerrada en su pieza, sin querer salir. Había atrancado la puerta con su baúl y con una barra de fierro que sacó de la cocina. Les tenía mucho miedo a los locos.

## LA LUNA Y LOS PRECIOS

OCURRIO EN Cartagena, ciudad de Murcia, en la costa luminosa del Mediterráneo. El dueño de una hostería, don Antonio Luján, para conquistar clientes, bajó el precio de algunas comidas. Inmediatamente algunos vecinos fueron a decírselo a don Marcos Pla, dueño de otra hostería cercana:

—¿Sabe? Don Antonio bajó a dos pesetas el plato de judías con chorizos.

—No puede ser.

—Pues vaya usted a verlo. Tiene en la puerta un cartel.

—¿Un cartel?

—Un cartel. Vaya usted a verlo.

Don Marcos dejó el establecimiento a cargo de su esposa y fue. En la calle don Marcos gritaba:

—¡Esta es una infamia! ¡No hay ningún motivo que justifique esa rebaja, pues los comestibles están cada día más caros!

Caminando rápidamente, llegó frente a la hostería enemiga y vio el cartel. Don Marcos enrojeció de cólera y murmuró:

—¡Canalla! Este es un franco ataque contra mi casa. ¿Quiere guerra? ¡Pues, tendrá guerra!

Regresó apresuradamente a su hostería, buscó un cartón grande y escribió: "Judías con chorizos, una peseta y noventa céntimos". Y clavó el cartel en la puerta. Con la rabia, las letras le resultaron bastante mal, pero la rebaja era conmovedora.

Cuando don Antonio lo supo, se encerró en su dormitorio a meditar. El asunto era grave. El creyó que con sus judías a dos pesetas produciría sensación en toda Cartagena, y ahora su adversario lo vencía. Después de largas cavilaciones, resolvió no continuar la batalla con las judías, sino atacar en otro terreno. Y al día siguiente, en su puerta colocó otro cartel: "Una peseta el plato de lentejas". Pero don Marcos también le presentó combate con las lentejas: "¡A ochenta céntimos el plato!"

Entonces don Antonio lanzó un grito de guerra. España es belicosa, porque en sus llanuras y montañas se estrellaron las razas más valientes de la antigüedad.

Romanos y cartagineses se mataron asaltando murallas y quemando ciudades. Ahora, en el pecho de don Antonio, avanzaban los moros a pelear con el precio de las lentejas y los godos estaban dispuestos a morir rebajando los chorizos. Y apareció otro cartel: "A sesenta céntimos el plato de lentejas".

La lucha adquirió tal encarnizamiento, que el público se interesó vivamente. Hubo partidarios de don Antonio y gente que hacía apuestas a favor de don Marcos. Un corresponsal envió a Madrid una información acerca de esta competencia, y después los periódicos madrileños continuaron publicando, con alguna frecuencia, detalles y precios de las comidas en Cartagena.

Ya los hosteleros no pensaban en obtener ganancias. Nadie pensaba en ganancias. Ya se había puesto el amor propio en la pelea, y cada uno de los competidores sólo esperaba que el otro se arruinara. Yo recuerdo que en octubre de 1953, en el diario "Pueblo", leí un telegrama que informaba que en Cartagena, una magnífica paella sólo costaba cuatro pesetas. "Vamos a ver —terminaba el comunicado— quién es capaz de perder más dinero."

Pero luego vieron que ya no se trataba sólo de un asunto de amor propio, sino de un fiero combate comercial. El que triunfase se quedaría solo, dueño de toda la clientela, frente a varias hosterías cerradas. Y en pocos meses, el vencedor se enriquecería. Era un duelo a muerte. Antiguamente, esos duelos se realizaban con nobles espadas, pero ahora en Murcia se hacían con garbanzos.

La competencia era tan encarnizada, que logró apasionar a mucha gente. En Cartagena se decía:

—Así está de belicoso el hombre. Ya no sólo se pelea en los campos de batalla, en la banca y en los sindicatos obreros. Ahora también se guerrea con el plato de arroz y con el bacalao a la vizcaína.

Pronto, don Antonio y don Marcos adquirieron una simpática popularidad. Como los toreros. Como los futbolistas. Algunos vecinos aseguraban:

—Vencerá don Antonio. Tiene dinero.

Otros respondían:

—No creo. Don Marcos es más testarudo que una mula.

Una noche, en una taberna, jugaban dominó varios amigos. Entre ellos estaba don Antonio, quien, con astucia o con suerte, los ganaba a todos.

—Este don Antonio es tremendo —le decían sus admiradores.

Entonces entró a la taberna don Marcos. Todos los asistentes se entusiasmaron al ver a los dos adversarios frente a frente. Y le dijeron al recién llegado:

—A ver, don Marcos, siéntese aquí a jugar. Mire que a don Antonio no lo puede ganar nadie. Juegue con él.

—¿Por qué no? —respondió don Marcos.

Y los dos hosteleros se estrecharon las manos, entre los aplausos de toda la concurrencia.

—¡Que vengan unas copas!

Los dos competidores estaban halagados con los aplausos, y alegremente comenzaron a jugar. El vino hizo lo demás. Jugaron hasta muy tarde, se rieron y lo pasaron bastante bien.

Ya se habían marchado todos los admiradores cuando salieron de la taberna. Era una noche de luna, y las viejas calles de Cartagena tenían un antiguo encanto. Solitarios, los revueltos callejones bajo la luna eran propicios para conversar sosegadamente. Todo hablaba de paz. Y los dos hombres también hablaron con calma, y junto a unas rejas de hierro descubrieron que estaban haciendo un disparate con los precios de sus comidas. Y se detuvieron en una esquina en sombra, a considerar la importante cues-

tión. Desde ese momento hablaron en voz muy baja. Parecían dos conspiradores.

A esa hora, en otras lejanas rejas, unos mozos hablaban de amor a unos ojos que se veían más hermosos detrás de los hierros. Era la hora de la cita y del último beso. Y mientras la juventud se juraba adorarse para toda la vida, don Antonio y don Marcos comprendieron que era necesario ponerse de acuerdo. Bajo la luna murciana resolvieron buscar la alianza de otros hosteleros, que también se habían visto obligados a bajar los precios.

—Hoy es jueves. Mañana hablamos con ellos y el sábado nos lanzamos.

—Sí, sí. El sábado es buen día. La gente ha cobrado.

Y se despidieron.

Al día siguiente hablaron con los otros hosteleros, y todos juntos, bien encerraditos, bebiendo unos vasos de vino blanco que estaba estupendo, hicieron la nueva lista de precios. Precios mucho más altos que los que se acostumbraban antes que empezara la competencia. Se frotaban las manos con entusiasmo:

—Tendrán que pagar, o el sábado en Cartagena se queda mucha gente sin comer.

Y en la tarde del viernes tuvieron la humorada de colocar en las puertas de las hosterías unos grandes carteles que decían: “¡Mañana sábado, nuevos precios!”

Y llegó el sábado. Todo llega. Los primeros clientes que fueron a la hostería de don Marcos, al ver los nuevos precios, exclamaron despectivamente:

—¡Don Marcos está loco! Vamos donde don Antonio.

Pero donde don Antonio los precios eran idénticos. Murmuraban:

—¡Infames! Se han puesto de acuerdo. Ha sido esa noche del dominó.

Fueron a otras hosterías. Los precios eran exactamente iguales. Los clientes se enfurecieron y juraron no comer. Gritaban:

—¡Primero comemos piedras!

Pero había llegado noviembre. Y en España noviembre es el otoño, la bruma, la primera lluvia. El día estaba muy frío y unos nubarrones oscuros se levantaban por el lado del mar. Había una negra armonía entre esos nubarrones y la lista de precios.

Quisieron discutir con don Antonio. Pero don Antonio estaba más cerrado que el horizonte.

—¡Recorcho! ¿Querían comer toda la vida a costa nuestra? ¡Esto se ha acabado!

Y para afirmar su resolución, don Antonio daba sobre el mesón unos puñetazos que hicieron comprender a los clientes que no podrían con él.

El frío abre el apetito, y se entregaron. Y en las mesas de don Antonio y de don Marcos comieron melancólicamente unas lentejas que no estaban mal, pero que les daban mucha rabia.

Día nublado, lentejas caras. Se convencían de que el otoño es triste en Murcia. Caen las hojas.

—¿Y quién fue el animal que convidó a don Marcos a jugar dominó?

Por la calle pasó un chico corriendo, se cerraron algunas ventanas. Había comenzado a llover.

## COMO TODOS LOS DIAS

SE DIJO que el fuego comenzó por una inflamación de bencina. Pero también se aseguró que el origen fue un corto circuito. El fuego se propagó rápidamente en la sala de linotipias. A las ocho cuarenta y cinco de la mañana había pocos empleados en el diario, y ellos trataron de dominar el fuego con los extinguidores, pero las llamas se extendieron a otros departamentos, en donde encontraron papel, muebles, combustibles en abundancia. Fue el 4 de noviembre de 1910.

Unas espesas columnas de humo oscuro comenzaron a salir por las ventanas de la calle Morandé. El público aficionado a ver incendios encontró un amplio observatorio en la Plaza Montt-Varas.

Don Pedro Lira estaba en Providencia cuando supo

la noticia. Y él tenía una exposición de sus mejores cuadros en el segundo piso de "El Mercurio". No sólo perdía una fortuna, sino varias telas que representaban las mejores jornadas de su vida artística. Empezó a caminar hacia el centro. No tomó coche ni tranvía. Iba a pie, como para retrasar la comprobación de su desastre, o para prolongar un poco más la esperanza de que sus cuadros se hubiesen salvado. En su lento camino escuchaba algunas frases sueltas:

—Se está quemando "El Mercurio"... Morandé esquina Compañía...

Este incendio produjo impresión en toda la ciudad. Mucha gente trataba de ayudar a los bomberos. Los estudiantes de Leyes actuaron abnegadamente y salvaron los cuadros de don Pedro Lira y la biblioteca del diario. Para premiar esta generosa cooperación, don Agustín Edwards Mac-Clure regaló su rica biblioteca jurídica a la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile. Existe y se ha publicado una carta de don Valentín Letelier, rector de la Universidad de Chile, en la cual agradece la valiosa donación del señor Edwards. El fuego destruyó la sala de linotipias y los talleres de tipografía. Esos departamentos, que estaban en el segundo piso, se desplomaron y cayeron sobre las prensas. Cada vez que se producía uno de estos derrumbes, entre el humo negro subía un rápido chisperío. El fuego pasó a las salas de redacción y bajó a las oficinas del primer piso. Desde la calle podía divisarse la destrucción total. En la tarde, todavía la humareda subía espesa y se desmelenaba en el viento, y el público, que era numeroso, la miraba subir como la última despedida de estos diarios, la postrera noticia que lanzaban al viento. Nosotros estábamos en la Plaza Montt-Varas, cerca de la calle Morandé, y oíamos los comentarios.

En la opinión de todos, estos diarios no aparecerían más.

Primero fue un grupo de suplementeros que apareció por la calle Bandera, gritando atronadoramente:

—¡“Las Ultimas Noticias”!

La gente se volvió extrañada. ¿Era una broma? Por el lado de la calle Compañía subía una masa de humo gris y lento. Y de la Plaza de Armas llegaban triunfalmente los gritos lejanos:

—¡“Las Ultimas Noticias”!

El público rodeaba a los suplementeros, arrebatándoles el diario. Efectivamente. Era “Las Ultimas Noticias”. No se trataba de un simple suplemento que comentaba el incendio, de una hoja improvisada y con grandes espacios en blanco. Era “Las Ultimas Noticias” con nutridas informaciones, noticias del extranjero y artículos de redacción. En la primera página, sólo a dos columnas, la información del incendio. Era nada más que una de las tantas informaciones que ofrecía esa edición. Y demostraba que el gran siniestro no había alcanzado a atrasar un minuto la salida del diario. Su vitalidad cruzó el incendio y desparramó por la ciudad y sus alrededores la gran edición de muchos miles de ejemplares. Porque todos querían comprar ese número, que era una arrogante victoria sobre la adversidad, un record periodístico que aún no ha sido imitado en ninguna ciudad del mundo.

Ningún diario, nunca, en país alguno, ha salido a la calle mientras ardían sus oficinas y sus talleres. “Las Ultimas Noticias” apareció como todos los días, como aquella tarde de noviembre de 1902 cuando se voceó el primer número.

## LOS DUENDES DE LA CAÑADILLA

"LAS ULTIMAS NOTICIAS", en su edición del 17 de septiembre de 1960 publicó una fotografía de La Cañadilla, que hoy se llama Avenida Independencia. Nada más desolado que esa calle ancha, casi solitaria, con el pavimento destrozado y unas humildes casas de tejas. La Cañadilla era pobre y soñolienta. Demasiado tranquila. Pero una noche, en una de esas casas de tejas, se escucharon unas pisadas extrañas.

—¿Quién anda ahí?

Nadie respondió. Se encendió luz, se recorrieron todas las piezas y no se encontró nada. A la noche siguiente se oyó que una persona andaba por el pasillo y entraba al comedor. Eran pasos firmes, como los de una persona que camina confiadamente por

su casa. Entonces sí que no se podía dudar. Alguien andaba allí. Después de encender la luz y de asomarse a todas las piezas, los moradores tuvieron la certeza de que se trataba de un ánima en pena. Todos los vecinos, a quienes se les informó del extraño fenómeno, fueron de la misma opinión.

Después, una noche, los moradores oyeron que en el comedor arrojaban violentamente al suelo cucharas y cuchillos, y la loza y los cristales se hacían polvo. Un verdadero estruendo.

Nadie pensó en las ánimas, sino en la pérdida de toda la vajilla. Corrieron al comedor y encontraron todo intacto.

Desde esa noche, las ánimas perdieron todo respeto por ese hogar. Los vecinos puntualizaron:

—No son ánimas. Son duendes.

Un caballero que vivía cerca se rió de esos cuentos, y fue a pasar una velada a la casa. Más o menos a las diez y media estaban en una sala pequeña, junto a un brasero, conversando sobre todas las historias de ánimas y duendes, cuando cayeron dos piedras y una de ellas le dio en la cabeza al caballero incrédulo. Claro que ésa no es una manera de convencer a nadie. Pero, de todos modos, al caballero se le levantó un chichón enorme. Se marchó enfurecido, sin poder ponerse el sombrero.

Con las pisadas misteriosas, el estruendo del comedor, las piedras y el chichón del caballero, todo el barrio se apasionó por la actividad de los duendes. La calle Ahumada tendría muy hermosas tiendas, pero no tenía duendes. Varias vecinas iban en las noches a la casa misteriosa, a esperar ruidos o pedradas. Otras formaban grupo en la puerta y hablaban de la vida de ultratumba. Poco a poco, el grupo y las visitas fueron aumentando. Y la curiosidad ya

no se redujo al vecindario. De barrios lejanos iban familias enteras a presenciar los extraños fenómenos. Y así, el frente de la casa se transformó en un paseo, en un sitio de reunión, lo que era muy agradable en ese barrio pobre y monótono, que no tenía ningún entretenimiento.

Para aprovechar ese público creciente, junto a la casa misteriosa se estableció un cafetín. Algo mísero. Tres mesas y un aparador. Inmediatamente encontró una considerable acogida. El gran público de los duendes proporcionaba numerosos consumidores. Ante ese próspero negocio, pronto se abrió otro local con café y refrescos. El sector se animó. Las parejas iban a pasearse y el almacenero de la esquina cerró sus puertas mucho más tarde. Yo no me atrevo a decir que ése fue el preludio de la vida nocturna de Santiago. Pero hay hombres exagerados que aseguran que debido a los duendes progresó el barrio Independencia.

A veces los periódicos publicaban noticias acerca de estas raras actividades, y "El Diario Popular", que se vendía mucho, dedicaba casi toda la primera página a las fechorías de los duendes.

En vista del éxito, los fenómenos se presentaron cada noche con mayor vigor. Se acabaron los ruidos de pisadas y de vajillas rotas. Los visitantes invisibles ya sólo se manifestaban por medio de piedras, bofetadas y palos. En la casa se celebraron muchas sesiones espiritistas. Las mesas giraban, saltaban, pero con su alfabeto no alcanzaban a formar las palabras de ninguna comunicación. Fue una médium y no consiguió nada. Fue una clarividente y fracasó también. Los duendes no querían parlamentar.

Don Tomás Ríos González visitó la casa y declaró que la presencia de los duendes era un fenómeno

muy vulgar, que se producía en todas las ciudades del mundo y que no valía la pena preocuparse. Además, agregó que los duendes eran buenas personas, y que la pedrada en la cabeza del caballero era un justo castigo a la incredulidad. Y aconsejó a todas las personas que no creían en la existencia de los habitantes del plano astral que no se acercaran a esa zona, que había pasado a ser propiedad de los tragos.

Entonces los moradores abandonaron la casa. Sacaron sus muebles y se marcharon temerosos, apedreados y apaleados. Dejaron un cuidador. El cuidador sólo dejaba entrar a la casa a los que hacían estudios psíquicos y a los que le daban una propina. Después los espiritistas también tuvieron que dar propina. Porque el cuidador cobraba, los chiquillos del barrio lo llamaban el dueño de los duendes.

Los propietarios de "El Diario Popular", viendo que su publicación había alcanzado un considerable tiraje, pensaron fundar un diario importante que pudiese circular en todo el país. Para esta empresa se aprovecharían la experiencia, los materiales y el personal de "El Diario Popular". Creo que este nuevo periódico fue "El Diario Ilustrado", que luego bajo la dirección de don Misael Correa superó todas las esperanzas de sus fundadores.

Dejó, pues, de publicarse "El Diario Popular" y al terminarse las informaciones sobre los fenómenos sobrenaturales, desaparecieron también los duendes de La Cañadilla. Eran duendes que necesitaban propaganda, como las bailarinas o como los políticos.

Los espiritistas no lo podían creer. En la historia de los duendes, tragos, gnomos, sílfides, ondinas, sirenas y toda clase de elementales, no se conocía un caso semejante. Carlos Leadbeather, que había publicado un libro muy completo sobre estos seres in-

visibles, no se refirió en ningún capítulo de su obra a esta clase de duendes que se declaraban en huelga por falta de publicidad.

Los espiritistas celebraron sesiones solemnes. Pero las mesas giraban en vano. Hombres curiosos pasaron noches enteras encerrados en la casa, esperando un crujido. No eran tan ambiciosos para desear una pedrada o un garrotazo. Se hubiesen contentado con un soplo, con una pisada, con un rumor. Pero no escucharon nada. Llegaba el amanecer y no se había oído ni un ruido de ratones en el techo.

El cuidador estaba consternado. Era una verdadera desgracia perder un negocio tan brillante. Y él no sabía la manera de contratar un nuevo elenco de duendes. Y mucho más difícil era conseguir la reaparición de "El Diario Popular". El jamás hubiese creído que era tan eficaz el poder de la prensa. El aceptaba que con la propaganda de los diarios se pudiese lograr una senaduría, un mercado para una nueva pasta dentífrica o la pavimentación de una calle, pero no sospechaba que la influencia de los diarios llegara hasta el plano astral.

Desaparecieron los duendes y los espiritistas se limitaron a celebrar sus sesiones ordinarias, y el cuidador tuvo que buscarse otro empleo. Pero los cafetines continuaron haciendo un buen negocio. Habían conquistado una clientela fiel. Los duendes les habían dejado cierta fama. Un vecino inconsolable quiso simular una nueva aparición de duendes. Pero fracasó. Lo descubrieron que arrojaba las piedras por una tabla del techo, que estaba un poco torcida y dejaba pasar piedras pequeñas. Fue imposible resucitar el éxito de los duendes. Son fugaces las grandezas de la tierra. De esa bella época sólo quedan en la Biblioteca Nacional las colecciones de "El Dia-

rio Popular". Están un poco amarillas. Pero constituyen un documento precioso que demuestra el entusiasmo que despertaron los duendes. Y como botín y cosecha de ese lejano entusiasmo nos quedó la Avenida Independencia, con su ruidosa animación. Su actividad es herencia de los duendes. A ellos se deben su pavimento y su alumbrado. El vecindario debería rendirles un homenaje. Por ejemplo, una inscripción en bronce, que diga, más o menos: "A los duendes de 1902. El b rrio agradecido".

Muchos años después, yo hab  con el cuidador. Me confesó que él creía que el negocio de los duendes no se le iba a terminar jams . Al contrario, él esperaba que los duendes se reprodujesen y formarán una población considerable. El los administraría y los llevaría en giras al sur. Me aseguró que en Chiloé estas cosas tenían mucha aceptación.

Hablábamos en la calle San Antonio, en la esquina del Teatro Municipal. Yo le pregunt :

— De modo que usted cree que en Chiloé los duendes tienen buen mercado?

—All  los respetan —me respondió—. Aquí en Santiago es diferente. La gente es muy atrevida. Porque no los dejaba entrar a la casa, los chiquillos me tiraban piedras.

— Y no cree usted que esas piedras se las arrojarían los duendes?

Esta pregunta mía le produjo tal desagrado, que no quiso seguir hablando. Se despidió y se marchó tristemente hacia la Alameda.

## INVOLUNTARIAMENTE

MI AMIGO Alberto veraneaba en Puerto Varas. Yo estaba pasando unos días en un hotel de Osorno, y una tarde me telefoneó:

—Ahora salgo en mi automóvil al anocheecer. Pasaré por Osorno en la medianoche. Si quieres, te paso a buscar y seguiremos hasta Temuco.

—Te espero en el hotel —le contesté.

Diez días hacía que yo había llegado a Osorno y ya nada tenía que ver allí. Y un viaje en la noche con luna era tentador. Esperaría a Alberto, pues, a las doce. En Temuco tomaría el tren que me llevaría a Santiago.

Mientras yo estaba fastidiándome en el hotel, llegó a Osorno don Francisco Téllez, profesor de idiomas, a fundar un instituto. Era un hombre que en-

tendía la propaganda como los norteamericanos. Programas, avisos enormes, disertaciones sobre la enseñanza moderna, visitas a las autoridades. El profesor desarrollaba una actividad sorprendente. Su esposa, Olga Claret de Téllez, talentosa educacionista, colaboraría en la dirección del instituto. Era una mujercita fina, nerviosa y elegante. Tenía unos hermosos ojos sombríos que parecían llenos de pasiones. Estaba muy lejos de ser la pedagoga de anteojos y zapatos masculinos que aparece en los sainetes. Téllez, su esposa y su proyecto de instituto constituían la nota novedosa y brillante de la ciudad. Tomaron dos habitaciones en el mismo hotel en donde yo me encontraba, y durante las comidas pedían extras, hacían descorchar buenos vinos, y Téllez encendía unos cigarros impresionantes. Ya comenzaba a relacionarse con personas de situación, y en las noches, en el *hall* del hotel, dirigía la charla con tacto ejemplar.

En la tarde del día de mi partida, el profesor Téllez, acompañado de otros señores, tuvo que ir a hacer una visita a una autoridad. Ese hombre parecía un político. La señora quedó en el *hall*, cerca de donde yo leía un periódico. Cuando estuvimos solos, el silencio se hizo penoso, y tuvimos que hablar. Cambiamos algunas frases triviales. Durante esa desmayada conversación le dije que me marcharía esa noche.

—¿Y a dónde va?

—Vuelvo a Santiago.

—Creo que esta noche no hay tren.

—No me iré en tren. Un periodista amigo, que viene de Puerto Varas en automóvil, pasará esta noche más o menos a las doce por Osorno. En su coche me voy a Temuco. Allí tomaré mañana el ferrocarril.

—¿Su amigo viaja solo? —me preguntó con repentino interés.

—Solo.

Hubo un instante de silencio. De pronto, la señora Téllez se abalanzó sobre mí y me tomó las manos con dramático afán, mientras me decía llorosa:

—¡Sálveme, señor! ¡Usted puede salvarme! A usted le diré la verdad. Yo me encuentro en una situación horrible.

La sorpresa casi me obligó a ponerme de pie.

—¡Señora!

—¡Por piedad, sálveme! ¡Yo no soy la señora Téllez, ni soy educacionista, ni tengo nada que hacer aquí!

Temí que esa mujer sufriera un trastorno mental. Ella continuó, nerviosísima. Ya habían asomado unas grandes lágrimas en sus ojos embriagadores.

—Yo estaba bailando en un cabaret de Santiago, la noche del martes de la otra semana. Allí conocí a Téllez. Después de charlar alegremente y bailar, él me preguntó si yo quería vivir una aventura extraordinaria. Yo estaba contenta, había bebido algo, y le respondí que sí. "Váyase a su casa —me dijo—, arregle una maleta y partiremos al amanecer." Así lo hice. Durante el viaje no me comunicó absolutamente nada acerca de sus proyectos. Yo creía que veníamos a pasear. Cuando llegamos a Osorno, me presentó ceremoniosamente como su esposa. Me vi por sorpresa enredada en una comedia fenomenal. Me ha presentado a casi todas las señoras más distinguidas de esta ciudad. Yo tengo mucho miedo. Si descubren este lío, no sé qué me puede ocurrir. Yo jamás he sido profesora ni poseo ningún idioma. ¡Lléveme usted a Santiago!

—Perdóneme, usted. . . Así, de pronto, no le puedo responder. . .

—¡Es que tampoco podemos esperar!

—¿No cree usted conveniente que primero hablemos con Téllez?

—¡No!

Desconcertado, guardé silencio. Ella se echó a llorar.

—¡Lléveme usted! ¡Lléveme!

Ante una súplica tan desgarradora, yo no supe oponerme. Y, además, ¿por qué tantas vacilaciones? Si me marchaba con esta mujer, le hacía un gran favor a ella y también al profesor mismo, que se había enredado en un embrollo sin salida.

—Si es así, yo estoy a sus órdenes, señora —le dije.

—¡Ah, muchas gracias! Verá usted cómo esta gentileza suya no puede tener ninguna consecuencia para usted. El mismo Téllez se lo agradecerá.

—Muy bien. El automóvil llegará al hotel a la medianoche.

Ella me explicó que no podíamos esperar el coche en la puerta del hotel, porque alguna persona podía vernos. Era preferible no despertar sospechas. En un agitado diálogo, convinimos reunirnos a las once y media en una esquina de la plaza, y luego, juntos, saldríamos al camino a esperar el auto.

Después de dejar arreglados los detalles, me despedí de la señora, y me encerré en mi pieza a ordenar la maleta. Ya tranquilo, vi que el asunto era bastante antipático. ¿Y si se lo dijese a Téllez? Otro disparate mayor, porque así tal vez me vería mezclado en quién sabe qué discusiones y escenas desagradables. Lo más práctico era llevarse a esa mujer. Salvarla, como ella gemía con los ojos húmedos.

A las ocho y media bajé al comedor, y comí solo en mi mesita. Después, mientras algunos pasajeros se entretenían en el *hall*, bailando con la música de una radio que atronaba, fui a la oficina y cancelé mi cuenta. Volví a mi pieza a las diez. Tenía que aguardar más de una hora. Me eché sobre la cama y tomé un libro. A las once y veinte minutos, salí. El hotel ya estaba a oscuras. En la calle había una luna espléndida. En la esquina de la plaza vi que la viajera aún no había llegado. Paseándome, empecé a calcular el tiempo que emplearíamos en el viaje.

—¡Hola!

Ella llegaba.

—¿He tardado mucho?

—No. Tenemos tiempo.

—Nadie me vio salir.

Echamos a andar. Me apoderé de su maleta, a pesar de sus protestas. Caminamos en silencio. Pronto dejamos las calles centrales y salimos a los alrededores. La belleza de la noche de luna no se aprecia en la ciudad ni en el campo, sino en los alrededores, en esas casitas aisladas y pobres, en las murallas en ruinas, en las humildes calles solitarias. Junto a la puerta de una pequeña casa nos detuvimos. Allí no podíamos causar extrañeza a quien nos viera. Creería que estábamos aguardando a que nos abrieran la puerta. Esperamos largo rato. Se me ocurrió preguntarle:

—¿Cuándo decidió usted volverse a Santiago?

—Desde que Téllez me presentó como su esposa. Comprendí el peligro, pero no sabía de qué modo escapar. Cuando usted me contó cómo abandonaría Osorno, vi inmediatamente que en usted estaba mi salvación. Nadie podrá encontrar nuestro paradero. Nadie creerá que hemos salido de la ciudad, porque

no hay tren, ni tiene usted automóvil, ni ha arrendado ninguno. Su amigo pasará por aquí sin dejar una huella.

—Es usted inteligente.

—Estoy espantada. Nada más.

En el fondo del camino aparecieron los focos de un automóvil. Salí al encuentro a detener el coche. Necesitábamos darnos a conocer; mejor dicho, darme a conocer, pues corría el peligro de que Alberto no me viese, pasara a toda velocidad hacia la ciudad y diera en el hotel un escándalo con el klaxon. Todo se descubriría. Me detuve en el centro del camino. Alberto se extrañó mucho de encontrarme casi en el campo, a esas horas, y con una señora tan elegante.

—¿Qué pasa?

—Nada. Que esta señora hará el viaje con nosotros.

—¡Encantado!

Hice la presentación. Alberto saludó con la más exquisita cortesía, y me dirigió una mirada picaresca que, a la luz de la luna, vi que quería decir: "¡En qué líos te enredas, ladrón!"

Yo les salí al paso a sus torcidas suposiciones, declarándole gravemente:

—¡Nada de sonrisas maliciosas! Esta señora y yo nos acabamos de conocer. Me ha pedido que la llevemos a Temuco, pues tiene urgencia de salir de esta ciudad. Nada más.

Alberto se reía, incrédulo. Pero el acento conmovedor de Olga Claret acabó por convencerlo. La cara de Alberto se desilusionó. Le desagradaba la realidad, indudablemente. El había pensado que se trataba de una bella aventura, y le molestaba que le demostráramos otra cosa.

En la mañana llegamos a Temuco, y pocas horas

después Olga y yo tomamos el tren. Alberto fue a despedirnos a la estación. El viaje fue bastante pesado. Al llegar a Santiago, me despedí de Olga en la misma Estación Central, entre el torrente de pasajeros.

En la tarde dormí, y al anochecer fui al diario, a buscar contacto con la vida de Santiago. Hablamos de política, de deportes, de un concierto que se anunciaba. Cuando dije que venía de Osorno, un redactor me interrumpió vivamente:

—¿De Osorno? ¡Ah! Tú puedes saber algo. En Osorno hay un lío muy grande. Se escapó misteriosamente la señora de un profesor. Es un caso de novela. Ya han comunicado a Investigaciones. ¿Sabes algo?

Yo me eché a reír.

—Lo sé todo. No hay tal señora. Es una aventurera que el profesor Téllez se llevó a Osorno para divertirse.

—Entonces no sabes nada. Esa señora es la esposa del profesor.

—¿Me lo vas a decir a mí?

Y agregué triunfalmente, para pulverizarlo de asombro:

—¡Ella se ha venido conmigo!

—¿Contigo?

—Conmigo. En automóvil hasta Temuco, y desde Temuco en tren.

—Habrá sido otra.

—No. La misma. Es una *cabaretière* que el profesor Téllez conoció la noche antes de salir de Santiago.

—No digas disparates. Es la esposa. Investigaciones ya tiene los datos.

—Pero si ella me contó toda su historia.

—Pues, te ha engañado. Es la esposa.

Empecé a dudar. Salí del diario, dispuesto a averiguar la verdad.

En la noche conversé con dos agentes y tuve detalles. Retratos, pruebas.

Tuve que someterme.

Yo, hombre pacífico, enemigo de aventuras, le acababa de robar la esposa a un distinguido profesor de idiomas.

## LA PEQUEÑA AVENTURA

ANDRES SILVA Humeres recitaba con el énfasis de los intérpretes del teatro de Calderón. Un poco en broma y un poco en serio, imitaba a los actores del teatro antiguo y lo hacía muy bien. Creo que en su juventud había trabajado en la compañía de don Manuel Díaz de la Haza.

Una tarde estaban en mi oficina del diario Andrés Silva, Pepe Vizcaya y Eduardo Goldsmith. Andrés había recitado, había contado cuentos con su gracia tan personal y nos había hecho reír bastante. Por fin quiso marcharse. Nosotros le pedíamos que dijera el prólogo de "Los intereses creados".

—No puedo —dijo Andrés Silva—, tengo que ir a encontrarme con Quendoz.

—Pero solamente son unos minutos.

—No, no. Quendoz se va, y me interesa mucho que me entregue unos datos para la propaganda de una película.

Andrés era propagandista de cine, y Quendoz era empresario o administrador del Teatro Imperio. Además, tenía en la calle Estado, casi junto al teatro, una fuente de soda que se llamaba "Lunchanette". Quendoz era extranjero, no sé de qué nacionalidad. Era alto, muy blanco, muy pálido, y con un pelo café crespo, motudo, como el de los negros. Tenía la misma cabeza de africano de Claudio de Alas.

Como Andrés insistiera en marcharse, Pepe Vizcaya le dijo:

—Para retener a Quendoz, háblale por teléfono y dile que te espere, que eres un inspector y que vas a hacer una visita al "Lunchanette".

—Me reconocería la voz —replicó Andrés Silva.

—Entonces hablo yo.

Pepe Vizcaya tomó el teléfono y llamó al "Lunchanette".

—Aló... ¿Hablo con César Quendoz?... Tenga la bondad de llamarlo, señorita.

Pepe aguardó un momento, y luego:

—Aló... Señor Quendoz, habla usted con un inspector. Voy para allá.

Parece que Quendoz hizo algunas preguntas.

Pepe Vizcaya siguió muy seriamente:

—Es que yo prefiero que el dueño esté presente.

Otra pausa.

—Sí, sí. Espéreme. Hasta luego.

Ya Andrés podía estar tranquilo. Interpretó el prólogo de "Los intereses creados" y se marchó sin temor a que Quendoz se le escapara.

Cuando llegó al "Lunchanette", las señoritas que servían le dijeron que Quendoz estaba adentro, muy

ocupado, y que irían a preguntarle si lo podía ver. A Andrés toda esa reserva le pareció muy extraña.

Por fin lo hicieron pasar a una especie de trastienda del "Lunchanette" y allí encontró a Quendoz afanadísimo vaciando unas grandes damajuanas de jarabe en el lavatorio. Jadeaba al decirle:

—Hay que hacer desaparecer todo esto pronto. ¡Viene el inspector!

Una señorita, muy nerviosa, le ayudaba a vaciar botellas de horchata. Un mozo transportaba otros frascos desde las estanterías hasta una mesa que estaba junto al lavatorio.

Quendoz gritaba:

—Pronto... Pronto. Cuando llegue lo entretienen afuera.

Andrés estaba aterrado por el daño que le estaba causando a su amigo, por decir el prólogo de "Los intereses creados". Pero ¿cómo confesar que todo había sido una broma, que no llegaría ningún inspector y que el que había hablado por teléfono era Pepe Vizcaya? Quendoz estaba agitadoísimo:

—Todavía quedan como treinta litros de jarabe, y después hay que vaciar el vino y las botellas de coñac.

Andrés dio un grito:

—¿Vas a perder el vino?

—No hay otro remedio.

—¿Ese vino tan rico que yo bebo en las tardes?

—¿No te dije que vendrá el inspector?

—¡Es que ese vino es estupendo!

—Será muy estupendo, pero yo no tengo permiso para vender alcohol.

—¿Y el coñac también lo vas a vaciar?

—Indudablemente.

Ante esa catástrofe de echar el rico vino y el coñac al lavatorio, Andrés se irguió, heroico, dispuesto a

defender esas bebidas aunque fuese a costa de su vida. Y con el mismo acento dramático con que interpretó el prólogo de "Los intereses creados" comenzó esta escena:

—¡Quendoz!

Ante ese grito, que parecía del tercer acto de una obra de Echegaray, Quendoz, impresionado, se volvió hacia su amigo, con un jarro de jarabe de guindas a medio vaciar.

Andrés le dijo:

—¡No sigas! ¡Tengo que confesarte algo!

—Bien. Pero me confesarás todo lo que tú quieras después que desocupe estas botellas.

—¡No, no! Estoy en la obligación de salvar ese vino. ¡No lo desperdicies, porque no hay tal inspector, no hay peligro, ni nada!

—¿Me lo vas a decir a mí? ¡Yo hablé con el inspector!

—No. Tú hablaste con Pepe Vizcaya.

—¿Y él dijo que era el inspector?

—Sí. Lo dijo para que tú me esperaras.

Entonces fue Quendoz quien dio el grito de la obra de Echegaray:

—¡Animal! ¡Me ha hecho perder todo el jarabe!

—¡Yo te lo pago!

—¿Cómo se te ocurre que después de haberte burlado de mí, te voy a recibir dinero?

Después de discutir largo rato, César Quendoz fue apaciguándose, y, al fin, dijo:

—Pero siquiera se salvaron las botellas de coñac y el vino.

Andrés sintió el orgullo de haber salvado tan buen vino.

Mientras caminaban hacia la oficina de Quendoz, Andrés tuvo que explicarle detalladamente cómo se

había generado la broma. Parece que Quendoz aún no se resignaba a perder ochenta litros de jarabe, porque a veces se detenía y murmuraba:

—Estas bromas no se hacen.

Llegaron a la oficina, y le entregó a Andrés las fotografías de los actores de la película, el argumento y algunos recortes de críticas sobre la superproducción. Con esos elementos había que sostener la propaganda durante quince días. Después, caminando lentamente, regresaron por la calle Estado. Al cruzar Agustinas, Quendoz dijo con gran asombro:

—¡Han cerrado!

Y apresuró el paso. Andrés lo siguió sin saber de qué se trataba. Encontraron cerrado el "Lunchanette", y a dos de las muchachas que atendían, en la puerta, muy asustadas.

—¿Por qué cerraron?

—¡Llegó el inspector! Descubrió el coñac y el vino, y dijo que el local quedaba clausurado.

Como una fiera, Quendoz se volvió hacia Andrés:

—¡Tú me dijiste que ningún inspector vendría!

Andrés no sabía qué responder.

—¡Me dijiste que el que habló por teléfono fue Pepe Vizcaya!

—Pepe Vizcaya habló.

—¿Y cómo vino el inspector?

—Yo no lo entiendo.

Quendoz estaba iracundo. Gritaba:

—¡Esto lo tenemos que aclarar!

Andrés era el que estaba más estupefacto. El había visto a Pepe Vizcaya hablar por teléfono y decir en broma que iría el inspector. Y luego resultaba que el inspector imaginario iba y clausuraba el "Lunchanette".

Después comprendió que había sido una feroz coincidencia.

Y ahora viene la discusión entre un lector y yo:

El lector: —¿No sabe usted que la coincidencia es un recurso vulgar y falso?

Yo: —Naturalmente.

El lector: —Con la coincidencia es muy fácil urdir novelas y cuentos.

Yo: —Muy fácil.

El lector: —¿Y por qué ha usado ese recurso?

Yo: —Porque si la coincidencia es un recurso pueril en la obra de ficción, en la realidad es todo lo contrario. Es un detalle maravilloso, un brillante capricho del azar. Es como si la magia interviniera en la vida cotidiana. Y este episodio no es una ficción, no es un enredo que imaginé yo, es un caso que ocurrió y del cual hay varios testigos. Y así la coincidencia tiene gracia; y esa coincidencia, precisamente, es el tema de esta pequeña aventura de Andrés Silva Humeres. La coincidencia es la heroína del relato. Ella es la que luce y la que trae la sorpresa de la escena final.

## MI HERMANO AUGUSTO

DE PIE, en el centro de la habitación, yo consideré un momento las dificultades que tenía que vencer para llegar hasta la palomera. Pero antes necesito explicar que la palomera era un mueble dividido en numerosos casilleros destinados a guardar cartas, viejos papeles amarillentos, revistas antiguas. La palomera se encontraba colocada encima de un ropero, de modo que se veía mucho más cerca del techo que del piso. No era fácil, pues, trepar a esas alturas, y sobre todo si no se olvida la circunstancia de que yo sólo contaba siete años.

Pero a pesar de mis siete años me atreví. Acerqué una mesa al ropero, coloqué un cajón sobre la mesa, equilibré después una silla y trepé, un poco tembloroso, pero ya envanecido por la hazaña.

No. No había nada tan interesante como revolver los viejos papeles de la palomera. Allí encontraba estampas, sellos, revistas con carátulas iluminadas, retratos descoloridos por los años. Y todo ofrecía un atractivo bajo un finísimo polvo, que era como un certificado de antigüedad. Antes que mi mano curiosa de chiquillo lo hiciera, hacía muchos años que nadie había tocado esos inútiles y encantadores papeles.

Cansado de revolver revistas, y ya familiarizado con la altura y el peligro, traté aún de ir más lejos, y subí sobre el ropero. Desde allí dominé el techo de la palomera, que estaba cubierto de legajos, de paquetes de periódicos, de mapas y de libros. Y entre aquel hacinamiento de papeles y de polvo había una máquina fotográfica. Comencé a oprimir resortes, a mover pequeñas piezas, hasta que la tapa posterior se abrió y pude inspeccionar el interior sombrío de la cámara. Pero mi curiosidad no se detuvo. Pronto saqué los chasis y aparecieron cada uno con su respectiva plancha de un blanco verdoso.

Yo sabía que esas planchas estaban vírgenes, y que al exponerlas a la luz las inutilizaba. Entonces fue cuando pensé: "Si en una de estas planchas se hubiese tomado un retrato de importancia..."

En ese instante un recuerdo me sobrecogió. Quedé frío, aterrorizado por una idea que me atravesó como una estocada. No sé cómo pude ordenar los chasis, cerrar la cámara, descender de mi pirámide, bajar la silla, el cajón, volver la mesa a su sitio...

Y salí.

Cuando tomé la máquina fotográfica yo no me acordaba de nada. Pero todo vino a mi memoria cuando pensé: "Si en una de estas planchas se hubiese tomado un retrato de importancia..."

Fue entonces.

¡Oh! Yo sólo tenía cinco años cuando murió mi hermano Augusto. Yo no me acuerdo del rostro de esa criatura. Es inútil que escarbe en el fondo penumbroso de mi memoria. El rostro de ese muertecito no se asoma a las aguas oscuras de lo desaparecido para siempre.

Cuando murió, no quedó ningún retrato de él. Pero mi padre, cuando quedó cadáver, quiso dejar siquiera ese fúnebre recuerdo del pedazo de su vida que se acababa de marchar, y entre los cirios tomó algunas fotografías.

Y la máquina, con ese doloroso recuerdo en sus entrañas, fue llevada al interior de la casa. La cámara negra de la máquina, ¿no era también un nicho sombrío para la imagen del niño con sus hermosos ojos azules cerrados para toda la eternidad?

Y yo, por una curiosidad imbécil, había borrado para siempre esa pequeña reliquia de mi padre.

Para siempre. Era lo irreparable. Por primera vez mi alma de chiquillo se encontraba frente a ese océano sin orillas de lo irreparable. Desde ese día, mi crimen no dejó de atormentarme la conciencia. Era como una inmensa quemadura que llevaba dentro. Cuando con más alegría estaba entregado a mis juegos y a mis carreras, el recuerdo de mi falta me paralizaba. Era una gran sombra que me caía como un fardo sobre el espíritu, un desánimo muy hondo que me arrojaba, mudo y vencido, sobre un diván.

—¿Qué tienes?

—Nada; no tengo nada...

Sí. Era yo quien había muerto a mi hermano. Yo. Era verdad que él había enfermado y la muerte le había bajado los párpados suavemente. Pero de su vida tan breve —un solo verano y un otoño vio pasar mi hermano Augusto— había quedado esa imagen:

Un niño dormido entre cuatro velas encendidas. A esa imagen se había reducido su existencia, y yo, brutalmente, la había borrado para siempre.

Y un día... ¡Ah, sí!, lo recuerdo muy bien. Yo había comenzado a recibir las primeras lecciones de Historia Sagrada.

Mi madre, junto a la ventana, bordaba. La profesora, frente a mí, comenzó a leerme la lección que debería aprender:

—Adán y Eva tuvieron muchos hijos. Los primeros fueron Caín y Abel. Caín, labrador, era malo; Abel, pastor, fue, por el contrario, bueno. Un día Caín dijo a Abel: "Ven conmigo al campo". Y cuando se encontraron solos en el monte, Caín se precipitó sobre Abel y lo mató. Desde entonces, Caín no dejaba de escuchar una voz misteriosa que le preguntaba: "Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?"

Yo no sé cómo salí de la habitación, con un nudo en la garganta que me ahogaba. Salí buscando no sospecho qué refugio. Salí sintiéndome huérfano de algo que aún no comprendo, para toda la vida.

Y empezaron a pasar los días. Y algunos años. Yo iba creciendo, y a veces parecía que el remordimiento también crecía como crecía mi sombra. Temporadas de intenso estudio y trabajo en el bullicio del Instituto me borraban casi por completo la obsesión. Pero tras algún tiempo de tregua revivía más fiera. Mi tortura cambiaba de aspectos. A ratos era la amargura de haber arrojado de la vida el último resto del pobre niño muerto, y otros días era la tristeza de ver a mis padres vivir confiados, creyendo que en el regazo de la cámara conservaban, como en una alcancía humilde, el tesoro de su carita dormida. Y yo la había borrado irreparablemente.

No era miedo al castigo. Ojalá llegara pronto ese

castigo, por cruel que fuese, pero que me liberaría de ese aquelarre de remordimientos y pesadillas.

Fue durante un almuerzo. Era en los últimos días de diciembre y yo ya había salido a vacaciones peleando a tiros con el examen de historia de la Edad Media y las declinaciones alemanas.

El pueblo comenzaba a llenarse de veraneantes, y todo el mundo hablaba de proyectos de excursiones, de *Kermesses*, de partidos de tenis y de paseos al río. Algunas tardes, en la plaza, una banda de músicos tocaba unos motivos de "El vendedor de pájaros".

Sí. Recuerdo muy bien. Estábamos almorzando cuando sonó el timbre, clamorosamente. Fue una empleada a abrir, y luego entró bullicioso al comedor, saludando a todos con su comunicativa alegría, mi primo Juan. Entonces Juan era estudiante de medicina. Acababa de rendir sus exámenes, y venía ansioso de carreras a caballo, de campo libre y de sol.

Yo me quedé paralizado de espanto, suspendido el tenedor con el trozo que me llevaba a la boca. Mi primo Juan traía en la mano la máquina fotográfica que yo había descubierto en la palomera. Y hablaba alegremente de cosas sin importancia, sin preocuparse de la máquina que para mí era el infierno.

De pronto Juan le dijo a mi padre:

—Desarrollé las planchas, pero desgraciadamente estaban todas veladas.

—Yo lo presumía —dijo mi padre—. Tenían que echarse a perder. Hace ya tantos años.

—De modo —dijo Juan— que ahora voy con la máquina a las carreras de Viña del Mar. Creo que tomaré algunas instantáneas interesantes.

—¿Vas a caballo?

—Naturalmente. Tengo un animal muy bueno. Pero regresaré en tren.

Y la conversación continuó muy animada sobre los nuevos veraneantes.

Y yo comprendí que entonces, verdaderamente, había muerto mi hermano Augusto.

*INFANCIA*  
*DE BERNARDO O'HIGGINS*

**DON SIMON** Riquelme le dijo:

—Te anuncio que vas a separarte del niño.

En el primer momento pareció que Isabel no había comprendido las palabras de su padre. Este, con la autoridad de los tiempos antiguos, prosiguió:

—A fin de semana vendrá un oficial a llevarlo.

—¿Adónde?

—A Talca, a la hacienda de don Juan Albano Pe-  
relra.

Isabel Riquelme comenzó a llorar silenciosamente. Ya entraba la desgracia a su alma. Don Simón quiso consolarla con graves razones:

—Aquí no puede seguir. Es necesario preocuparse de su educación. Es el egoísmo tuyo el que llora. Tú, por tenerlo a tu lado, no te preocupas de su porvenir.

No. Ella no se oponía. Ella no lloraba para oponerse. Ella lloraba por su soledad, por la tortura de ver por las noches su pequeña cama vacía; porque ya no escucharía nunca más las palabras atravesadas que tanto adoraba. "Poncar" decía por comprar. El abrigo era "aguigo", y las trenzas eran "tuensas". Cuando el destino se lo devolviera, ya sería un muchacho que hablaría correctamente, y el tiempo se habría llevado todos los encantos de la graciosa criatura.

Entonces Isabel Riquelme supo que todos los niños se nos mueren. Se nos mueren al crecer, se nos mueren al transformarse en muchachos más grandes, pero menos dulces; más comprensivos, pero menos nuestros. Los niños grandes ya empiezan a pertenecer al mundo. Pertenecen algo al colegio o a sus juegos. Los verdaderamente nuestros son los niños pequeños, los que se quedan dormidos al pie de nuestro sillón mientras leemos, los que nos acercan su elefante de trapo para que le demos un beso en la áspera trompa.

Isabel se fue a su pieza. Ya el niño estaba dormido. Acaso sería la última noche que escucharía la sosegada respiración de su sueño; que vería la sombra que proyectaban sus largas pestañas. Le acarició los cabellos. No despertó el chiquillo, entregado gozosamente al sueño profundo. Le tomó las manos y se deleitó largamente mirando las pequeñas uñas rotas por arañar la tierra del jardín. La mano izquierda conservaba un débil rasguño del gato.

Volvió a llorar. Mañana, quien lo viera dormir así, no tendría ninguna ternura para él. Tal vez el niño se extrañaría al despertar en otra habitación, buscaría su gato, la nombraría a ella. Y un sollozo enorme la sacudió.

No pensaba en el porvenir de Bernardo, no le im-

portaba el porvenir. Su dolor le decía que el futuro no tenía importancia ante la pérdida de esta graciosa criatura, que dormía confiadamente bajo sus grandes sollozos. Su última canción de cuna era este llanto convulsivo. Junto a la gran paz del niño, la tempestad de su alma era más violenta. Nunca el paraíso y el infierno estuvieron tan cerca. Lo besó.

Y de la cara de la madre sacrificada cayeron unas pesadas lágrimas sobre el rostro del niño. Y así pareció que el chiquillo dormía llorando. Fue el niño que lloró con las lágrimas de su madre.

Desde que Isabel supo que iba a ser separada de su hijo, que aún no cumplía cinco años, y que pronto llegaría un militar a buscarlo, vivió en una incesante tortura. Cada vez que llamaban a la puerta, su corazón aterrado recibía los golpes.

Hasta que una tarde, poco antes del anochecer, llegó. Traía el santo y seña que le dio don Ambrosio O'Higgins. Debería partir con el pequeño Bernardo al día siguiente, al amanecer.

Y esa noche Isabel hizo todo lo posible por prolongar la vigilia del niño. Ella sabía que en cuanto su hijo se durmiese, ya perdería su voz, sus gestos, sus preguntas. Perdería su mirada encantadora. Para distraerlo le relataba cuentos, los últimos cuentos; lo besaba bruscamente para disiparle el adormecimiento que ya lo iba a vencer. El niño, con los ojos entornados, pesados de sueño, le sonreía vagamente. Ella al fin comprendió que lo estaba molestando con sus caricias, y se resignó a dejarlo reposar. Se quedó mirándolo un instante y el niño se durmió. Ya nunca más le hablaría con su lengua de trapo. Ya nunca más le tendría así, durmiendo sobre su regazo. Cuando lo volviese a ver, estos cabellos no serían los mismos. Tomó una tijera y le cortó un rizo dorado, como todas

las madres le cortan unas hebras al niño que acaba de morir.

Y pasó toda la noche junto a la pequeña cama, mirando a la criatura. En la madrugada el sueño estuvo a punto de vencerla, pero la idea de que pronto su hijo iba a partir la volvía a enderezar. Toda la noche estuvo su candela encendida. Como un velorio.

Y ahora, Isabel Riquelme, escribo para ti. Tú sabes que ésa fue una noche de enero de 1783, y todavía los hombres del siglo XX sufrimos con el recuerdo de tus dolores, de la soledad a que te sometieron los prejuicios y las supersticiones de la época. Tú supiste callar. Cruzas por la historia, misteriosamente muda. No nos dejaste una palabra. Ni la más débil protesta. Es inútil revolver viejos archivos y cartas amarillentas. No nos dejaste nada.

Y al amanecer, cuando aún Chillán estaba envuelto en una bruma violeta, el militar abandonó la casa de don Simón Riquelme. Bajo su capa llevaba al niño dormido. Al alejarse, te vio detrás de la reja de hierro de una ventana, y tenías el rostro bañado por las lágrimas. Así también te veo ahora, Isabel Riquelme. Detrás de una reja de hierro, con tus lágrimas calladas. Prisionera de los prejuicios, encerrada en la cárcel de la voluntad de tu padre, cautiva entre los hierros del destino, dime ahora, que podemos hablar a solas, dime si de tus hierros sacó tu hijo ese magnífico amor a la libertad; dime si de tus prisiones nació su fervor para forjar la Independencia.

Porque hay símbolos en las vidas. Hay misteriosas relaciones. Y al leer los relatos de las batallas por la libertad, cuando aparece don Bernardo O'Higgins y al frente de los suyos baja como un torrente por la cuesta de Chacabuco, yo pienso en los hierros de tu ventana.

Y pasaron los años. Cuando sus estudios en Inglaterra estaban bastante avanzados, Bernardo pensó que se acercaban los días en que debería regresar a Chile. Y no podría volver a la patria sin llevarle un regalo a su madre. Y no sería una baratija. No tuvo que meditar mucho para decidirse. El regalo debería ser un piano, antiguo anhelo de Isabel Riquelme. Un piano, en el cual ella, en el silencio de las noches de Chillán, volvería a recordar viejas melodías. En esas notas, diría Isabel sus mal enterradas tristezas de mujer resignada.

El teclado sería su confesonario, su idioma y su pañuelo de lágrimas. Ella tenía tantas cosas que contar a las estrellas, porque el amor sólo estuvo breves días a su lado, no le dio su nombre y le quitó a su hijo. Sólo la música solitaria serviría para decir tan silenciosos infortunios.

Pero un piano costaba mucho dinero. Y para reunir la considerable suma, Bernardo empezó a economizar con el tesón de su férrea voluntad, aceptando todos los sacrificios. Se acabaron los paseos a los alrededores de Richmond. Nada más que estudios, madrugadas y economías. Cada día domingo pasaba sin gastar un penique; él sabía que compraba una vieja gavota para los recuerdos de su madre, una melodía empapada de lágrimas para la soledad de sus noches chilenas.

No le fue difícil el esfuerzo al joven que más tarde iba a tener vigor para levantar una patria. Así fue como una tarde brumosa pudo ir al centro de Londres, acompañado de un amigo, y comprar el pianoforte. Sus estudios, que terminaron en brillantes exámenes, no le produjeron tan viva satisfacción como esta compra hecha con monedas de ternura. Por ese pianoforte había dado sus únicas distracciones de es-

tudiante, paseos anhelados, descansos indispensables, libros que pudieron ser suyos, y, a veces, alimentos necesarios para aumentar las reducidas raciones de la pensión.

Cuando terminó sus estudios en Inglaterra, Bernardo se dirigió a Cádiz, a casa de Nicolás de la Cruz. Entonces llegó la carta de su padre, don Ambrosio O'Higgins, en la cual notificaba que dejaba de reconocer como hijo a Bernardo, y que, por lo tanto, le suspendía la pensión. Desapareció la sonrisa de los labios de Nicolás de la Cruz. Y Bernardo tenía que permanecer en Cádiz, al acecho de alguna de las expediciones que salían de ese puerto, violando el bloqueo, con rumbo a América.

Sin el dinero que le enviaba su padre, Bernardo tuvo que trabajar a Nicolás de la Cruz para pagar su comida. Pero el trabajo solo no bastaba. La actividad de un joven, que pronto iba a poder dar la libertad a un pueblo, en Cádiz no era suficiente para pagar un plato de garbanzos.

En esa desesperada situación decidió, para vivir, vender el piano a Nicolás de la Cruz.

Y cuando recibió las ciento cincuenta pesetas que Nicolás de la Cruz le entregó por el piano, sabía Bernardo que vendía las melodías de su madre, hondos nocturnos que no alcanzaron a ser.

Tristes fueron esas noches de Cádiz. Le parecía que él le había quitado el regalo a su madre, que él había amordazado las últimas confesiones de su corazón herido.

Y una noche, en que la amargura no le cabía en el corazón, para desahogarse, empezó a escribir una carta a Isabel Riquelme: "Mamá, yo te llevaba un regalo y lo tuve que vender..."

Y después de escribir estas palabras, el héroe que

en Chacabuco le miró de cerca los ojos a la gloria y que en Rancagua pasó galopando por encima de la muerte, todavía era un chiquillo y se echó a llorar.

Y en esa noche de Cádiz quedó sobre una pobre mesa, mojado por las lágrimas, ese papel que después no envió nunca: "Mamá, yo te llevaba un regalo y lo tuve que vender..."

## VIDA DE ESTUDIANTE

CUANDO Bernardo O'Higgins cumplió los quince años fue enviado a Inglaterra a terminar sus estudios. Su padre, don Ambrosio O'Higgins, escribió a su amigo don Nicolás de la Cruz, un sórdido comerciante chileno que residía en Cádiz, para que recibiera al joven al llegar a Europa. En El Callao, Bernardo O'Higgins se embarcó en un galeón, y cuando el barco pasó frente a las costas chilenas, el muchacho viajero sintió que sus recuerdos mal dormidos volvían a levantarse con poderosa seducción. Los paisajes del Maule y las casas de adobes de Chillán cruzaban por sus horas de silencio como pájaros de una inesperada poesía. No sospechaba el estudiante hasta qué punto su tierra de montañas podía embellecerse en la ausencia.

Entonces el viaje era interminable. El galeón tenía que ir a dar la vuelta por el sur de América y después recorrer todo el Atlántico para llegar a Europa. En España, don Nicolás de la Cruz lo tenía todo preparado. Desde Cádiz, Bernardo O'Higgins siguió viaje a Inglaterra, y fue alumno del colegio de Richmond. Pero este instituto no tenía internado, y el estudiante tuvo que vivir en la casa de Mr. Thomas Eels. No era una pensión. Mr. Eels se preocupaba mucho de advertirlo:

—Esta no es una pensión. Es una casa de familia, en la cual se reciben huéspedes muy calificados, y, con preferencia, estudiantes extranjeros.

Entre esos estudiantes extranjeros, Bernardo fue un camarada un poco silencioso, pero bastante estimado por su rectitud y su carácter. Parecía que los estudios difíciles le tocaban el amor propio, y se lanzaba al asalto de los problemas de matemáticas como años después se arrojara contra las trincheras españolas.

Textos de estudios y largos días de lluvia, gramática y bruma densa. En los primeros meses la vida tuvo alguna monotonía. Pero en la casa de Mr. Thomas Eels había unos ojos azules. Unos ojos azules que tenían quince años. Se llamaba Carlota Eels, y era hija única del dueño de la casa. En las tardes de invierno, heladas y sombrías, de regreso del colegio, los muchachos se reunían en el *hall* y se agrupaban en torno a la chimenea. Y a veces junto a Bernardo estaba la belleza pálida de Carlota Eels. Una tarde él le habló del Maule y de los luminosos paisajes que había en cierta región austral de la América lejana, y ella le describió la hermosura de las playas de Morgate. Fueron buenos amigos, hablaban largamente y a veces se miraban a los ojos. Un día ella puso una flor en

un vaso, y la dejó en la pieza de Bernardo, para que él la encontrara al volver de sus clases.

Y en la noche, junto a la chimenea, mientras los demás muchachos hablaban de unas exploraciones en el Africa, él le preguntó en voz muy baja:

—¿Quién me dejó una flor en mi pieza?

Y ella le respondió apenas:

—Si no lo sabe, no la merece.

El guardó silencio, agradecido; ella le miró intensamente, y desde esa noche fría de Richmond, Bernardo supo que los ojos azules de Carlota Eels eran tan claros como los cielos del verano de la América del Sur.

Ella le ayudaba a preparar las lecciones, y en las horas de descanso, como no tenían recuerdos que comentar, hacían proyectos y hablaban del porvenir. Carlota se entristecía un momento para decirle:

—Tú te irás a América...

—Pero volveré. Yo merezco que me creas si te prometo que volveré.

Y ella le respondía con ternura:

—Te creo.

El tiempo se escapó rápidamente. Charlas junto a la chimenea, misterio de los ojos azules, flores en la pieza de Bernardo. Y llegaron los días del verano, y, después de los exámenes, se cerraron las puertas del colegio de Richmond. El verano en Inglaterra es breve, pero tiene una sorpresiva brillantez. Los estudiantes extranjeros abandonaron la casa de Mr. Thomas Eels y regresaron a sus hogares. Pero Bernardo no podía emprender la travesía del Atlántico. En aquella época el viaje entre América y Europa era una odisea, y tomaba bastante tiempo. Bernardo, pues, tuvo que ir con la familia Eels a las playas de Morgate.

Carlota miraba a su amigo con mal disimulada ad-

miración. Los demás muchachos podían volver a sus casas que estaban en países relativamente cercanos, pero Bernardo era de la región más austral de un remoto continente, y esa lejanía de su patria lo envolvía en un prestigio novelesco, como si fuese habitante de una estrella.

—¿En tu país hay leones?

—Hay leones y águilas, y una cordillera tan enorme como tú no la puedes imaginar. Las montañas que aquí ves no son más que suaves colinas comparadas con la grandeza indescriptible de los Andes.

Y Bernardo se enorgullecía hablando de los leones y de las cumbres de Chile, como si la cordillera fuese una finca de su propiedad. Así aprendió a amar a su patria el corazón prócer.

Y de este modo fue cómo, una tarde, en las playas de Morgate, mientras unas olas mansas se tendían en la arena, Carlota y Bernardo se prometieron no olvidarse nunca. Fue la eterna promesa que a los quince años tiene la hermosura y la solemnidad de un rito religioso, mientras se apagaba la tarde y sobre el Mar del Norte se encendían las primeras estrellas.

Pasó el verano, volvieron las brumas y los estudios, los mismos camaradas y las noches junto a la chimenea. Así se marcharon, entre los libros y la felicidad, varios años. Y llegó el día en que el estudiante chileno tuvo que despedirse definitivamente para regresar a su patria.

Fueron unas horas apresuradas. Arreglar los baúles, revisar los cajones de los muebles, mirar por última vez la ventana que ya le era tan familiar; en un muro quedaron unas cifras que él apuntó una vez.

—¿Nos escribirás?

—Sí, sí...

Thomas Eels había bajado a la puerta a ordenar

las maletas en el coche. Bernardo iba de pieza en pieza abrazando a los muchachos, y en el *hall*, frente a la chimenea de las veladas inolvidables, encontró a Carlota.

Se estrecharon las manos. Ella sólo le dijo:

—Como en las playas de Morgate...

El iba a responderle, pero su garganta apretada no le dejó articular una palabra. Sólo pudo volver a estrecharle las manos. Y escapó por la escalera.

La historia relata detalladamente su vida desde el regreso a Chile, los ardientes trabajos y las batallas cubiertas por el humo de la gloria. Y cuando estaba en el poder, en la cima más alta de su carrera política, don Bernardo O'Higgins recordó sus años de estudiante, la casa de Mr. Eels, la chimenea, y escribió a un amigo que estaba en Londres, el general O'Brien, para rogarle que le buscara noticias de Carlota.

O'Brien fue a Richmond. La casa de Mr. Thomas Eels ya no existía. Por un ex alumno del colegio supo la dirección de Carlota. Ella se había casado.

O'Brien fue a visitarla. Fue una visita algo ceremoniosa, como eran las visitas de aquella época. Comenzó por agradecerle que ella le hubiese recibido; luego le explicó que iba a cumplir respetuosamente un encargo muy delicado. Y le preguntó:

—¿Se acuerda usted de un muchacho chileno, que fue con su familia a las playas de Morgate?

Ella sonrió con melancolía. Sí. Se acordaba. Se llamaba Bernardo.

Entonces, O'Brien le dijo:

—He venido a buscar noticias tuyas.

Ella, en respuesta, le entregó un retrato.

El general O'Brien contestó la carta de don Bernardo O'Higgins el 23 de marzo de 1823. En esa car-

ta se lee este párrafo: "Os envió desde Dublin el retrato de Miss Carlota Eels, vuestra antigua bien-amada".

Cuando la carta de O'Brien llegó a Chile, don Bernardo O'Higgins ya había perdido el poder y estaba desterrado en el Perú.

Siguió hacia el norte la carta, y en la soledad del destierro, una mañana, el héroe rompió el sobre. Al desdoblar los pliegos apareció el retrato. Y los ojos azules le llevaron tan intensa evocación, que a Bernardo O'Higgins, en tierra peruana, le pareció escuchar el rumor de las olas de la playa de Morgate.

SEIS BALAS  
DE UNA BROWNING

GASTON CALMETTE, director de "Le Figaro" de París, fue un hombre de una espiritualidad inextinguible. Su charla era un remolino de ingenio, de apasionamiento y de sagacidad. Los amigos le agradecían su conversación como se agradece un regalo. M. Chaurchard, un comerciante famoso por su colección de cuadros, se deleitaba escuchándole charlar, y al morir le dejó a Gaston Calmette varios millones de francos, en agradecimiento por tantas horas de inolvidable humor. Pero también hay que decir que el apasionamiento de Calmette llegaba a parecerse a la obsesión. Cuando empezaba a atacar a un personaje, era irreductible, lo perseguía cruelmente, con una tenacidad que a veces era pesada y desagradable. Así, en febrero de 1914 empezó a publicar unos

violentísimos artículos contra Joseph Caillaux, Ministro de Hacienda del Gabinete Doumergue.

Lo acusaba de haberles propuesto a unos señores Priou, que litigaban contra el Estado, que se les reconocieran sus derechos con la condición de que ellos entregaran una considerable suma para la caja electoral del partido de Caillaux. Lo acusaba de haber ordenado al Ministro de Justicia que aplazara el juicio contra el banquero Rochette, acusado de trampas y estafas. El Ministro de Justicia obedeció ante el poder avasallador de Caillaux, aplazó el juicio y Rochette tuvo tiempo para escapar. Lo acusaba de haber pedido a una casa bancaria una importante cantidad de dinero para la caja de su partido amenazándola con sus aplastantes influencias de ministro. Luego Calmette publicó la fotografía de una carta de Caillaux, cuando era ministro en 1901, dirigida a una amiga. En ella le comunicaba que había hecho fracasar el proyecto de impuesto sobre la renta, aparentando defenderlo. Y, por último, anunciaba que al día siguiente publicaría una copia de un informe secreto de M. Fabre, a quien Caillaux le habría exigido postergar el juicio contra Rochette. Era una avalancha de acusaciones demoledoras.

Caillaux sonreía y contestaba desdeñosamente, desmintiéndole todo, como se responde a las palabras de un hombre de escasa importancia. Caillaux sonreía, pero cuando "Le Figaro" anunció que al día siguiente publicaría el comprometedor documento, la esposa de Caillaux no soportó más. Primero fue a visitar a un magistrado, para preguntarle si había un medio legal de hacer callar a Calmette. El magistrado le respondió que era imposible, porque en Francia había libertad de prensa, y los diarios de París ya estaban acostumbrados a decir cosas peores.

—¿De modo que tenemos que someternos a que ese individuo nos injurie?

—Se le puede desmentir, procesar por calumnia en caso de que sus acusaciones sean falsas.

—¡Oh, eso exige demasiado tiempo!

—No hay otro camino.

Después de escuchar esta respuesta, la hermosa y elegante señora de Caillaux se dirigió a una armería.

—Quiero un revólver.

Le mostraron varios. Algunos eran muy grandes. Los más pequeños parecían juguetes. La sedujo una pistola Browning.

—Y balas.

Le trajeron una caja.

—No, no. Sólo quiero llevarla cargada.

Antes de cargársela, el empleado le explicó la manera de retirar el seguro. No quiso que se la envolviesen. Pagó y guardó la pistola en su manguito. Salió de la armería, tomó un coche, y dio la dirección del suntuoso edificio de "Le Figaro", en la rue Drouot. En las oficinas de "Le Figaro" le dijeron que el director no había llegado.

—Lo espero.

Lo esperó una hora. Gaston Calmette llegó acompañado del novelista Paul Bourget. Se separó de su amigo para atender a la señora que aguardaba. Ella, después que se dio a conocer, le preguntó a Calmette:

—¿Qué condiciones exigiría usted para entregarme el documento que anunció que publicaría mañana?

—No lo puedo entregar porque lo publicaré.

—¿En ninguna forma dejará de hacerlo?

—En ninguna.

—¿Es ésta su última palabra?

—*Estoy* decidido. Nada me hará retroceder.

Entonces la señora de Caillaux sacó de su manguito la Browning y disparó seis veces sobre Calmette.

Al escuchar las detonaciones, todos los empleados de "Le Figaro" corrieron a la sala del director, en donde lo encontraron agonizando. Ella, que todavía empuñaba el arma, dijo tranquilamente:

—Lo maté para impedir que publicase intimidades de mi hogar.

La noticia de este drama corrió con una rapidez vertiginosa. A París le agrada estremecerse con estas sorpresas violentas. En los bulevares la gente discutía y se agrupaba amenazante. Media hora después, los diarios arrojaban a la calle las primeras ediciones extraordinarias, con enormes titulares: "¡La esposa del Ministro de Hacienda ha asesinado al director de "Le Figaro"!" Junto con las noticias verdaderas se publicaban muchas invenciones y suposiciones. En treinta minutos los reporteros no habían alcanzado a ordenar la información, y cada periódico era una maraña de comentarios, entrevistas rápidas y datos recogidos en todas partes. La señora de Caillaux, que acababa de entrar a una celda de la prisión de Saint-Lazare, se negó a hablar para la prensa. El ministro también.

La sesión de la Cámara fue tempestuosa. El gran Barthou pronunció un discurso espectacular y leyó el documento que Calmette iba a publicar. Era una copia del informe secreto de M. Fabre, el fiscal a quien Caillaux habría obligado a postergar el proceso Rochette para dar tiempo a que el banquero se escapara. No era verdad, pues, que Gaston Calmette iba a arrojar a la publicidad detalles íntimos del hogar del ministro. Al saber esto, los estudiantes y el pueblo se arremolinaron en ruidosas manifestaciones.

“¡Muera Caillaux!”, era el grito que corría por los bulevares. Las multitudes fueron a protestar ante el Ministerio de Hacienda, luego se atropellaron para ir a aplaudir a “Le Figaro”, y se reunieron enfurecidas frente a la comisaría del faubourg Montmartre. Los estudiantes vociferaban en la Sorbona y en los alrededores del Panteón.

—¡Caillaux asesino!

La policía trabajaba sin descanso para contener las turbas. La exaltación aumentaba como en los delirantes días del proceso Dreyfus.

—¡Muera Caillaux!

Algunos escaparates eran destrozados por las pedradas de los revoltosos, y los establecimientos comerciales comenzaron a cerrar sus puertas. En todo París hubo inquietud, porque no se sabía hasta dónde llegaría el desorden. En el bulevar Magenta, cerca de la Estación del Norte, hubo algunos encuentros entre estudiantes y gendarmes.

A medida que transcurría el tiempo, los diarios publicaban más amplias informaciones sobre el drama, y salían a la superficie los negociados, los atropellos y todos los caprichos de Joseph Caillaux. Y en todo ese tenebroso enredo, salían afectados muchos otros personajes, que hasta entonces parecían honorables. Era una ola de barro, de ambición y de impudicia, que crecía rápidamente. Al conocer tantos delitos que habían permanecido ocultos, el pueblo se enfureció aún más, y los desórdenes tomaron una violencia peligrosa.

El Gobierno comprendió que no podría dominar fácilmente la situación, y Joseph Caillaux tuvo que salir del ministerio. Los artículos del director de “Le Figaro” habían ganado la batalla, la última batalla. Gaston Calmette obtuvo esa victoria cuando ya esta-

ba sepultado y sobre su lápida se amontonaban unas flores del final del invierno.

Pero no todo terminó allí. Después se produjo una profunda crisis política, porque la Cámara de Diputados nombró una comisión de investigadores, con poderes judiciales, que le fueron acordados por una ley especial. Y esa investigación destapó un sótano en donde se agitaban grandes delincuentes y pequeños cómplices, monstruos y pillastres. Hubo un momento en que la sociedad se aterrorizó de verse tan corrompida y tan manchada. Fueron meses penosos. Pero por la tragedia de Sarajevo, Austria-Hungría declaró la guerra a Servia, movilizó Rusia, movilizó Francia, movilizó Alemania, los ulanos cruzaron en horas Luxemburgo, y penetraron como un torrente en Francia. Había comenzado la Primera Guerra Mundial.

EL CASO  
DE TOMÁS GARCÍA

CUANDO EN el otoño de 1850 Tomás García entró por primera vez al Club Parisiën, sintió que conseguía realizar el gran sueño de su juventud. Fue a la sala de la ruleta, con algunos codazos se abrió paso entre los jugadores, y apostó unas monedas al diecisiete negro. Algunos momentos después el *croupier* gritaba:

—¡Diecisiete negro!

Tomás García dejó lo apostado y lo ganado en el mismo número, y el diecisiete, obediente, volvió a salir. Algunos jugadores repararon en la extraordinaria suerte:

—Fíjate... Ese señor volvió a apostar todo lo ganado al diecisiete, y el diecisiete se repitió...

Tomás García dejó otra vez su dinero en el dieci-

siete, y el diecisiete, ante el asombro de todos, se repitió otra vez. Inmediatamente, García recogió sus fichas, y empezó a jugar a color. Apostaba tres o cuatro veces al negro, y el negro salía tres o cuatro veces. Luego jugaba alternadamente, negro, rojo, negro, rojo. Y la ruleta le daba alternadamente, negro, rojo, negro, rojo. Después García apostaba cien lises a la primera docena. Y salía la primera docena. A donde fuera su mano, la suerte, como una sierva, le seguía.

—¿Y así toda la noche?

—No, no. A las doce y media se detuvo el juego. La ruleta del Club Parisiën estaba quebrada.

A la noche siguiente García volvió al club, y otra vez la suerte le obedecía todos sus caprichos. Fenómeno tan extraordinario llamó la atención de todos los jugadores. Algunos jugaban contra García, pensando que tan pasmosa fortuna no podía mantenerse más, y pronto se quedaron sin un céntimo. Otros, más avisados, siguieron los números del español, y ganaron sumas considerables. De las otras salas del Club Parisiën iban curiosos a ver al monstruo. A éstos no les interesaba el juego, pero querían contemplar a ese nuevo mago, que sabía el número que iba a salir.

—Suerte tan fantástica no se ha visto jamás —decía uno.

—No es suerte —replicaba otro—. Ese hombre sabe de antemano en dónde va a caer la bolita.

—Eso no puede ser.

—Pero mira la seguridad con que él apuesta.

En ese momento García apostaba al número uno rojo.

Un instante después el *croupier* gritaba:

—¡Uno rojo!

Tal vez esa noche otros jugadores perdieron sumas

cuantiosas, las que le dieron al juego cierto equilibrio. Pues sólo hasta las tres y media de la madrugada pudo Tomás García quebrar por segunda vez la ruleta del Club Parisiën.

Siempre ocurre lo mismo. Siempre que usted está relatando un episodio interesante, hay gente que lo interrumpe con las mismas preguntas: "¿Y quién era ese hombre? ¿De dónde era? ¿Es verdad o lo está inventando usted?" Habrá que interrumpir el relato, para dar algunas noticias. García era hijo de unos honrados labradores de Ricla. Aragonés. Es decir, porfiado y valiente. Hizo sus primeros estudios en la Universidad de Zaragoza, pero más o menos en 1849 ó 1850 abandonó los estudios, arrastrado por la fiebre del juego. A Tomás le aburrían las matemáticas y el latín, porque sólo pensaba en dominar la suerte y arrancarle su misterio. Parece que era supersticioso como un africano.

Un hermano suyo, don Mariano García, abogado, muy amigo del famoso Castelar, fue a París, únicamente a ver si eran ciertas todas las maravillas que se contaban de Tomás. Fue y vio. Tomás le llenó los bolsillos de billetes, y lo devolvió a Ricla, para que le comprara tierras, fincas, casas.

Acerca de este afortunado personaje se ha escrito mucho. Yo lo descubrí en un relato que publicó una agenda editada en Santiago en 1905. Mucho después encontré que Pío Baroja, en uno de los volúmenes de las "Memorias de un hombre de acción", hace aparecer a Tomás García. Los conspiradores quieren pedirle dinero prestado a García, para organizar una guerrilla contra los carlistas. Pero Tomás García iba de viaje, y no alcanzaron a cazarlo.

Desde que obtuvo las inmensas ganancias en el Club Parisiën, una muchedumbre ávida lo seguía.

Eran amigos desde hacía pocas horas; consejeros improvisados, admiradores que aprovechaban los momentos de entusiasmo para pedirle dinero prestado. Para librarse de tanta admiración, se marchó a Baden-Baden. Y allí comenzó a dar el mismo espectáculo que había dado en el Club Parisiën. Jugó a color. Al rojo, diez veces seguidas. Y el rojo, fielmente, salió diez veces. Y lo que asombró a todos fue que entonces se cambió al negro, y salió el negro.

Después jugó a las docenas, y salía la docena que él elegía. Muchas personas se olvidaban de jugar por ver los milagros de este hechicero, que poseía un dominio absoluto sobre la ruleta. Y en Baden-Baden empezó a murmurarse lo mismo que se había dicho en el Club Parisiën.

—Este hombre sabe el número que va a salir. Está jugando a las docenas, y de pronto abandona las docenas, y sin vacilación alguna apuesta al veintitrés rojo, y sale el veintitrés rojo, y luego apuesta al dos negro, y sale el dos negro.

—¿De modo que es adivino?

—No sé lo que será. Hay que seguirlo.

García continuó haciendo maravillas, y de pronto el juego se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntaba el público—. Aún es muy temprano.

—No es más que la una y diez.

—Sí. Un poco más de la una.

—¿Entonces, por qué no sigue el juego?

Costaba confesarlo, pero hubo que decirlo. Por primera vez, la ruleta del Casino de Baden-Baden estaba quebrada.

Y a la noche siguiente sucedió lo mismo. Entonces, la administración acordó que la ruleta seguiría fun-

cionando si el aragonés se sometía a una condición. Sus apuestas se limitarían en doce mil marcos.

El aragonés no aceptó condiciones, y se marchó a Hamburgo. En Hamburgo, se repitieron las mismas escenas del Club Parisián y del Casino de Baden-Baden. Asombro del público, sospechas de la existencia de poderes mágicos, ruleta quebrada, limitación de apuestas. A fines de 1854, Tomás García se dio el placer de quebrar la ruleta de Montecarlo. Su fama ya se había extendido por toda Europa. Su fortuna era fabulosa. El no sabía cuánto poseía. Y tampoco sabía cuánto sumaba todo el dinero que había prestado a príncipes rusos y a otros grandes personajes, en noches de vértigo en Francia y Mónaco.

Entonces, dueño de ese remolino de millones, Tomás García empezó a hacer disparates. Caprichos sin gracia. Un día de lluvia alquiló todos los coches de punto de París, para que media población se mojara los pies. Otra vez, que un gran teatro anunciaba una función muy esperada, porque debutaba una actriz de moda, García compró todas las localidades, y vio él solo la función, desde una de las butacas de la platea. Claro que entre tantos caprichos ridículos, hizo alguna cosa simpática. En Hamburgo, una Nochebuena, pagó al prefecto la suma necesaria para que salieran en libertad todos los hombres que sufrían prisión por deudas. Salieron más de cuatrocientos, que fueron en tropel a expresarle su gratitud. García tuvo que escapar por una ventana.

Un día, la suerte se marchó de su lado. García perdió, y, sistemáticamente, siguió perdiendo en todas las apuestas que hacía. Fue una adversidad misteriosa, que ni una sola vez dejó de ponerse contra él. Durante varios años, el aragonés perdió constantemente, hasta que se desvaneció toda la inmensa for-

tuna acumulada. Ya pobre, regresó a su tierra. Vivía en Zaragoza, con lo que le producían las propiedades que compró en Ricla, por intermedio de su hermano Mariano. A veces, recibía sumas muy importantes, que le devolvían los príncipes rusos. Al verse con dinero, García se embarcaba hacia París, y en la ruleta del Club lo perdía todo. No se sabía con qué pagaba el pasaje para regresar a Zaragoza.

Algunos deudores le pagaban a plazos, y estas remesas, unidas al arriendo de sus propiedades, le permitían vivir con comodidad. García era un hombre muy fino y elegante; hablaba varios idiomas y tenía muchos amigos. En varias ocasiones, esos amigos reunían dinero para que García fuese a probar suerte una vez más. Y todo se perdía.

Hay personas que tienen el prurito de negar lo extraordinario, de empequeñecer lo sobresaliente, y dirán, ante el caso de García, que no tiene nada de extraño que un hombre tenga una racha de buena suerte y luego una racha adversa.

Y no es eso. Puesto que García ganaba siempre, indefectiblemente, sin errar una sola apuesta. Si no hubiese sido así, nadie habría sospechado que García sabía el número que iba a salir.

Es pueril pensar que en esos grandes casinos europeos, en donde se forman y se derrumban grandes fortunas en una sola noche, la gente se podía asombrar porque un aragonés ganaba dinero. El público manifestó su asombro en París, en Baden-Baden, en Hamburgo y en Montecarlo, porque vio que la ruleta seguía obedientemente al jugador, sin equivocarse nunca.

*LA CITA*  
*DEL 4 DE SEPTIEMBRE*

DURANTE LA guerra de la Independencia, don José Miguel Carrera fue invitado a un baile en Santiago. Además, el joven general había prometido a una dama asistir a ese baile, aunque se encontrase con sus tropas en el más apartado paraje. Era hombre galante y apasionado, y en sus promesas ponía fuego de juramentos.

Llegó el día del baile, y Carrera se hallaba a cuarenta leguas de Santiago, distancia que era impresionante en aquellos tiempos. Pero había empeñado su palabra, y tomó un caballo, y en veinte horas cubrió la inmensa distancia. Rendido llegó a Santiago al anochecer, y para poder asistir a la fiesta, quiso descansar dos horas, y se echó a la cama. Le ordenó a su asistente que lo despertara a las nueve. Tan grande

era la fatiga, que a los pocos minutos dormía profundamente.

Y le pareció que acababa de conciliar el sueño cuando el asistente llegó a despertarlo. El general se levantó todavía aturdido de sueño.

Se vistió cuidadosamente, y soñoliento aún, salió a la calle. Iba a cumplir la promesa. Cuando entró a los salones, ya había comenzado el baile. La animación era cautivadora. No divisó ningún rostro conocido, debido, tal vez, a la gran cantidad de invitados. Buscaba con la vista a algún amigo, cuando divisó los inmensos ojos de una mujer que estaban clavados en él. Era una belleza con ternura. Rectamente se dirigió a ella, y la invitó a bailar. Ella respondió con una sonrisa, se puso de pie y apoyó su mano en el brazo del militar. Y la música se los llevó.

Durante toda la noche no bailó sino con ella. Estaba fascinado. ¿Cómo en la pequeña ciudad de Santiago, en donde todos más o menos se conocían, podía vivir esta mujer, sin que él lo supiese? El pensaba que era la belleza clásica, hermana de Diana y de Venus, y de no sabía él cuáles otras diosas de una embriagadora mitología; era también la simpatía misteriosa, la gracia algo infantil, el amor asomado a los ojos, la espiritualidad que siempre estaba despierta en sus palabras, y su sonrisa tenía una alegría que traía nuevos cielos a la tierra. Desde ese momento, la vida era más hermosa, puesto que vivía esa mujer. Y aquella noche, la música tenía una elocuencia desconocida. Era incendio, vino, puerta abierta a la dicha, paraíso al alcance de la mano, abismo que rimaba admirablemente con esta mujer. Se iba a enamorar, ya estaba enamorado, y era estremecido por ideas pueriles.

Por ejemplo, quería partir a la mañana siguiente,

inflamar a sus soldados, lanzarlos como fieras en un loco asalto contra los realistas, obtener una esplendorosa victoria, para venir a poner su gloria a los pies de esta desconocida. ¿Y cómo iba a vivir sin ella? ¿Cuándo se volverían a ver? ¿Cuándo? Se lo preguntó.

—Es usted curioso.

—¿Cuándo?

El apremiaba, acostumbrado siempre a vencer en las horas del amor.

—No debo decírselo.

El insistió:

—Yo, mañana parto a la guerra. No entraría tranquilo al próximo combate si no me llevara la certeza de la hora y del día en que he de volver a mirarla.

—Tendrá que pasar mucho tiempo.

—Yo regresaré a Santiago en dos semanas más.

—Tan pronto no puede ser.

—Pero ¿me quiere usted indicar el día exacto?

Ella meditó un momento, como haciendo cálculos de posibles viajes o ausencias, y luego respondió, con lentitud:

—Nos volveremos a ver el 4 de septiembre de 1821.

—¡Falta mucho!

—No lo crea usted.

Después él habló de su vida de sorpresas y mudanzas, de la impresión que ella le había producido esta noche triunfal. Ella sólo respondía con su hermosa sonrisa, pero no concedía ni la más ligera confesión. ¿Era la primera vez que él veía a esta mujer? A ratos, él habría jurado que era la primera vez, pero en otros momentos él creía sospechar que en otra parte, en otra edad, él se había asomado a esos ojos, la había visto sonreír así. Deseoso de averiguarlo, la llevó a

sentarse a un ángulo del salón, hasta donde no llegaba el oleaje ardiente de la danza.

Le preguntó:

—En otro sitio, otro tiempo, ¿nos hemos visto nosotros?

Y ella respondió, tranquilamente:

—Sí.

—¿Cuándo? Dígamelo usted.

Y ella, con su encantadora sonrisa, le dijo:

—Le repito que es usted curioso.

—Dígamelo.

Ella sonreía.

—Dígamelo. Es la última pregunta de la noche.

—¿La última?

—Se lo juro.

—Se lo diré. La primera vez que nos vimos fue en...

Una mano brusca tocó el hombro de don José Miguel Carrera:

—Mi general, son las nueve.

Entraba un sol espléndido por la ventana abierta. Era una dorada mañana de otoño. A Carrera le costó un penoso esfuerzo aceptar la realidad, la grotesca y dura realidad.

—Las nueve.

—¡Te dije que me despertaras anoche, a las nueve!

—¿Anoche?

—Anoche.

—No me dijo que era anoche, mi general. Sólo me dijo que a las nueve. Estaba tan cansado, y como se acostó a las siete y media, yo creí que me ordenaba que lo despertara a las nueve de la mañana.

¿Para qué revolver más la estúpida equivocación? Pero apenas podía soportar la tristeza de que todo aquello sólo había sido un sueño, de que ella no exis-

tía, de que nunca más en el fango de la vida volvería a ver su sonrisa inolvidable.

Resignadamente comenzó a levantarse. Almorzó de mal humor, tomó su caballo, y volvió a verse de nuevo frente al inmenso viaje. Y ahora yo también tengo que regresar a la prosa de mi trabajo. Don Vicente Grez, en su libro "La vida santiaguina" (Imprenta Gutenberg, calle Jofré 42. Año 1879), dice: "Carrera había galopado cuarenta leguas, que tenía que volver todavía más de prisa, sólo para dormir una noche en Santiago".

Cuando el 4 de septiembre de 1821 el general don José Miguel Carrera fue fusilado en la República Argentina, ¿recordó que aquella fecha se la había indicado la mujer desconocida en el gran baile de un sueño? Y si lo recordó, ¿se lo dijo a Olazábal, cuando éste lo visitó en la prisión? ¿Se lo reveló a don José María Benavente?

El cronista ha leído cuidadosamente todas las biografías del gran guerrero, ha estudiado historias y leyendas, ha revisado el volumen N.º 44 de la "Revista Chilena de Historia y Geografía", dedicado al ilustre prócer. Y no ha encontrado nada.

Cansado de tan larga pesquisa, ha cerrado los libros y ha empezado a escribir esta crónica desilusionada.

Y mientras escribe, el cronista se pregunta: cuando sonó la descarga que mató al gran patriota, ¿lo esperaba ella en el umbral de la muerte; estaba su hermosa sonrisa en el más allá? Alguien ha dicho que todas las promesas se cumplen al otro lado de la vida. Y ahora ha querido copiar unas palabras que Eduardo Zamacois colocó en la primera página de su libro "El misterio de un hombre pequeñito". Son muy breves, y dicen así:

“¿No serán los sueños, hermanos de la noche y de la luna, como ventanas abiertas sobre el silencio aterciopelado de otra vida? ¿No constituirán un nexo entre la realidad sensible y el mundo oscuro por donde ambulan los muertos y vibran los magnetismos de cuantas personas —aborrecidas o deseadas— viven lejos de nosotros?”

Esa mujer del gran baile del sueño, ¿no sería la hermana del alma de don José Miguel Carrera, que había marchado a su lado en otro mundo, y lo estaba esperando en el más allá? En el fondo del amor y de la muerte se esconden los más bellos misterios, y en este relato de una noche de don José Miguel Carrera hemos alcanzado a escuchar un eco de esa caverna eterna.

Y ese eco nos dice que nuestros verdaderos hermanos nos están aguardando al otro lado de la vida.

## NEGOCIO CLAUSURADO

EN LA CALLE Esmeralda, precisamente por donde ahora cruza la Diagonal Cervantes, estaba la casa de pensión de la señora Laura. Era una casa de altos. Abajo había una botica y una casa de radios y discos. En la pensión de la señora Laura vivía Roberto Palma. Este actor trabajaba entonces en el Teatro Coliseo en la Compañía de Nicanor de la Sotta, que ponía en escena unos dramas espeluznantes. Después de la función se entretenía en un café charlando con otros actores, y se recogía muy tarde. Desgraciadamente, en la mañana no podía dormir, porque muy temprano comenzaban a tocar tangos y canciones. Palma andaba siempre con el sueño atrasado. Muchas veces, en la tarde, se quedaba dormi-

do durante los ensayos. Todos sus amigos lo oyeron lamentarse:

—¡Esos discos de la mañana me van a matar!

Cada uno tiene su drama. Palma tenía un disco de Mercedes Simone, que en la casa de radios tocaban durante toda la mañana. A las siete y media, ya estaba Mercedes Simone cantando: "Que tenga habitantes la luna, puede que sí, puede que no..."

Palma le contaba a todo el mundo su infortunio. Una noche que no trabajaba, fue al Teatro de la Comedia, en donde actuaba la compañía de Alejandro Flores. Los cómicos no pueden vivir unas horas fuera del ambiente teatral. Cuando no trabajan, van a otros teatros a charlar en los camarines, a ver una escena desde bastidores, a escuchar el rumor del público, que de pronto se convierte en una ardiente salva de aplausos. El teatro por dentro atrae como un vicio invencible. Si una noche fascinan los aplausos y el triunfo, otra noche embriagan los ojos pintados de una bailarina.

Esa noche, Roberto Palma fue al camarín de Fernando Settler, y allí, en cuanto la charla le dejó un hueco, habló de la desventura de sus mañanas sin reposo. Y eran tan conmovedoras sus lamentaciones, que Plácido Martín, que en esos momentos llegó al camarín de Settler y escuchó las quejas, le preguntó a Roberto Palma:

—Si es tan grande tu sufrimiento, ¿por qué no clausuras ese negocio?

—¿Y cómo lo puedo clausurar?

—Con un candado.

Palma sonrió desmayadamente. La idea de Plácido le parecía pueril.

Pero Plácido insistió:

—Aquí en la utilería hay un candado formidable.

Ahora te lo llevas, y antes de subir a tu pieza, lo colocas en la puerta de la casa de radios y te guardas la llave.

Todos rieron, y Palma empezó a dejarse seducir por la idea.

Plácido le preguntó:

—¿Ese negocio tiene cortina metálica?

—Sí.

—Pues, es muy fácil. Esta noche le pones el candado junto al del negocio, y mañana duermes tranquilo.

Plácido salió del camarín, y al poco rato regresó con el candado. Era una bola de acero. Algo inexpugnable.

—Vamos a ver si con éste no clausuras el negocio.

Palma recibió el candado, y mientras continuó la charla lo sostuvo en sus manos. No se lo podía echar en un bolsillo, porque el peso era tal que traspasaría el vestón.

Terminó la función, y los cómicos salieron por la puerta de la calle Morandé. El Teatro de la Comedia estaba en donde ahora abre sus puertas el Gran Palace. Palma acompañó a sus amigos al "Lunchanette" a tomar café. Allí conversaron y discutieron acerca de los últimos estrenos, del éxito que había tenido Frontaura con "Topaze", y de un empresario que se había fugado con una corista y había abandonado a la compañía sin pagarle a nadie. Todas las maldiciones eran para la corista que les había robado el empresario.

Salieron del café a las cuatro de la madrugada, y Palma se marchó por la calle 21 de Mayo, muy solo y triste, con el candado en la mano. Por su peso, también era una eficaz arma defensiva. Cuando llegó a la calle Esmeralda, miró a todos lados para

comprobar que no venía ningún transeúnte. El corazón le palpitaba con violencia. Palma era tímido, y esa broma le parecía una gravísima aventura. Temía verse pronto en la cárcel, cargado de cadenas.

La calle estaba solitaria. Palma se arrodilló y, lo más rápidamente que pudo, colocó su candado. Estaba tan nervioso, que después quiso abrir la puerta de la pensión con la llave del candado.

Pero luego, cuando llegó a su pieza, una gran paz se apoderó de su alma. Se consideró salvado. Y, además, se encontraba ante la grata perspectiva de un largo sueño en la mañana. Cuando se metió en la cama, estaba dichoso. Se descansa mejor cuando se piensa que se dispone de mucho tiempo para dormir, que nadie va a molestar. Este pensamiento es la más blanda almohada.

Sólo entonces le vio la gracia a la broma. Antes se lo había impedido su temor a ser sorprendido. Pensando en las palabras de Plácido Martín, se quedó dormido.

Al día siguiente despertó con la reglamentaria canción de Mercedes Simone: "Que tenga habitantes la luna, puede que sí, puede que no..."

Triste despertar. Todavía era temprano y ya estaba martirizándolo la música feroz. Entonces recordó lo que había ocurrido en la noche: el camarín de Settler, Plácido Martín, el candado. ¡Había sido un fracaso el recurso del candado! El comerciante habría encontrado una llave o un instrumento para abrirlo. Paciencia. Tendría que resignarse con unos momentos de sueño cortado por las canciones de Mercedes Simone. Pensó que, por su nerviosidad, no habría cerrado bien el candado, pues no era posible que el dueño del negocio hubiese abierto el candado tan rápidamente. Mercedes Simone había comenza-

do a cantar tan temprano como todos los días. Pero no valía la pena cavilar más. Todo había sido un fracaso.

Después del mediodía se levantó a almorzar, y a las tres salió para ir al ensayo en el Teatro Coliseo. Y ante la cortina de la casa de radios había un grupo de curiosos, y dos obreros trabajaban con unos sopletes. A los que llegaban, creyendo que se trataba de una riña o de un accidente, se les informaba:

—Han puesto un candado...

Otros decían:

—En todo el día no se ha podido abrir el establecimiento.

Palma se aterrorizó. Se sintió un delincuente. El había sido el autor de ese daño y no se atrevía a confesarlo. Los curiosos comentaban:

—¿Y para qué habrán puesto ese candado?

—Estas son las miserias de la competencia comercial. No cabe duda de que ha sido el comerciante de la calle 21 de Mayo.

—Sí. Ya se sabe que ha sido el dueño de un almacén de radios. Venganza, porque aquí venden más barato.

Palma temblaba al saber que se estaba culpando a seres inocentes. Y como en ese momento comenzó a cantar Mercedes Simone, vio que el disco no lo tocaban en la casa de radios, sino en una cafetería de la esquina de San Antonio. En esa cafetería se desayunaban muchos obreros y las tazas de café se amenizaban con esa canción, que, indudablemente, a la dueña le gustaba mucho. Palma comprendió que era un monstruo de maldad.

Los hombres de los sopletes trabajaban afanosamente sin poder romper el candado. También Plácido Martín tenía gran culpa. El lo había empujado

a cometer este delito. De pronto Palma presintió que lo descubrirían, y sólo pensó en huir. Lentamente, echó a andar. Muy lentamente para que nadie reparara en que huía. Pero al doblar hacia la Alameda por la calle San Antonio emprendió la fuga, sin miramiento alguno. Le pareció que desde la calle Esmeralda ya iban a correr tras él, señalándolo:

—¡Ahí va!... ¡Es el que puso el candado!

—¡Es ése de la ropa oscura!

Pero nadie lo persiguió. Únicamente Mercedes Simone se burlaba de él, repitiéndole otra vez su canción: "Que tenga habitantes la luna, puede que sí, puede que no..."

No había transcurrido una semana, Palma seguía trabajando en el Coliseo, cuando un amigo llegó a decirles que el utilero del Teatro de la Comedia lo andaba buscando para que le devolviera un candado. Se trataba de un candado alemán, que le había prestado Plácido Martín.

Era para desesperarse. Palma vio que las preocupaciones lo cercaban. Esta historia llevaba trazas de no terminar nunca. ¿Cómo podría él devolver ese candado que tuvo que ser despedazado para abrir la cortina? Cada vez que pasaba por delante de la casa de radios, se lo comían los remordimientos, y ahora, además, tendría que andar huyendo del utilero del Teatro de la Comedia.

Dos días después le llegó otro recado. El utilero no podía ir a hablar personalmente con Palma, porque él también trabajaba a la hora de la función. Pero tenía urgencia en recuperar el candado, porque no era suyo y costaba una barbaridad de dinero.

Los que estaban aquella noche en el camarín de Settier sabían naturalmente la historia de que Palma se llevó el candado para clausurar el negocio, y

se la contaron al utilero. Y el utilero, con una ferocidad impresionante, le envió el tercer recado a Palma:

—Dice que si no le devuelve el candado, se lo dirá todo al dueño de la casa de radios de la calle Esmeralda.

Palma huyó a Puerto Montt. No fue más lejos porque el dinero no le alcanzaba.

## J O R G E D E S A J O N I A

HAY UN poema de Heine que se refiere a la tristeza del pino del norte, que, entre la nieve y la penumbra del septentrión, sueña con la palmera que extiende sus hojas al sol, en la alegría de los países ardientes. Eso mismo le ocurrió a la reina Luisa de Sajonia, en los primeros años de este siglo. El palacio real le parecía triste y oscuro. Todo el lujo de los amplios salones estaba apagado por la melancolía de los días brumosos. Luisa estaba sedienta de sol, y pensaba constantemente en esos países del sur, con amores delirantes y con navajas; con citas de novios bajo las estrellas de las noches abrasadas.

En esa ocasión llegó a Sajonia un músico italiano, muy parlanchín y apasionado. Usaba abrigos con cuello de pieles y una melena crespa, y tocaba en el

piano unos trozos muy sentimentales. Era Enrique Toselli, y cuando interpretaba su "Rimpianto" la gente lloraba a gritos.

Para la reina Luisa ese hombre fue la palmera, el sur, la escala de Romeo, el amor que da serenatas al pie de un balcón, el sol, el beso y otra cantidad de cosas más. Toselli vio que había llegado el momento de aprovecharse. Entornó los ojos lo mejor que pudo, tocó el "Rimpianto" y se arrancó con la reina.

Ante este fenomenal escándalo, el rey Federico Augusto II se divorció de Luisa, y sus hijos, los cinco pequeños príncipes, se quedaron desorientados entre la tempestad que había pasado por la corte y la inexplicable ausencia de la madre.

Luisa, al encontrarse divorciada, se casó con Toselli y pudo palpar la palmera, ver las estrellas de la noche florentina, apoderarse del estío, escuchar las canciones de los gondoleros de Venecia, ver el oro del sol en el patio y en el vino, y convencerse de que el músico era un vanidoso que sólo se preocupaba de sí mismo, y que estaba dispuesto a tocarles el "Rimpianto" a todas las reinas que se lo permitieran.

Se separaron, y Luisa, sola y desilusionada, no quiso más palmeras ni música italiana, y se marchó a vivir a Bruselas.

Desde que Luisa se escapó del palacio, su hijo mayor, el príncipe Jorge, llevó una vida retraída y oscura. Los últimos juguetes de la infancia no tuvieron sentido para él. En la adolescencia, llena de vagos desconsuelos, le torturaba el recuerdo de la pasión pecadora de su madre, y vivía poseído por la idea de que debería expiar las culpas de Luisa.

Después de iniciada la Primera Guerra Mundial, en 1914, el príncipe entró en el Seminario de Fri-

burgo, y solicitó del Papa el permiso necesario para dedicarse a la carrera eclesiástica. Desde Roma se le respondió que para ser sacerdote era indispensable que renunciara a todos los derechos al trono.

Jorge contestó:

—Renuncio al trono, renuncio a la herencia que me corresponde como hijo del rey Federico Augusto II, renuncio a todos los bienes terrenales, y sólo quiero entregar mi alma a servir humildemente a Dios.

Obtuvo el permiso, y el muchacho solitario y silencioso se entregó frenéticamente al misticismo. La actitud de este joven llamó vivamente la atención de toda Europa. Todas las miradas se volvían hacia la figura grave y novelesca de Jorge de Sajonia. Su adolescencia soñadora, su soledad poblada de dudas y de tormentos interiores, y sus mortales inquietudes, recordaban a los rubios héroes de los poemas del norte; al Osvoldo de Ibsen, sombrío y exhausto; al príncipe Hamlet, meditabundo y solo. A toda Europa esa historia le pareció hermosamente extraña. Tenía angustias de otra edad, y tenía también ese vaho de pecado y de misticismo con el que se embriagó tan apasionadamente la Edad Media.

Mientras tanto, en el Seminario de Friburgo, los estudiantes respetaban el retraimiento de Jorge. Pero a veces solían hacerlo conversar. Era en las tardes, cuando los seminaristas iban a descansar durante una hora a un huerto que había en el fondo. Cierta vez le dijeron:

—A veces el mundo vuelve a llamar.

—A mí no —respondió Jorge.

—¿Nunca recuerdas que eres príncipe?

—Fui. Ahora no. Ya todo lo he devuelto.

—Eres generoso. Todos lo sabemos.

—No, no. Siempre recuerdo la célebre frase: “Sólo es mío lo que di”.

—¿Cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. Los bienes materiales muy pronto se destruyen. Son fugaces posesiones. En cambio, lo que di queda para siempre en mi conciencia. En el camino de mi alma es un hecho indestructible. Es mío.

Y después, Jorge guardaba silencio.

En 1924, cuando había cumplido treinta y un años, fue consagrado sacerdote en el convento medieval de Trebnitz. Entonces, Luisa, que todavía vivía en Bruselas, inició gestiones para que se le permitiese vivir en la aldea alemana en la cual Jorge ejercía sus funciones de sacerdote. Esa mujer que hacía muchos años había partido arrastrada por la pasión, ya había regresado con los escombros de su dicha. Su vejez estaba rodeada de fantasmas, y para encontrar la paz quería arrodillarse en la pequeña iglesia en donde su hijo consagraba el vino y el pan.

Las gestiones se prolongaron durante algún tiempo. Había gente poderosa que se oponía tenazmente. Aseguraba que la presencia de la ex reina perturbaría al joven sacerdote. Los más irreductibles decían:

—Esa mujer está loca. Siempre ha sido una loca. En 1902 dio el escándalo más vergonzoso de Europa, y ahora quiere darle actualidad a su imperdonable novela.

Otros agregaban:

—Quiere dar el espectáculo de su arrepentimiento. Otra función.

Y los menos apasionados opinaron que sería conveniente consultar a Jorge. Pero era difícil atreverse a presentarse ante el sacerdote, a revolverle la lejana herida. Otro sacerdote, que había sido su compañero

de estudios, fue a hablarle. Y Jorge, con dulzura, le respondió:

—De los arrepentidos será el reino de los cielos.  
El permiso fue concedido.

Y ella fue, como una humilde mujer, a escuchar las misas que decía su hijo en la iglesia antigua y resonante. Pero no estaba todo sepultado. Siempre queda un rescoldo del amor que fue. Y mientras subía la espiral del incienso y sonaba el órgano, ella veía que las naves del templo se poblaban de recuerdos punzadores. Volvía a vivir la última noche que vio a sus hijos pequeños en el palacio. Parecía que los niños adivinaban que nunca más la volverían a ver, porque la besaron de otro modo. Recordando esos besos, los sollozos la estremecían. Después evocaba el episodio vertiginoso de la fuga, las caricias que enfrió el remordimiento, las noches de amor bajo las estrellas de Nápoles, los primeros silencios, las primeras fatigas y los primeros desencantos.

A la salida de la iglesia, las aldeanas la miraban con curiosidad y comentaban cruelmente los detalles de su vida de enamorada. Pero ninguna de ellas tenía una oración más honda y sincera que esa reina vencida, porque nadie está más cerca de Dios que el corazón que se despide de las cosas de la tierra. Y ella se había despedido del trono y del beso.

Pero después de haber oído la misa de su hijo, Luisa deseó otra cosa más. El corazón nunca se sacia. Quiso hablar con su hijo. Buscó un intermediario, para que le pidiera a Jorge la entrevista. El accedió gustoso. El encuentro fue en la sacristía, una tarde, cuando el templo estaba solitario. Cuando Luisa se acercó a su hijo, su emoción fue tan intensa, que cayó sollozando a sus pies. Jorge, para res-

ponder a ese llanto, sólo repitió las mismas palabras de Jesucristo:

—Tus pecados serán perdonados por lo mucho que amaste.

Y la levantó. Y desde ese momento, para Luisa, Jorge no era el sacerdote consagrado en Trebnitz, sino su pequeño príncipe rubio, el hijo que abandonó una noche en el palacio, el bien que creyó perdido para siempre. Entre los sollozos le besaba las manos, le pasaba la mano por el rostro, le acariciaba los cabellos. Eran los cariños que le quedó debiendo al niño. Ahora los pagaba con un dolor muy hondo, pero que tenía sabor a felicidad.

Luisa no podía hablar, sólo lloraba, lloraba sin querer serenarse. El llanto era su idioma, con el llanto le decía que lo adoraba y que estaba arrepentida, con el llanto le pedía perdón, con el llanto le juraba que era dichosa arrodillándose a sus pies.

Detrás de ella, en el templo, había un cuadro de Jesús. A sus plantas estaba María Magdalena, y derramaba unguentos y perfumes en sus pies, y los enjugaba con sus hermosos cabellos.

## LLAMARADA

ARTEMIO GONZALEZ dibujaba bien, pero hacía tiempo que no encontraba trabajo. Caminaba por las calles sin esperanzas de hallar algo, pues la gente no estaba dispuesta ni siquiera a escucharlo. Había tumultos, inquietud. Grupos de hombres discutían en las calles. Era en 1920, y la batalla de la candidatura Alessandri había llegado a un apasionamiento peligroso. Esa tarde estaban reunidos los miembros del Tribunal de Honor, que debería decidir si había triunfado don Arturo Alessandri o don Luis Barros Borgoño. Cada calle tenía sus gritos y sus bofetadas. En Matucana dos mujeres pelearon, se arrastraron del pelo, se despedazaron la ropa, y, pegándose, se revolcaron sin preocuparse de sus desnudeces delante de toda la avenida alborotada.

No era un momento adecuado para buscar trabajo. Artemio González estaba explicándole a una señora de la calle Gálvez que él no encontraba trabajo y que no comía desde la mañana del día anterior, y de pronto la señora gritó:

—Ahí vienen los de Barros Borgoño. ¡Agarren piedras, niños!

Artemio siguió su camino. Su hambre no era oportuna. Pensó lo que muchos hombres han pensado en una hora de amargura. Pensó que el mundo está mal hecho, porque es un absurdo que un ser humano se muera de hambre y no haya un recurso para pedir auxilio, para avisar a los demás que una vida sucumbe. No había nada. Ni una mano, ni una puerta. Calles con gente enfurecida. ¡Viva don Arturo Alessandri!

Al llegar a la Estación Central tuvo deseos de entrar a un restaurante, hacerse servir comida y después confesar que no tenía dinero. Pero no se atrevió. La debilidad no sabe tener ningún arresto. Y el hambre ya lo martirizaba. Siguió andando. Estaba triste, decaído. Ya no sería capaz de acometer. No le quedaba más que resignarse. Había anochecido y hacía frío.

En la calle San Alfonso había grupos de hombres que hablaban acaloradamente. Entró a una cocinería con mesas que tenían un hule roto y unos frascos con flores de aroma. Entró y le dijo a una mujer que estaba limpiando unos platos que él no había comido, y que le pedía cualquiera cosa y que se la pagaría en cuanto trabajara. El era un hombre honrado. Mientras hablaba, la mujer lo miraba en silencio. Parecía que no comprendía nada.

En ese momento pasó un muchacho corriendo por

la calle y, jadeante, ahogándose, le gritó a la mujer:

—¡Salió don Arturo!

En la calle se oían otros gritos. La mujer enrojeció de felicidad, y se asomó a la puerta, preguntando ansiosamente:

—¿Salió?

—Sí, sí. Salió. ¡Viva don Arturo Alessandri!

La mujer volvió enloquecida al interior, para avisarle a una muchacha:

—¡Salió don Arturo!

Luego miró a Artemio, y en su inmensa dicha alcanzó a gritarle a la muchacha:

—Sírvale a este joven lo que pida. Yo lo convidó. Y escapó.

En la calle sonaban unos petardos y se encendían bengalas verdes y rojas. Entraron unos hombres pidiendo vino con grandes golpes en las mesas.

—¡Aquí nos celebramos, vecino! Si tenía que salir don Arturo...

Se oía un estrépito en la calle, y también lejanos ruidos de sirenas que llegaban de los más distantes rincones de la ciudad.

A Artemio le trajeron un plato de pescado, humeante, riquísimo.

Artemio, abrasándose la boca, empezó a comer, mientras la muchacha le servía un vaso de vino:

—¡Por don Arturo!

La cocinería se llenó de clientes que hablaban todos a la vez, con una alegría descontrolada. Cuando Artemio comió algo y bebió unos sorbos de vino, sintió también la dicha de todos. Era una embriaguez de vida y de triunfo, que se confundía con los cohetes de la calle y los voladores que derramaban en el cielo oscuro sus puñados de estrellas.

Después le trajeron un asado, y más vino. Afuera

sonaban los compases jaraneros del "Cielito lindo". A Artemio le pareció que toda esa gente feliz y toda la calle disfrutaban también de su asado y de su vino. Los fuegos artificiales celebraban su comida. Le dijo a la muchacha que le servía:

—En cuanto yo trabaje, vendré a pagarle todo esto a la señora.

—¿Cómo se le ocurre? —le dijo la muchacha—. Mi hermana se ofendería. ¿No ve que ella lo convidó para celebrar a don Arturo? ¿No es usted partidario de don Arturo?

—Sí, sí...

—Entonces, sírvase calladito no más. Y al momento le voy a traer el postre.

—Gracias, muchas gracias...

—Nada de gracias. Todos estamos de fiesta. Sírvase no más, que esta noche vamos a incendiar la cocinería.

Tenía unos hermosos ojos, que eran muy cariñosos cuando sonreía. Un hombre llegó gritando:

—En el centro hay una pelotera que no entiende nadie. No se puede andar. ¡Han dejado botados todos los carros para ir a cantar frente a la casa de don Arturo!

—No sólo cantan —le interrumpió otro—. Disparan. Parecen ametralladoras. Más de uno se va a matar.

Volvió la muchacha con el postre y con una copa de coñac, diciéndole:

—¡Sírvase no más, que ahora comienza una nueva vida!

De la calle llegaba el estruendo de unas grandes bombas que estallaban entre los alaridos de la chi-quillería.

Era verdad. Comenzaba una nueva vida. La gozosa

digestión de Artemio era compartida por el mundo. La alegría de su coñac la sentían también las casas del frente, que abrían sus balcones iluminados.

Llegó la señora. Venía despeinada, roja:

—¿Lo han atendido, amigo?

Artemio se puso de pie para expresarle su agradecimiento.

—No me agradezca nada, joven. Esta es la gran fiesta, y usted es un invitado.

—Señora...

—Nada de gracias.

Y gritándole a la muchacha:

—Trae más coñac para el amigo y para mí. Estoy más contenta. Usted no sabe...

Se sentó frente a Artemio, acodada en la mesa; se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

Un hombre alto y moreno se acercó gravemente a la mesa en donde estaba Artemio, diciendo:

—Déjenla que llore no más. Pobrecita... Así se desahoga. Este es su día. Yo lo sé. Este es su día...

Artemio sintió un inmenso enternecimiento, que le apretaba la garganta.

No quería llorar, le daba vergüenza llorar. Pero esta fiesta, ese estruendo de la calle, esas bengalas, esos vasos de vino que se levantaban brindando por la llegada de un mundo mejor, y esta mujer llorando frente a él, revolvían en un mismo torbellino la tristeza y la dicha de la vida. El había saltado desde su amarga soledad hasta las alturas de la fiesta triunfal, y la tremenda aventura lo había aturcido.

Ahora pasaba por la calle una manifestación. Una larga columna de hombres con antorchas.

La mujer se levantó con la cara bañada por el llanto, y le pasó a Artemio una copa de coñac:

—¡Salud, amigo!

Y luego, nerviosamente, se echó a reír:

—¡Usted también está llorando!

Artemio sonrió. Era verdad. El no sabía que las lágrimas lo habían vencido y, dichoso, se llevó la copa a los labios. Dichoso, porque supo que a veces en la tierra los hombres se sienten hermanos.

¿Por el alcohol? ¿Por la pasión?

Por lo que sea. En el infierno, pero hermanos.

## INDICE

El balcón de la calle San Antonio .....	7
Carreras en San Diego .....	13
Una señal del más allá .....	19
La historia de una estatua .....	25
Despedida del American Cinema .....	31
La bohemia perdida .....	39
La Posada Chilena .....	45
La dieta de Enrique Ramos .....	51
La Macarena .....	57
Fuga en la noche .....	63
El muñeco de trapo .....	69
Balcón en Huérfanos .....	77
Puerta cerrada .....	83
La fiesta en la arena .....	89
La sorpresa del año 1904 .....	95
Biografía de un cartero .....	103
Autor de la Canción Nacional .....	109
Sin miedo ni favores .....	117
Las porcelanas de Limoges .....	125
Las fiestas lejanas .....	131
La luna y los precios .....	137
Como todos los días .....	143

Los duendes de la Cañadilla .....	147
Involuntariamente .....	153
La pequeña aventura .....	161
Mi hermano Augusto .....	167
Infancia de Bernardo O'Higgins .....	173
Vida de estudiante .....	181
Seis balas de una Browning .....	187
El caso de Tomás García .....	193
La cita del 4 de septiembre .....	199
Negocio clausurado .....	205
Jorge de Sajonia .....	213
Llamarada .....	219

# BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

- PASIONES HUMANAS,*  
por Frank Yerby.
- EL CASTILLO SOBRE LA ARENA,*  
por Jan Valtin.
- SERVIDUMBRE HUMANA,*  
por William Somerset Maugham.
- PACHA PULAI,*  
por Hugo Silva (Julio César).
- LA CAMARA y CHARCA EN LA SELVA,*  
por Fernando Santiván.
- MONICA SANDERS,*  
por Salvador Reyes.
- EL PRINCIPE Y LAS OVEJAS,*  
por Enrique Lafourcade.
- LOS DIAS MEJORES,*  
por John Dos Passos.
- HIJO DE LADRON,*  
por Manuel Rojas.
- VIENTO DE MALLINES,*  
por Mariano Latorre.
- PAISAJES Y GENTES DE CHILE,*  
por Luis Durand.
- EL CAMINO DE LA BALLENA,*  
por Francisco Coloane.
- AL FILO DE LA TRISTEZA,*  
por Edwin O'Connor.
- SEGUN EL ORDEN DEL TIEMPO,*  
por Juan-Agustín Palazuelos.
- ¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?,*  
por María Flora Yáñez.
- CORONACION,*  
por José Donoso.
- Jr. CRONICAS,*  
por René Silva Espejo.
- QUEDAMOS EN ESO...*  
por Juan Garafulic D.
- HIJO DE LAS PIEDRAS,*  
por Juan Sánchez Guerrero.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile